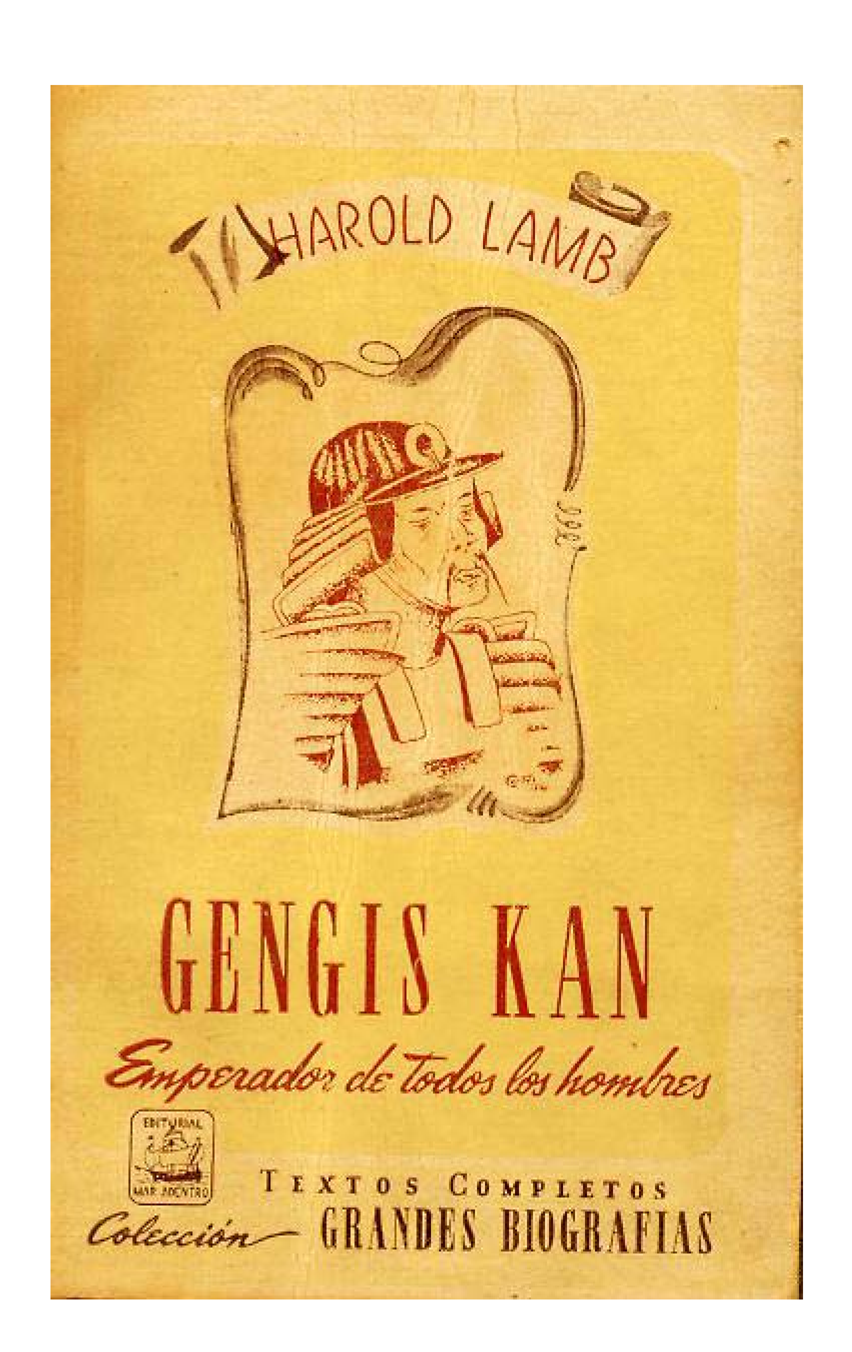

HAROLD LAMB
GENGIS KAN
Emperador de todos los hombres
EDITORIAL
MAR ADENTRO
TEXTOS COMPLETOS
Colección GRANDES BIOGRAFIAS



GENGIS KAN

EMPERADOR DE TODOS LOS HOMBRES

Harold Lamb

EDITORIAL MAR ADENTRO
COLECCIÓN GRANDES BIOGRAFÍAS
TEXTOS COMPLETOS

Digitalizado por
Gustavo Masso
México, 2003

PREFACIO

EL MISTERIO

HACE setecientos años un hombre conquistó casi toda la tierra, fue señor de la mitad del mundo conocido e infundió a la humanidad un miedo que duró varias generaciones. Distintos fueron los nombres que tuvo en el curso de su vida. —Poderoso asesino, Azote de Dios, Perfecto guerrero, Señor de tronos y coronas—. Pero más conocido es por el de Gengis Kan. A diferencia de la mayoría de los dominadores de hombres, mereció todos sus títulos. Actualmente, nos es familiar la historia de los grandes guerreros, que empieza con Alejandro de Macedonia, continúa con los Césares, y termina con Napoleón. Pero Gengis Kan fue un conquistador de talla más gigantesca aún que los conocidos actores de la escena europea. Es, en verdad, difícil medirlo con el rasero ordinario. Cuando cabalgaba al frente de su horda, no se contaban sus marchas por millas, sino por grados de longitud y latitud. A su paso las ciudades quedaban con frecuencia arrasadas; los ríos eran desviados de su cauce; los desiertos, veíanse visitados por la persecución y la muerte. Y cuando Gengis Kan había pasado, los lobos y los cuervos eran los únicos moradores de las antes populosas tierras.

Esta destrucción de vidas humanas, ofusca la imaginación moderna, no obstante las escenas de la guerra europea. Gengis Kan, caudillo nómada que apareció en el desierto de Gobi, hizo la guerra a los pueblos civilizados de la tierra y salió victorioso. Retrocedamos al siglo XIII, y veamos lo que esto significa. Encontramos entonces a los mahometanos, convencidos de que semejantes acontecimientos en las cosas terrenas sólo eran posibles por intermedio de una fuerza sobrenatural. "Jamás, dice un cronista, se encontró el Islam en caso semejante dividido por las incursiones de nazarenos y mongoles". Y la mayor consternación se apoderó de la cristiandad toda cuando, una generación después de la muerte de Gengis Kan, los terribles jinetes mongoles cabalgaron hacia el

Occidente de Europa; Boleslas, de Polonia, y Bela, de Hungría, huyeron de los campos de batalla; Enrique, duque de Silesia, murió en Liegnitz, bajo las flechas mongólicas, con sus caballeros teutones —compartiendo el destino del gran duque Jorge de Rusia— y la dulce reina Blanca de Castilla gritaba a San Luis: "Hijo mío, ¿dónde estás?" Un hombre más sereno, Federico II de Alemania, escribía a Enrique III de Inglaterra que los tártaros no podían menos de ser el castigo enviado por Dios a la cristiandad, para penitencia de sus pecados, y ellos mismos eran los descendientes de las diez tribus errantes de Israel, que habiendo adorado el becerro de oro, fueron arrojarlas por su idolatría a los desiertos del Asia. El honorable Roger Bacon expresó su creencia para recoger la postrer terrible cosecha. Esta creencia fue robustecida por una curiosa profecía, erróneamente atribuida a San Jerónimo, según la cual, en los días del Anticristo, una raza de turcos, corrompida y sucia y que no consumía ni sal, ni vino, ni trigo, vendría de las tierras de Gog y Magog, más allá de las montañas del Asia, para causar un desastre universal. Así vemos que el Papa convoca el Concilio de Lyón, en parte, para idear el medio de detener la ola mongólica. El animoso y venerable Juan de Plano Carpini, fraile minorista, fue enviado como legado apostólico, a los mongoles: "porque tememos que el más próximo e inminente peligro para la Iglesia se alza allí". Y las preces se elevaron en las iglesias para librar a la humanidad del furor de los mongoles.

Si esta devastación, esta suspensión del progreso humano, constituyesen toda su vida, Gengis Kan no sería más que un segundo Atila o un Alarico, un formidable vagabundo sin empresa determinada. Pero el Azote era también el Prefecto guerrero y el Señor de tronos y coronas. Y aquí es donde tropezamos con el misterio que rodea a Gengis Kan. Un nómada, un cazador y pastor de ganado, asumió los poderes de tres imperios. Un bárbaro, que jamás viera una ciudad y que desconocía el uso de la escritura dio un código a cincuenta pueblos. En materia de genio militar, aparece Napoleón como el más brillante de los europeos. Pero no pedemos olvidar que abandonó a su suerte un ejército en Egipto, que dejó los restos de otro entre las nieves de Rusia, y que, finalmente, cayó en la debacle de Waterloo. Su imperio feneció con él. Su código fue rasgado

y su hijo desheredado antes de que él muriera. Todo el cuento de su vida tiene un sabor teatral y Napoleón mismo no deja de ser un actor. Necesariamente hemos de volver la vista a Alejandro de Macedonia, inquieto y triunfador joven, para encontrar un conquistador semejante a Gengis Kan. Alejandro el divino, al marchar con su falange hacia Oriente, llevaba consigo los dones de la cultura griega. Ambos murieron en la eclosión de sus victorias. Sus nombres persisten aún en las leyendas del Asia. Sólo después de su muerte, trúncase la paridad. Pronto los generales de Alejandro se pelearon por la posesión de sus reinos, de los cuales su propio hijo fue forzado a huir, En cambio, desde Armenia a Corea, desde El Tibet al Volga, dominó por completo Gengis Kan, cuyo hijo entró en posesión de toda su herencia sin vacilación y cuyo nieto, Kubilai Kan, aun rigió medio mundo.

Este imperio, creado de la nada por un bárbaro, ha ofuscado a los historiadores. La historia general más reciente que de su era ha sido recopilada por personas doctas, en Inglaterra, admite que esto es un hecho inexplicable. Un sabio insigne se admira de la "robusta personalidad de Gengis Kan, que realmente precisa para su descripción el genio de un Shakespeare".

Diversas han sido las causas que han contribuido a conservar la personalidad de Gengis Kan oculta para nosotros. Los mongoles no escribían o no se cuidaron de hacerlo. En consecuencia, los anales de la época se encuentran desperdigados en los escritos de los ugurs, chinos, persas y armenios. Y hasta hace poco no fue debidamente traducida la crónica del mongol Ssanang Setzen. Así, pues, los cronistas del gran mongol fueron sus enemigos, hecho que debe tenerse presente al enjuiciarle. Aquellos hombres eran de una raza extraña. Y a semejanza de los europeos del siglo XIII, también era confusa su concepción del mundo fuera de su propia tierra. Vieron al mongol salir calladamente de la obscuridad, sintieron los terribles choques de la horda y otearon sus pasos por las otras tierras desconocidas de ellos. Un mahometano resume tristemente en estas palabras su experiencia de los mongoles: "Vinieron, minaron, asesinaron, cargaron su botín y partieron".

Grande es la dificultad de leer y comparar estas distintas fuentes. Los

orientalistas se han contentado con los detalles políticos de las conquistas mongolas y nos presentan a Gengis Kan como una encarnación del poder bárbaro, un azote que llega del desierto para destrozar civilizaciones decadentes. La crónica de Ssanang Setzen no coadyuva a explicar el misterio. Se limita, casi únicamente, a decir que Gengis Kan era un "bogdo", de la raza de los dioses. En lugar de un misterio, nos ofrece un milagro. Las crónicas medievales de Europa se inclinan, como hemos visto, a la creencia en una especie de satánico poder, que encarnado en el mongol, se desencadena sobre Europa. Todo esto es un poco desesperante, estos modernos historiadores recogerían las supersticiones del siglo XIII, y especialmente de un siglo XIII europeo, que considera a los nómadas de Gengis Kan tan sólo como fantásticos invasores.

Pero existe un camino más sencillo para proyectar luz sobre el misterio que rodea a Gengis Kan. Este camino consiste en hacer retroceder las manillas del reloj setecientos años y ver a Gengis Kan como nos lo revelan las crónicas de su época. No como un milagro o encarnación del poder bárbaro, sino como un hombre. No nos interesarán los acontecimientos políticos de los mongoles, como raza, sino el hombre que llevó a una tribu desconocida a dominar sobre el mundo. Para enfocar a ese hombre, nos aproximaremos a él entre su pueblo y sobre la superficie de la tierra, tal como existía hace setecientos años. No podemos medirle por el patrón de la civilización moderna. Tenemos que verle en su mundo, un mundo estéril poblado de cazadores, de jinetes y de nómadas conductores de renos. Allí los hombres visten las pieles de los animales *y* se alimentan de leche y pescado. Engrasan sus cuerpos para preservarlos del frío y de la humedad y están siempre expuestos a morir de hambre o de frío o a batirse bajo las armas de otros hombres, "Aquí no hay pueblos ni ciudades —dice el valiente fray Carpini, el primer europeo que pisó aquellas tierras—, sino estériles arenales por todas partes. Ni una centésima del total es fértil, salvo donde la tierra es fecundada por los ríos, que son muy raros. Esta tierra está casi desprovista de árboles, aun cuando se halla bien dispuesta para prados y ganado. El mismo emperador, los príncipes y todos los hombres, se calientan y cuecen sus viandas con fuego hecho de estiércol de caballo y vaca. El clima es muy

destemplado, y en medio del verano hay terribles tormentas con truenos y relámpagos, que matan a mucha gente, aun cuando caen grandes nevadas. Y tales tempestades de vientos fríos soplan que, en ocasiones, los hombres pueden difícilmente sostenerse a caballo. En una de ellas, fuimos arrojados a tierra y cegados por el polvo compacto. A menudo caen granizadas y de repente un calor insoportable es seguido por un frío intenso".

Tal era el desierto de Gobi en el año 1162 después de J. C., año del cerdo en el calendario de los doce animales.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

EL DESIERTO

LA VIDA, no era materia de gran importancia en el Gobi. Grandes llanuras, con vientos sofocantes, tendidas junto a las nubes. Lagos bordeados de cañas, visitados por las aves migradoras en su camino hacia las "tundras" del norte. El extenso lago Baikal, frecuentado por todos los demonios de las capas atmosféricas elevadas. En las claras noches del invierno, las luces septentrionales cabrillean en el horizonte. Los niños, en este rincón del desierto de Gobi, no son refractarios al sufrimiento. Han nacido para él. Apenas destetados de sus madres o de las yeguas, ya son aptos para valerse por sí mismos. Los primeros lugares junto al llar, en las tiendas familiares, pertenecen a los guerreros y a los huéspedes. Las mujeres, si bien pueden ocupar el lado izquierdo, han de estar distanciadas y los muchachos de ambos sexos se colocan donde pueden. Igual acontece con el alimento. En la primavera, cuando los caballos y las vacas dan leche en abundancia, todo va bien. Las ovejas engordan pronto, la caza es más abundante y los cazadores de la tribu cobran el ciervo y aun el oso, en lugar de

dedicarse a animales como la zorra, la marta y la cebellina. De cada uno de ellos se carga la olla, y los hombres más fuertes toman la primera ración, las mujeres reciben la siguiente y los muchachos se disputan los huesos y relieves. Así es que lo que queda para los perros es bien poco. En el invierno, cuando el ganado enflaquece, los jóvenes no lo pasan tan bien. Entonces la leche existe solamente en forma de "kumis" (leche colocada en odres, fermentada y batida). Con ella se nutrirían e intoxicarían poco a poco los niños de tres a cuatro años, si les fuese factible obtener o hurtar alguna porción. Cuando la comida escasea, el mijo cocido sirve para entretener el hambre. El final de invierno *es* lo peor para los jóvenes. No puede sacrificarse el ganado sin graves mermas en los hatos. Por esta época, generalmente, los guerreros de la tribu roban las reservas alimenticias de otras tribus y se llevan su ganado y caballos. Los muchachos aprenden a organizar cazas, acosando a los perros y a las ratas con porras y flechas romas, y pronto aprenden a cabalgar sobre las ovejas, asiéndose a los vellones.

El sufrimiento fue la primera herencia de Gengis Kan, cuyo nombre al nacer era "Temujin" [*]. En la época de su nacimiento, su padre estaba ausente, luchando contra un enemigo llamado Temujin. En el lance, donde se ventilaban intereses importantes, salió triunfante. El adversario fue hecho prisionero, y el padre, al regresar, dio a su hijo el nombre del cautivo. Su vivienda era una tienda hecha de fieltro tendido sobre un armazón de palos entrelazados con una buena abertura en la parte superior, para la salida del humo. Estaba encalada y ornamentada con pinturas. Esta "yurta" o tienda era de una clase especial y se trasladaba por las praderas montada sobre un carro, tirado por una docena o más de bueyes. Eminentemente práctica, su forma de domo le permitía resistir los ataques del viento. Podía ser abatida si era preciso.

Las mujeres de los jefes —y el padre de Temujin era un jefe— poseían todas sus "yurtas" propias ornamentadas, en donde sus hijos vivían. Las muchachas tenían la obligación de atender a la "yurta" y mantener el fuego que

---

* Temujin significa: "el acero más fino" (Tumurji). La versión china es *T'ie mou jen,* que tiene otro significado diferente (Hombre supremo en la tierra).

ardía sobre la piedra, debajo de la abertura de salida. Una de las hermanas de Temujin, de pie sobre la plataforma, delante de la puerta, manejaba los bueyes cuando éstos se ponían en marcha. El eje de un carro podía enlazarse con el otro y de este modo rodaban chirriando por las praderas, en donde, con frecuencia no se divisaban ni arbustos, ni montículos. En la "yurta' se guardaban los tesoros familiares, tapices de Bokhara o Kabul, despojos probables de alguna caravana; cofres repletos de atavíos femeninos; vestidos de seda cambiados a algún marrullero mercader e incrustaciones de plata. Más importantes eran las armas, que pendían de las paredes: pequeñas cimitarras turcas, lanzas, carcajs de marfil, o bambú, flechas de diferente tamaño y peso y quizás escudos de cuero lacado. Estos frecuentemente, eran repartidos o comprados, pasando de mano en mano con los azares de la guerra.

Temujin, el futuro Gengis Kan, tenía muchas obligaciones. Los hijos de familia podían pescar en los arroyos que encontraban a su paso, al trashumar. Las yeguadas estaban a su cargo. Tenía que cabalgar en pos de los animales extraviados y buscar nuevos prados. Oteaban el horizonte para sus incursiones y pasaban muchas noches entre la nieve, sin poder calentarse. La necesidad les obligaba durante varios días a no desensillar ni guisar, y aun en ocasiones, a pasarse sin alimento alguno. Cuando la carne de carnero o de caballo abundaba, banqueteaban con ella y consumían cantidades increíbles, desquitándose de los días de privación. Sus diversiones consistían en carreras de caballos de veinte millas de ida y vuelta o en luchas en las cuales se rompían los huesos sin compasión. Temujin se hizo notar por su gran fuerza física y su habilidad para idear, que es sólo un modo de adaptación a las circunstancias. Llegó a ser el jefe de los luchadores. Pero él no se prodigaba: manejaba el arco bastante bien aunque no tanto como su hermano Kassar que era conocido por "el hombre-arco". Mas Kassar tenía miedo a Temujin. Ambos formaron una alianza contra sus osados hermanastros, y el primer incidente que de Temujin se relata es la muerte de uno de éstos, que le había robado un pescado. Para estos jóvenes nómadas, entre los cuales la venganza era un deber, el perdón carecía de valor.

Temujin llegó a conocer cosas de más enjundia que la animosidad de los

muchachos. Su madre, Hulun, mujer hermosa había sido arrebatada por su padre a una tribu guerrera en su boda y llevada a la tienda de su desposado. Hulun, sagaz y cauta, se adaptó a las circunstancias después de algunos llantos. Pero todos en la "yurta" sabían que había de llegar el día en que vinieran los hombres de su tribu a vengar el ultraje. Durante la noche, junto a la enorme hoguera de estiércol, Temujin escuchaba los cuentos de los juglares, de esos viejos que saltan de carro en carro, portando su templado violín y cantando con voz ronca las hazañas de los notables héroes de la tribu. Era sabedor de su fuerza, de su derecho y de su señorío. ¿No era el primogénito de Yesukai el valiente, Kan de los Yakka o Gran Mongol, dueño de cuarenta mil tiendas? En los relatos de los juglares aprendió que descendía de preclaro linaje, de los Burchikun u hombres de ojos grises. Escuchó la historia de su antepasado, Kabul Kan, que había mesado las barbas al emperador de Catay y había muerto envenenado a consecuencia de ello. Supo que el blasfemo hermano de su padre fue Toghrul, Kan de los Karaitas, el más poderoso de los nómadas de Gobi, que dio nacimiento en Europa a las leyendas del Preste Juan de las Indias. [*]

Por esta época el horizonte de Temujin estaba limitado a las tierras de pasto de su tribu, los yakka mongoles. "No poseemos ni una céntima parte de Catay —había dicho al muchacho un sabio consejero— y la única razón que hay para esto es que somos nómadas, llevamos nuestras provisiones con nosotros y hacemos nuestra peculiar guerra. Cuando podemos saqueamos; cuando no podemos, nos ocultamos. Si no empezamos a construir poblaciones y cambiamos nuestros hábitos ancestrales, no prosperaremos. Los .monasterios y templos engendran la dulzura de carácter. Pero únicamente la fiereza y temperamento belicoso dominan el mundo". [*]

---

[*] Este nombre se originó en Europa. Por esta época existían multitud de leyendas de un emperador cristiano que reinaba en el interior del Asia y era conocido por Preste Juan o Prebister Johannes. Marco Polo, y otros después de él, han identificado a Toghrul con el místico Preste Juan.

[*] Debe recordarse que los mongoles no son de la misma raza que los

Cuando acabó su aprendizaje de pastor, se le permitió cabalgar con Yesukai. Según las descripciones, el joven Temujin era de buena presencia, pero se hacía notar más por la fortaleza de su cuerpo y sus francas maneras, que por la belleza de su físico. Debió ser alto, de hombros elevados y piel de color blanco tostado. Sus ojos, distantes de una frente oblicua, no estaban sesgados. Eran de matiz verde o azul agrisado en el iris, con pupilas negras. Largo cabello rojizo le caía en trenzas sobre las espaldas. Hablaba muy poco y sólo después de meditar lo que iba a decir. De temperamento independiente, poseía el don de acumular firmes amistades. Sus enamoramientos eran tan repentinos como los de su padre. Padre e hijo estaban una noche en la tienda de un guerrero extranjero, cuando la atención del joven fue atraída por la muchacha de la tienda. De repente preguntó a Yesukai si podría tomarla por esposa. —Es joven —objetó el padre—. Cuando sea más vieja —indicó Temujin—, estará bastante bien.

Yesukai observó a la muchacha, que tenía nueve años de edad y era bella. Llamábase Burtai —nombre que derivaba de un legendario antepasado de la tribu— la de ojos grises.

—Es pequeño —observó secretamente el padre de ella, gozoso por el interés que los mongoles mostraban, — pero no obstante se puede mirar. Y aceptó a Temujin: "Tu hijo tiene cara franca y ojos brillantes". El próximo día quedó ajustado el pacto y el Kan mongol cabalgó dejando a Temujin hacer conocimiento con su esposa y suegros futuros.

Pocos días después un mongol llegó galopando, y dijo que Yesukai, que había pasado la noche en la tienda de ciertos enemigos, había sido probablemente envenenado, estaba postrado y preguntaba por Temujin. Aun cuando el joven corrió a todo galope de su caballo, cuando llegó al "ordu" o tienda oficial del clan, su padre había muerto. Algo más había acontecido durante su ausencia. Los notables del clan habían cambiado impresiones, y dos tercios de

---

chinos. Descienden de los Tangusi o grupo aborigen, con una gran mezcla de sangre irana y turca —raza llamada actualmente ural-altaica—. Son los nómadas del Asia superior, que los griegos llamaron escitas.

ellos, abandonando la causa del jefe, partieron en busca de otros protectores. Temían confiar sus familiares y ganado a un joven inexperto. "El agua honda se ha agotado —dijeron —la piedra resistente se ha roto. ¿Qué hemos de hacer con una mujer y su hijo?"

Hulun, sabia y valerosa, hizo lo que pudo por evitar la deserción del clan. Tomó el estandarte de las naves colas de yak y corrió en pos de los desertores; conferenció con ellos y persuadió a algunas familias para que volviesen con sus ganados y carros. Ahora Temujin, Kan de los yakka mongoles estaba sentado sobre el caballo blanco. Pero sólo tenía a su alrededor los remanentes del clan y estaba convencido de que todos los enemigos seculares de los mongoles sabrían aprovechar la muerte de Yesukai para vengarse en su hijo.

Capítulo II

LA LUCHA POR LA VIDA

EN LOS tiempos de Kabul Kan, bisabuelo, y de Yesukai padre de Temujin, los yakka mongoles habían gozado de una especie de señorío en el norte del Gobi. Como mongoles, habían tomado para sí lo mejor de las tierras de pastos, que se extienden desde el este del lago Baikal al grupo de montañas que se conocen por el nombre de Khingan en los límites de la moderna Manchuria. Estas tierras de pasto, al norte de las arenas arrebatadas al Gobi, entre los dos fértiles valles de los pequeños ríos Kerulón y Onón, eran muy codiciadas. Las colinas estaban cubiertas de abedules y abetos; la caza era abundante, el agua copiosa, debido al derretimiento de las nieves. Estas circunstancias eran bien conocidas de los clanes, que habían estado primeramente bajo el dominio del mongol y estaban ahora preparándose para arrebatar sus posesiones a Temujin, niño de trece años.

Estas posesiones eran de inestimable valor para los nómadas: fértiles praderas, no demasiado frías en el invierno y ganado de los cuales sacaban para las necesidades de la vida, pelo para hacer fieltro y cuerdas con qué reforzar las "yurtas", huesos para las flechas, cuero para las monturas, "kumiss", sacos y arneses.

Temujin, al parecer, había logrado escapar. Pero nada podía hacer para soslayar el vendaval que se le venía encima. Sus vasallos, como podemos llamarles, irresolutos, no estaban dispuestos a pagar a un muchacho el tributo en ganado que daban al Kan. Fuertes en las montañas, guardaban sus rebaños de las asechanzas de los lobos y de las inevitables pequeñas irrupciones primaverales. Las crónicas relatan que Temujin lloraba solitario en su "yurta". Después empezó su misión de mando. Tenía que alimentar a sus hermanos menores, hermanas y hermanastros, sobre todo a su madre, que conocía bastante bien el inevitable desastre que sobrevendría al primogénito. Inevitable, sí, porque cierto guerrero, Targutai, descendiente también de Burchikun, el de los ojos grises, se había proclamado señor del norte del Gobi. Targutai, jefe de los Taidjuts, era enemigo tradicional de los mongoles. Y Targutai, que había convencido a la mayor parte de los súbditos de Temujin a juntarse bajo su estandarte, quiso acosar al joven Kan de los mongoles, como el viejo lobo acecha y mata al cachorro, ávido de ejercitar el señorío de la manada.

La persecución empezó sin previo aviso. Un tropel de jinetes galopó sobre la "ordu" mongol, la tienda oficial. Otros volvieron a atraer a la gente que se había alejado. Targutai mismo se dirigió hacia la tienda donde se alzaba el estandarte. Temujin y sus hermanos huyeron ante el ataque de los guerreros. Kassar, el resistente hombre-arco, sobre la grupa de su jaco, envió sus flechas a los enemigos. La vida de Hulun era sólo sufrimiento, viendo que a Targutai únicamente le importaba Temujin.

Y así empezó la persecución. Los Taidjuts pisaban los talones de los muchachos. Los perseguidores no se dieron gran prisa. El sendero estaba reciente y limpio, y los nómadas estaban acostumbrados a seguir el rastro de un caballo durante varios días, si fuese necesario. En cuanto Temujin se descuidase,

le darían alcance. Instintivamente procedieron los muchachos a librar sus cabezas, aprovechando las condiciones del terreno, desmontando en ocasiones para cortar los árboles y colocarlos sobre el estrecho sendero, estorbando de este modo la persecución. Cuando el crepúsculo llegó, estaban ya fraccionados. Los hermanos más pequeños y las hermanas se ocultaron en una cueva. Kassar se desvió, y el mismo Temujin se dirigió hacia una montaña, propicio refugio. En ella se ocultó durante algunos días, hasta que el hambre le obligó a arriesgarse y hacer una tentativa en el campo de los Taidjuts perseguidores. Fue visto, sorprendido y llevado a presencia de Targutai, el cual ordenó se le pusiera, un "khang" (yugo de madera que descansaba sobre los hombros y sujetaba las manos a los extremos). Atraillado fue conducido por los guerreros, que regresaron a sus tierras con el ganado capturado. Así permaneció imposibilitado hasta que en una ocasión en que los guerreros salieron a solazarse, fue dejado en poder de un solo guardián. La obscuridad se enseñoreaba del campo y el joven mongol no estaba dispuesto a perder esta oportunidad para su fuga. En la obscuridad de la tienda golpeó al guardián en la cabeza con el extremo del "khang" hasta dejarlo sin sentido. Corrió fuera de la tienda. La luna salía y una media luz se extendía por el bosque donde estaba el campamento instalado. Saltó al monte y caminó hacia un río que el día anterior cruzara. Al oír los ruidos que sus perseguidores hacían, se metió en el agua y se sumergió entre los juncos, dejando sólo la cabeza fuera. Así vio a los jinetes Taidjuts escudriñar la orilla, buscándolo y observó cómo uno de los guerreros, que le había visto, titubeaba y, al fin, se marchaba sin delatarle. Metido en el "khang" encontrábase Temujin casi tan desamparado como antes. Valióse entonces de la intuición y de la osadía para hacer lo que hizo. Dejó el río, volvió al campo y se deslizó en la tienda del guerrero que le había visto sin traicionarle. Era un extranjero, que por casualidad se había detenido con los cazadores de este otro clan: Al aparecer el muchacho como llovido del cielo, el hombre quedó más espantado que Temujin. Pero se compadeció y consideró que lo mejor que podía hacer era desembarazarse de él. Separó el "khang", quemó sus fragmentos y ocultó a Temujin en un carro cargado de lana. Hacía calor entre la lana suelta. Ingrato era el lugar para continuar en él. Además habían venido los

guerreros a requisar la tienda y habían metido sus lanzas por entre la lana. Una de ellas hirió a Temujin en una pierna.

"El humo de mi casa se esfumará y el fuego se extinguirá antes que ellos te encuentren", había dicho, ceñudo, al fugitivo su protector, al mismo tiempo que le daba provisiones y leche y un carcaj con dos flechas añadiendo: "Ahora marcha ya con tu madre y hermanos". Y, Temujin, montado en un caballo prestado encontró que su situación no era en nada distinta de la pintada por el extranjero. El campo estaba cubierto por las cenizas de los hogares; sus ganados estaban perdidos; su madre y hermano andaban errantes. Siguió su rastro, y encontró, oculta y hambrienta, a su familia, la austera Hulun, el valeroso Kassar y el hermanastro Belgutai que le idolatraba. Vivían con vigilancia especial, viajando de noche, con sólo ocho caballos en fila. Iban hacia el campo de un amigo, que moraba lejos. Cazaban los animales más repulsivos, como la marmota, y se contentaban con peces en lugar de carnero. En esta ocasión aprendió Temujin a librarse de celadas, y a romper las líneas de sus perseguidores. No; no seria capturado una segunda vez.

En aquella época pudo haber huido de sus ancestrales tierras. Pero el joven Kan no estaba dispuesto a abandonar su herencia a sus enemigos. Visitó las dispersas instalaciones del clan, demandando gravemente el tributo que como Kan le pertenecía de los cuatro animales: camello, oso, caballo y oveja, para ayudar a su madre. Se sabe que rehusó hacer dos cosas. Burtai, la de los ojos grises esperaba aún su llegada, para sostenerle en su tienda. El padre de Burtai era un hombre poderoso, un caudillo de muchas lanzas. Pero Temujin no hizo ninguna gestión cerca de él. Ni apeló tampoco al anciano e influyente Toghrul, jefe "provisor" de los turcos Karaitas, que había bebido el juramento de compañerismo con Yesukai, lo que facultaba al hijo para, en caso de necesidad, pedirle ayuda como padre adoptivo. Este hubiera sido un modo sencillo quizás de levantar en las praderas a los Karaitas, el pueblo del Preste Juan de las Indias, que vivía en ciudades amuralladas y poseía tesoros reales, piedras preciosas, telas, armas pulidas y hasta tiendas con tejido de oro. Pero: "ir como mendigo, con las manos vacías, pensó Temujin, es conquistar el desprecio, no la amistad". Y se afirmó en

esta determinación, que no era una muestra de orgullo, sino el recto modo de pensar de los yakka mongoles. El Preste Juan estaba obligado a ayudarle, ya que un juramento de amistad en el Asia superior tiene más valor que la palabra de un rey. Pero Temujin no quería utilizar a este señor de ciudades y de maravillosos hechos, hasta poder llegar ante él como aliado y no como fugitivo.

Mientras tanto, sus ocho caballos fueron robados. El robo de los ocho caballos merece ser relatado por entero en la crónica. Vagabundos Taidjuts fueron los ladrones.

Belgutai estaba ausente en ese momento, montado sobre un noveno caballo, yegua alazana que Temujin había arrancado de las garras de Targutai. Andaba cazando marmotas, cuando llegaron los emisarios del joven Kan: "Los caballos han sido robados" —dijeron—. Esto era una cosa seria, que ponía a todos los hermanos a merced de cualquier algara que llegase. Belgutai ofrecióse a ir por ellos. "No podrías seguirlos y encontrarlos" —objetó Kassar—. "Yo iré". "Vosotros no podríais encontrarlos" —dijo Temujin— "y si los encontrarais, no podríais acarrearlos. Yo iré".

Y así lo hizo, montando sobre la fatigada yegua alazana, tomando el rastro de los cuatreros y siguiéndolos durante tres días. Llevaba consigo tasapo, que colocó entre la montura y la espalda del caballo, para ablandarlo, y preservarlo del calor. La yegua no había salido hacía tiempo y para una carrera importante resultaba un animal tardo. Los Taidjuts, que hubieran podido cambiar un animal por otro, quedaban fuera de su vista. Al cuarto día, el joven mongol encontró a un guerrero de su misma edad, ordeñando una yegua a la vera del sendero. "¿Has visto ocho caballos y algunos hombres guiándolos?" —preguntó Temujin, refrenando—. "Sí; al amanecer, ocho caballos cruzaron ante mí. Te mostraré el camino que tomaron". Después de una segunda mirada sobre el mongol, el extraño joven ocultó entre los arbustos su saco de cuero, atándolo antes, y dijo: "Tú estás cansado e impaciente. Mi nombre es Borchu. Marcharé contigo en seguimiento de los caballos".

El fatigado alazán quedó pastando y Borchu ató y ensilló un caballo blanco, perteneciente al ganado de su custodia, y lo ofreció a Temujin. Tomaron de nuevo

el rastro, y tres días después divisaban el campamento de los Taidjuts, con los caballos robados pastando en sus aledaños. Los jóvenes recogieron los caballos. Pero pronto fueron seguidos por los guerreros, uno de los cuales, montando un garañón blanco y armado de lazo se lanzó en su persecución.

Borchu se ofreció a tomar el arco de Temujin *y* volver en busca de los perseguidores. Pero Temujin no se mostró propicio a ello. Continuaron en los caballos hasta que la luz del día empezó a desaparecer y el guerrero del garañón blanco estaba lo bastante próximo para usar de la cuerda. "Estos hombres pueden herirte —dijo el mongol a su nuevo camarada—. Yo usaré del arco". Se inclinó, puso una flecha en el arco y la dirigió contra el Taidjut; que cayó de la silla. Los otros refrenaron sus cabalgaduras al llegar a él. Los dos jóvenes corrieron presurosos en la noche, llegando sanos y salvos al campamento del padre de Borchu con los caballos. Refirieron su hazaña. Borchu se apresuró a ir en busca del odre de leche, para templar la ira de su padre. "Cuando le vi fatigado e inquieto —explicó— me fui con él". El padre, dueño de un rebaño numeroso, la escuchó con satisfacción. Los relatos de las aventuras de Temujin, habían corrido de tienda en tienda. Y dijo: "Sois jóvenes. Sed amigos y leales".

Dieron al joven Kan alimento y llenaron un odre de leche de yegua, dejándole marchar, seguido de cerca por Borchu, a quien el joven jefe había tomado para sí. Borchu llevaba un presente de pieles negras para la familia. "Sin ti —había dicho Temujin— no hubiera podido encontrar y conducir estos caballos. De modo que la mitad son tuyos". Pero a esto replicó Borchu: "Si yo tomase lo que es tuyo, ¿cómo podrías llamarme amigo?"

Ni Temujin ni el bravo joven eran tacaños. Temujin era generoso y nunca olvidó a los que le sirvieron. También fue enemigo temible para los que le traicionaron.

"Como un mercader confía en sus géneros para medrar —aseguraba a sus compañeros—, los mongoles ponen su única esperanza en su braveza". En él se revelaban las virtudes y crueldades de otra raza nómada; los árabes. En los caracteres débiles confiaba poco, y sospechaba de todos fuera de su clan. Aprendió a aparear su astucia con el engaño de sus enemigos. Pero cuando daba

su palabra a alguien de su propio séquito, era inconmovible. "El incumplimiento de la palabra —dijo años después— es odioso en un caudillo". Aun en su clan, que aumentaba ahora con el retorno de los guerreros que habían seguido a su padre, su señorío descansaba sólo en su buena táctica para eludir a sus enemigos y en la posesión, afirmada por atracción o engaño, de los pastizales más feraces, que dejaba a sus compañeros. Sus ganados y armas, por costumbre de la tribu, pertenecían a todos, no al Kan. El hijo de Yesukai conservaba la alianza de sus hombres, mientras pudiera protegerlos. La tradición, ley de la tribu, permitía a los guerreros del clan elegir otro señor si Temujin decaía en la continua y cruel lucha de las tierras nómadas. Pero la astucia conservó vivo a Temujin. Su creciente sabiduría, sus proezas físicas y sus desvelos retuvieron a su alrededor el núcleo del clan. Los jefes que invadieron la fértil región, entre el Kerulón y el Onon, podrían arrojarle de las colinas a la llanura; pero no lograrían acorralarlo. "Temujin y sus hermanos —se dijeron— aumentan en fortaleza". Pero únicamente en Temujin brillaba el fuego de un inextinguible designio esplendoroso. Podía ya ser dueño de su herencia. En esta época, fue en busca de Burtai para hacerla su primera esposa.

Capítulo III

LA BATALLA DE LOS CARROS

ENTRE los arqueros habitantes de las tierras donde los días son largos, y de las altas montañas blancas — como los antiguos chinos describen a los bárbaros del norte—, existía una inclinación al buen humor, un impulso de risa. La vida era para ellos incesante trabajo; los elementos eran inhóspitos y el sufrimiento representaba la condición constante. Cualquier alivio de sus pesares daba, pues, ocasión a regocijos. Bastaba contemplar a Temujin y a sus mongoles para comprender que en ellos encarnaba la alegría. Su buen humor era en

ocasiones tan ultrajante como su crueldad. Sus festines eran propios de Gargantúa. Los casamientos y los entierros ofrecían raras ocasiones para el «ikhüdür» festival. Semejante a una paz entre lobos fue la llegada de Temujin a la tienda, en el poblado del padre de Burtai. Varios centenares de jóvenes polvorientos y sucios irrumpieron inopinadamente. Llevaban la cara llena de grasa para proteger los alegres rostros contra el frío y los estragos del viento. Iban armados hasta los dientes y lucían pieles de oveja, jubones de cuero, petos horriblemente laqueados. Llevaban odres con agua sobre las baticolas de sus altas monturas y cruzaban a sus espaldas las lanzas.

"Cuando supimos la enemiga que contra ti había —dijo el padre de Burtai al Joven Kan— no pensamos verte vivo". Hubo una escena de risa e impetuoso regocijo. Activos sirvientes mataban y desollaban las ovejas y los caballos para las ollas. Los guerreros mongoles, que habían dejado sus armas a la puerta de la "yurta", sentados a la derecha del señor de la tienda; bebían chocando sus manos. Antes de cada plato un criado ofrecía vino a todos y un violín dejaba oír sus notas. Un tropel de jinetes de las llanuras batían los oídos de sus compañeros y semejaban dilatar sus gargantas con la leche fermentada y el vino de arroz, para despejarlas con facilidad y danzar zafiamente en sus botas de piel de ciervo.

En la tienda del jefe, el tercer día, Burtai, sentada a la izquierda, adornada con vestidos de fieltro blanco, las trenzas de sus cabellos recogidos, con monedas de plata y estatuillas en su tocado —un cono de corteza de abedul cubierto de ricas sedas y sostenido en cada oreja por el contrapeso del cabello trenzado—, permaneció silenciosa hasta el momento en que, separándose, corrió por entre las restantes tiendas, perseguida por Temujin. La ceremonia continuó, luchando con los hermanos y criados de éste, hasta que, finalmente, Burtai fue colocada sobre el caballo del jefe.

Breve "ikhüdür" fue éste de la belleza chata, que salía de su tienda subida en uno de los caballos de Temujin. Había aguardado su llegada cuatro años. Tenía ahora trece. Cabalgó, rodeando su talle y su pecho por ceñidores azules, seguida de sus sirvientes, que portaban un manto de cebellina, para ser presentada a la madre de Temujin. Ahora, era la esposa del Kan. Ella cuidaría de

la "yurta". Si necesario fuese, ordeñaría a los animales, vigilaría los rebaños, cuando los hombres estuviesen en la guerra, haría fieltro para las tiendas, corsetería, prendas con fibras de tendones y haría sandalias y zuecos para los hombres. Estas eran sus obligaciones. Verdaderamente esta mujer se singularizaba por un destino superior a las demás. La historia la conoce por el nombre de Burtai Fidjen, la emperatriz, madre de tres hijos que ejercieron, hasta el postrer día, una dominación mayor que la de Roma. El manto de cebellina tuvo también su destino. Temujin consideró que el tiempo era ya propicio para visitar a Toghrul, el jefe de los Karaitas. Llevó a sus jóvenes héroes y el manto de cebellina como presente. Toghrul Kan parece haber sido un hombre íntegro, amante de la paz. Si él mismo no fue cristiano, su clan se componía en gran parte de cristianos nestorianos, que habían recibido su fe de los primeros apóstoles, San Andrés y Santo Tomás. Poseían las tierras ribereñas, donde se levanta ahora la ciudad de Urga, y aun cuando de raza turca, eran más industriosos que los mongoles. Temujin, en su primera visita a la corte del que se puede llamar su padre adoptivo, no tocó el punto de la ayuda de los poderosos Karaitas. Fue Toghrul quien abrió el camino de la alianza.

No tardó Temujin en invocar la amistad del viejo Khan. Los feudos del Gobi ardían en guerra. Inesperadamente, un formidable clan bajó de las llanuras norteñas y entró en el campo mongol. Eran los "merkits" o "merguen", verdaderos bárbaros, descendientes de un grupo aborigen de la región, el pueblo del "helado mundo blanco", donde los hombres viajaban en trineos tirados por perros y renos. Eran guerreros y hombres del clan de donde Hulun había sido robada por el padre de Temujin, diez y ocho años antes. Probablemente, no habían olvidado su viejo agravio. De noche, con antorchas encendidas, irrumpieron en el "ordu" del joven Kan. Temujin salió a caballo y logró despejar el camino con sus flechas. Mas no pudo impedir que Burtai cayese en poder de sus contrarios, los cuales, para satisfacer su justicia de tribu, la entregaron a un pariente del hombre que había perdido a Hulun. Los guerreros del norte no gozaron durante mucho tiempo la posesión de la mujer del mongol. Temujin, falto de hombres con quienes intentar un ataque a los "merkits", se dirigió a su padre adoptivo, Toghrul, demandando la

ayuda de los Karaitas. Su petición fue prontamente atendida, y mongoles y Karaitas descendieron al poblado de los invasores en una noche de luna. La crónica describe la escena y pinta a Temujin cabalgando por entre las desordenadas tiendas, gritando el nombre de su perdida esposa, y a Burtai, que, al oír su voz, corre a detenerle dándose a conocer. "He encontrado lo que buscaba" —dijo el joven mongol a sus acompañantes, a tiempo que echaba pie a tierra.

Aunque no estuviese cierto de que lo primero que naciera de Burtai fuese hijo suyo, su devoción hacia ella no decayó. No hizo distinción entre sus hijos. A pesar de tener otros hijos, los de Burtai fueron sus predilectos. Otra mujer y otros hijos no figuran más que como nombres vagos en su crónica.

Más que nunca, la intuición de Burtai temía los complots contra la vida de Temujin. La vemos arrodillada y llorosa delante del lecho: "Si tus enemigos destruyen héroes majestuosos como cedros, ¿qué será de los niños pequeños y débiles?"

No había tregua en la lucha entre los clanes del desierto. Los mongoles aun fueron los más débiles de los nómadas que se establecieron al otro lado de la gran muralla. La protección de Toghrul los conservó libres, durante algunos años, del cerco de las tribus occidentales; pero los Taidjuts y los tártaros del lago Buyar♣ arrollaron el Este, con toda la ojeriza de una vieja enemistad. Sólo a un organismo de extraordinaria fortaleza y a un instinto penetrante del peligro debió el Kan la vida.

En una ocasión, fue dejado por muerto entre la nieve, atravesado el pecho por una flecha. Dos compañeros lo descubrieron, restañaron la sangre y, derritiendo nieve en una vasija, lavaron la herida. La devoción de estos guerreros

---

♣ Los tártaros formaban un clan aparte. Los antiguos europeos dieron el nombre de tártaros a los mongoles y "Tartaria" al imperio de los Kan mongoles. El origen de la palabra es chino: *T'a T'a o T'a tzi* (el pueblo lejano), aun cuando los tártaros en su propio relato pudieron haber adoptado el nombre de un antiguo jefe, Tatur.

no se limitó a hacer esto, sino que robaron alimentos de un campo enemigo, cuando vieron al Kan postrado; y cuando los vientos azotaron la llanura echaron un capote de cuero sobre él para resguardarle. Otra vez visitaba la "yurta" de un Kan supuesto amigo, cuando descubrió un foso cavado debajo del tapiz en que se le había invitado a sentarse. Temujin salió ileso del peligroso trance.

Los mongoles, aumentado ahora su número hasta 13,000 guerreros, tomaron la ruta, abandonando los prados de verano, para ganar la región de la invernada. Habían desparramado por un extenso valle sus carros cubiertos, las "kibitkas" o tiendas-carros, compasándose al lento caminar del ganado, cuando llegó la noticia de que una horda de enemigos había aparecido en lontananza y se movía aceleradamente hacia ellos. Ningún príncipe heredero de Europa se enfrentó jamás con situación semejante. Los enemigos eran 30,000 Taidjuts acaudillados por Targumi. Huir significaba hacer el sacrificio de las mujeres, del ganado y de las posesiones del clan. Concentrar los hombres y salir al encuentro de los Taidjuts era exponerse a ser rodeado por un número mayor de individuos, que diezmarían o dispersarían a los guerreros. En esta crisis de la vida nómada, cuando el clan se enfrentaba con la destrucción, requeríase rápida decisión y acción. Prontamente y de un modo perfecto conjuró Temujin el peligro. Ordenó a sus guerreros que montasen a caballo y los concentró bajo los diversos estandartes. Los colocó en líneas de escuadrones, quedando protegido un flanco por el bosque; en el otro flanco formó un extenso cuadrado con las "kibitkas". Dentro de él metió al ganado. Las mujeres y los niños fueron instalados en las tiendas y armados con arcos. Hecho esto, Temujin se dispuso a resistir el combate de los treinta mil, que ya cruzaban el valle en orden de batalla, distribuidos en escuadrones de a quinientos y repartidos en filas de a cien. Las dos líneas primeras llevaban armaduras hechas de dos pesadas placas de hierro, horadadas y anudadas con correas, y yelmos de resistente hierro, forrados de cuero laqueado, con penachos de crin de caballo. Sus cabalgaduras iban enjaezadas y llevaban los cuellos, pechos y flancos cubiertos de cuero. Los jinetes llevaban escudos y lanzas, con penacho de crin cerca de las puntas. Estas filas de jinetes armados se detuvieron para que por entre ellas pasasen las filas posteriores, en

las cuales formaban hombres protegidos sólo por cueros y armados con jabalinas y arcos. Estos, montados sobre caballos veloces, giraron enfrente de los mongoles y empuñaron sus armas, protegiendo el avance de la caballería pesada. Los hombres de Temujin, armados y equipados de modo idéntico, resistieron el empuje con nubes de flechas lanzadas por los potentes arcos, reforzados con cuerno. Esta escaramuza cesó cuando la caballería ligera volvió a girar en su posición, tras de las filas armadas, y el grueso de los escuadrones avanzó al galope. Entonces Temujin lanzó a sus mongoles al encuentro. Tenía sus clanes dispuestos en dobles escuadrones de a mil jinetes. Aun cuando disponía sólo de tres unidades, mientras que los Taidjuts tenían sesenta bandas, la carga de sus más nutridas formaciones resistió el avance y deshizo los primeros escuadrones. Entonces Temujin pudo arrojar sus fuertes masas contra los escuadrones ligeros enemigos. Los mongoles, evolucionando tras el estandarte de las nueve colas de yak, cambiaron las armas de mano. A esto siguió una de las más terribles refriegas de la estepa. Hordas montadas, vociferando con rabia, cerraron bajo las nubes de flechas, empuñando sables cortos y sacando de las sillas a sus enemigos por medio de lazos y arpones adaptados a los extremos de las lanzas. Cada escuadrón batallaba en mando separado; la lucha se sostenía en todos los ámbitos del valle, y los guerreros, dispersos en una carga, volvían a concentrarse de nuevo. Esto continuó hasta que vino el crepúsculo. Temujin había logrado una victoria decisiva. Cinco o seis mil enemigos habían caído. Setenta jefes desfilaron ante él con las espadas y las aljabas colgando de sus cuellos.

Algunos relatos dicen que el Kan mongol condenó a los setenta a ser hervidos vivos en grandes calderas, para escarmiento. En éste un rasgo de crueldad muy poco probable, porque el joven Kan, aunque sentía poca compasión por ellos, conocía el valor de los robustos cautivos y, sin duda, prefirió servirse de ellos. (Véase la nota I, "Las matanzas", al final del libro).

CAPÍTULO IV

TEMUJIN Y "LOS TORRENTES"

EL peligroso Kan de los mongoles había librado su primera batalla, saliendo victorioso. Podía llevar con dignidad el bastón de marfil o de cuerno, tamaño como una pequeña maza, que de derecho pertenece a un general o caudillo. Estaba obsesionado por el hambre de los hombres que le servían. Sin duda esta hambre tenía su origen en los años en que Borchu se apiadó de él y las flechas del torpe Kassar le salvaron la vida. Temujin no medía las fuerzas en términos de poder político, sobre el cual había meditado poco hasta entonces; ni de riqueza, que le parecía tener un uso limitado. Como mongol deseaba sólo lo que necesitaba. Su concepción de la fuerza era el hombre-poder. Cuando habló a sus héroes, les dijo que habían convertido en grava las rocas, derrocado los riscos y detenido el ímpetu de las aguas profundas.

Entre todas las cosas, la que más atraía su atención era la lealtad. La traición era pecado imperdonable entre los hombres del clan. Un traidor podía acarrear la destrucción total de un poblado o conducir la horda a la celada. La lealtad al clan —y al Kan, como se decía— era "el últimum desiderátum". "¿Qué se diría del hombre que por la mañana hiciese una promesa y la quebrantase por la noche?" Un eco de sus deseos para con sus hombres se percibe en su oración. El mongol acostumbraba a subir a la cima de una montaña rasa, que se creía morada de los "tengri", (espíritus de las capas atmosféricas superiores, que forjan los torbellinos, los truenos y todos los fenómenos terroríficos del firmamento infinito). Oraba a los cuatro vientos con su ceñidor sobre los hombros: "Dios infinito, ¡favoréceme!, envía a los espíritus de los aires superiores para que sean mis amigos. Mas sobre la tierra, envía hombres que me ayuden".

Y los hombres afluían hacia el estandarte de las nueve colas no por familias y tiendas, sino por centenares. Un nómada de clan, que luchó contra el anterior Kan, exponía los méritos de Temujin a los mongoles: "El permite a los cazadores —decía— conservar toda la caza muerta en las grandes monterías. Después de la batalla, cada hombre conserva su justa parte del despojo. A veces se quita el manto de los hombros y lo da como presente. A veces desmonta de su caballo para entregarlo a quien lo precisa". Ningún coleccionista ha dado jamás la bienvenida a una adquisición rara con más cordialidad que al Kan mongol saludaban estos andariegos.

Reunía Temujin a su alrededor una corte, sin chambelanes ni consejeros, pero formada de espíritus belicosos. Desde luego, Borchu y Kassar, sus primeros hermanos de armas, estaban allí. También Arghun, el tañedor de laúd y Bayán y Muhuli, dos astutos y batalladores generales, y Sao, el gran ballestero. Arghun parece haber sido un espíritu genial, además de un bardo. De él nos da una idea clara el hecho siguiente: Habiendo pedido el laúd predilecto de oro del Kan, lo perdió. El temperamento irritable del Kan sufrió un acceso de cólera. Temujin envió a dos de sus hombres para que asesinaran a Arghun. En lugar de hacerlo así, estos detuvieron al ofensor y le hicieron beber dos pellejos de vino y entonces lo llevaron. Al día siguiente lo sacaron de su letargo y lo dejaron, al alba, a la puerta de la "yurta" del Kan, exclamando: "La luz luce ya en tu "ordu"♣ ¡oh, Kan!... Abre la entrada y muestra tu clemencia". Y aprovechando este momento de silencio, Arghun cantó:

Mientras el tordo canta tín-tan,
captúrale el halcón antes de la última nota.
Así la ira de mi señor cae sobre mí.
¡Ay! yo amo la fuente que corre; pero no soy ladrón.

Aun cuando el robo estaba castigado con la muerte, Arghun obtuvo el perdón. La suerte que el laúd corriera ha permanecido en el misterio hasta la fecha.

Estos paladines del Kan fueron conocidos por el Gobi con el nombre de

---

♣ *Ordu* es el centro del clan, la tienda oficial.

"Kiyat" o torrentes furiosos. Dos de ellos. Chepé Noyon, el Príncipe flecha, y Subotai Bahadur, el valiente, eran muchachos en aquella época. Más tarde llevaron la devastación allende los noventa grados de longitud. Chepé Noyon aparece en escena corno un joven perteneciente a un clan enemigo, ansioso de pelea, que fue rodeado por los mongoles acaudillados por Temujin. No tenía caballo y pidió uno ofreciéndose a pelear con cualquiera de los mongoles. Temujin accedió a su petición y entregó al joven Chepé un veloz caballo careto. Cuando hubo montado, Chepé se abrió paso por entre los mongoles y escapó. Volvió a poco diciendo que deseaba servir al Kan. Mucho tiempo después, cuando Chepé Noyon se encontraba cazando por T'ian Shan y por Gutchluk, del Catay Negro, juntó una manada de mil caballos caratos y los envió al Kan, como presente y testimonio de que no había olvidado el incidente que le salvó la vida.

Menos impetuoso que el joven Chepé, pero más sagaz, era Subotai del Uriankhi. En él radicaba parte del espanto que causaban las hazañas de Temujin. Antes de emprender un combate contra los tártaros, el Kan llamó a un oficial para que dirigiese el primer ataque. Vino Subotai. Temujin le explicó su misión y le indicó que seleccionase un centenar de guerreros para que le sirviesen de escolta. Subotai replicó que no necesitaba ninguno y que quería ir solo a la vanguardia de la horda. Temujin, vacilante, dióle al fin permiso para partir, y Subotai marchó al campo de los tártaros, a quienes dijo que había abandonado al Kan y deseaba unirse a su clan. Les convenció de que la horda mongol estaba lejos, y logró que se encontrasen desprevenidos cuando los mongoles descendieron sobre ellos y los dispersaron.

"Yo te libertaré de tus enemigos —había prometido Subotai al joven Kan— como el fieltro protege del viento. Esto es lo que haré por ti".

"Cuando capturemos una mujer hermosa y espléndidos garañones —afirmaban sus paladines— te lo entregaremos todo a ti. Si desobedecemos tus órdenes o armamos nuestro brazo contra ti, déjanos en los lugares de peligro".

"Yo era semejante a un hombre dormido cuando llegasteis hasta mí —contestó Temujin a sus héroes—. Antes estaba sentado entre pesares y vosotros me levantasteis".

Aclamáronle por lo que ya era en realidad, por Kan de los Yakka mongoles, y él repartió entre los guerreros los honores, tomando como principio el carácter del cada uno. Borchu pudo sentarse más cerca en la '"kurultai", asamblea de jefes, y figuró en el número de los que tuvieron derecho a llevar el arco y carcaj del Kan. Otros fueron jefes de aprovisionamiento y cuidaron de los rebaños. Otros se encargaron de las "kibitkas" y de los criados. Kassa, que tenía fuerza física y no mucho juicio, fue nombrado porta-espada. Temujin cuidaba de descubrir hombres sagaces, jefes osados, caudillos de horda armada. Conocía el valor de la astucia, que frena la cólera y aguarda el momento propicio para desencadenarla. En realidad, la verdadera esencia del carácter mongol es la paciencia. A los hombres que eran valientes y temerarios, les dejaba el cuidado de las "kibitkas" y todos los servicios importantes. Los torpes eran dedicados a guardar los ganados. De un caudillo dijo: "Ningún hombre es más valiente que Yessutai. Ninguno tiene sus raras prendas. Pero como en las largas marchas no se cansa, ni siente hambre, ni sed, cree que sus oficiales y soldados no sufren tampoco de tales penalidades. Por eso no es propio para el alto mando. Un general debe pensar en el hambre y en la sed y comprender los sufrimientos de los que están a sus órdenes, y economizar el esfuerzo de sus hombres y animales".

Para conservar su autoridad sobre esa corte de "venenosos luchadores" necesitaba el joven Kan toda su formidable decisión y un sutil y equilibrado sentido de la justicia. Los jefes que se agruparon junto a su estandarte fueron indomables como vikingos. La crónica relata que el padre de Burtai apareció con sus acompañantes y sus siete hijos mayores en presencia del Kan. Cambiaron presentes, y los siete hijos, ocuparon su puesto entre los mongoles. En particular venía uno que era "chamán" y se llamaba Tebtengri. Como "chamán", se le suponía capaz de abandonar su cuerpo y de penetrar en el espíritu del mundo. Poesía el don de la profecía. Tebtengri tenía una ambición insaciable. Después de pasar algunos días en las diferentes tiendas de los jefes, él y algunos de sus hermanos se lanzaron sobre Kassar y le aporrearon a palos y puñaladas. Kassar se quejó al Kan Temujin. "Tú, que blasonabas de que ningún hombre era igual a ti

en fuerza *y* maña, —le replicó su hermano—, ¿por qué consentiste que te golpearan?" Mohíno, Kassar dejó sus propios cuarteles en el "ordu" y se alejó de Temujin. En el ínterin, Tebtengri visitó al Kan. "Mi espíritu —le dijo— ha escuchado palabras en el otro mundo y conoce la verdad por los cielos mismos. Temujin regirá a su pueblo por algún, tiempo; pero luego gobernará Kassar. Si no acabas con Kassar, tu dominio no tendrá larga duración".

La falacia del hechicero produjo efecto en el Kan, que no pudo olvidar lo que tomó por profecía. Llegada la noche montó sobre su caballo y marchó con una pequeña escolta de guerreros a apresar a Kassar. Las nuevas de lo que sucedía llegaron hasta Hulun, su madre, la cual ordenó a sus sirvientes que dispusieran un carro, tirado por un diligente camello, para partir en pos del Kan. Hulun llegó hasta la tienda de Kassar, pasando por entre los guerreros que la custodiaban... Al entrar a la "yurta" principal, encontró a Temujin frente a frente con Kassar, que estaba arrodillado, con la capa y la faja quitadas. Arrodillada Hulun, desnudó su pecho y dijo a Temujin: "Los dos habéis bebido de estos pechos. Temujin, tú posees muchos dones. Pero Kassar sólo tiene la fuerza y la destreza para lanzar sus flechas sin marrar. Cuando los hombres se han rebelado contra ti, él los ha abatido con sus flechas". El joven Kan permaneció en silencio hasta que la indignación de su madre hubo cesado. Entonces salió de la "yurta", diciendo: "Cuando obré así lo hice por temor. Ahora estoy avergonzado".

Tebtengri continuaba recorriendo las tiendas e incitando a la rebelión. Propalaba revelaciones sobrenaturales, que eran como las bases de su trama. Ganó bastantes partidarios; y como tenía el alma ambiciosa, creyó que podía minar la influencia del joven guerrero. Temiendo llegar al conflicto con Temujin, él y sus compañeros visitaron a Temugu, el hermano menor del Kan, y le obligaron a humillarse ante ellos. La tradición prohibía el uso de las armas para decidir la contienda entre mongoles. Pero después de este acto del "chamán", Temujin llamó a Temugu, y le dijo: "Hoy vendrá Tebtengri a mi tienda, trátale como te plazca". La situación era violenta, Munlik, jefe de clan y padre de Burtai, había ayudado al Kan en muchas guerras y, por consiguiente, le había honrado. Tebtengri mismo era "chamán", adivino y hechicero. Temujin, el Kan, esperaba

desempeñar en la contienda el papel de juez, mas no para satisfacer sus propios deseos.

Hallábase solo en la tienda, sentado ante el fuego, cuando penetró Munlik con sus siete hijos. Les saludó y se sentaron a su derecha. Temugu entró. Como es natural, todas las armas habían quedado a la entrada de la "yurta". El hermano del Khan, cogiendo a Tebtengri por los hombros, le dijo: "Ayer fui obligado a arrodillarme ante ti. Pero hoy mediré mis fuerzas contigo". Mientras luchaban, los otros hijos de Munlik se pusieron de pie. "¡No continuéis aquí —gritó Temujin— salid afuera!"

A la entrada de la "yurta" tres fornidos atletas esperaban este instante, aleccionados por Temugu o por el Kan. Cuando salió Tebtengri se apoderaron de él, le rompieron la columna vertebral y lo arrojaron a un lado. Inerte quedó junto a la rueda de un carro. "Tebtengri me forzó a arrodillarme ayer —gritó Temugu a su hermano el Kan—; ahora, cuando quise medir mis fuerzas con él, cayó y no se levantará".

Munlik y sus seis hijos salieron a la puerta y contemplaron el cuerpo del "chamán". Entonces, apesadumbrado y confuso, el viejo jefe volvióse hacia Temujin y le dijo: "¡Oh, Kan!... Te he servido "hasta este día". El significado de estas palabras estaba claro. Sus seis hijos hicieron ademán de saltar sobre el mongol. Temujin se mantuvo sereno. No tenía armas ni había camino para salir de la "yurta", excepto la entrada. En lugar de pedir auxilio, habló severamente al irritado viejo: "¡Aparta! Quiero salir". Sorprendidos ante este inesperado mandato, Munlik y sus hijos le abrieron paso y Temujin saltó de la tienda al puesto de guardia de sus guerreros. Hasta aquí el asunto no era más que un incidente en las interminables contiendas que rodeaban al pelirrojo Kan. Pero deseaba evitar, a ser posible, una venganza de sangre con el clan de Munlik. Una mirada al cuerpo del "chamán" le informó de que Tebtengri había muerto. Ordenó que su propia "yurta" fuese trasladada de manera que cubriera el cuerpo, y dejó cerrada la puerta de entrada.

Durante la noche, Temujin ordenó a dos de sus hombres que colocasen el cuerpo del hechicero sobre la abertura del techo de la tienda. Cuando la

curiosidad empezó a cundir entre los hombres del "ordu", respecto del adivino, Temujin alzó la puerta y les explicó: "Tebtengri conspiraba contra mis hermanos y les pegó. Ahora los espíritus de los cielos se han llevado su vida y su cuerpo". Pero a Munlik, cuando estuvieron solos, le habló de nuevo gravemente: "Tú no has enseñado la obediencia a tus hijos, aunque precisan de ella. Ese quiso hacerse mi igual. Y he dado fin a su vida. En cuanto a los otros, he prometido perdonarles la vida en todo caso. Pongamos término a este asunto".[♣]

No había terminado, sin embargo, la contienda de tribus en el Gobi, la lucha de los grandes clanes, el pillaje y la caza. Aun cuando los mongoles eran aún uno de los pueblos más débiles, cien mil tiendas seguían ya el estandarte del Kan. Su astucia los protegía, su fiero valor enardecía a los guerreros. En lugar de unas cuantas familias, la responsabilidad de un pueblo pesaba sobre los hombros del Kan. Temujin podía dormir tranquilo durante las noches; sus ganados, aumentados por el tributo debido al Kan, prosperaban confortablemente. No contaba más de treinta años de edad, se hallaba en la plenitud de su vigor y sus hijos marchaban ahora con él, mirando alrededor en busca de esposas, como él, en otro tiempo, viajara por las llanuras al lado de Yesukai. Había recogido su herencia que quisieron arrebatarle sus enemigos. Pero alguna otra cosa bullía en su mente, un plan a medio trazar, un deseo aun inexpresado: "Nuestros mayores nos han dicho siempre —dijo un día en el consejo— que diferentes corazones e inteligencias no pueden estar en un cuerpo. Pero yo intentaré lograrlo. Yo extenderé mi autoridad sobre mis vecinos".

Reunir a los "venenosos luchadores" en una confederación de clanes;

[♣] La crónica mongol de Ssanang Setzen es todavía más alegórica y da la impresión de que los acontecimientos en el Gobi fueron ocasionados por las hazañas, la astucia o la traición de unos cuantos hombres. En realidad, la conspiración de los *chamanes* duró largo tiempo y complicó a importantes elementos de ambas fracciones. En su especie es tan importante como la lucha entre la Iglesia y el Imperio, que señaló el reinado de Federico II e Inocencio IV, en Europa no mucho después.

hacer de sus enemigos tradicionales sus súbditos; tal era su pensamiento. Y empezó a realizarlo, con toda su gran paciencia.

CAPÍTULO V

EL ESTANDARTE ES PLANTADO EN GUPTA

NO nos ocuparemos aquí de las guerras que los clanes nómadas —tártaros y mongoles, merkitas y karaitas, naimanes y ugures — se hicieron, cruzando una y otra vez las altas praderas, desde la gran muralla de Catay a las lejanas montañas del Asia Central en el este. El siglo XII tocaba a su fin. Temujin aun continuaba preparando la empresa que, según decían sus mayores, no era hacedera: la confederación de los clanes. Para conseguirla era preciso establecer la supremacía de un clan sobre los demás. Los Karaitas, con sus ciudades en la ruta, que las caravanas seguían desde las puertas del Catay, poseían lo que puede llamarse la balanza del poder. A Toghrul llamado Preste Juan, fue Temujin con propósito de alianza. Los mongoles eran ahora bastante fuertes para verificarlo dignamente: "Sin tu ayuda, ¡oh padre mío! — dijo Temujin — , yo no puedo vivir tranquilo. Tú tampoco puedes vivir en paz sin mi ayuda, Tus falsos hermanos y parientes invadirán tu tierra y se repartirán los pastos. Tus hijos no aciertan a verlo, ahora; pero perderán el poder y la vida si tus enemigos triunfan. El único modo de conservar nuestra autoridad y vida es unirnos en una amistad inquebrantable. Siendo yo también hijo tuyo, podemos tratar el asunto".

Temujin tenía derecho a solicitar la adopción del viejo Kan. Preste Juan asintió. Estaba viejo y sentía inclinación hacia el joven Kan. Con su aliado

mantúvose fiel, Temujin. Cuando los Karaitas fueron arrojados de sus tierras y ciudades por las tribus occidentales, que en su mayoría eran mahometanos y budistas y por odio a los Karaitas —que en su mayor parte eran cristianos chamanistas— provocaron la guerra santa, el mongol envió a sus "torrentes valerosos" para ayudar al jefe derrotado. Y por vía de ensayo, como aliado del viejo karaita inició Temujin su gran política.

La ocasión era excelente para su pensamiento. Detrás de la Gran Muralla, el rubio emperador de Catay♣ se hallaba intranquilo y recordando las incursiones de los tártaros del Lago Buyar, que habían atacado sus fronteras, anunció que acaudillaría una gran expedición más allá de la gran muralla, para castigar a los ofensores. Este anuncio llenó de alarma a sus súbditos. Eventualmente fue enviado un alto oficial con un ejército catayano contra los tártaros, que se retiraron, como de ordinario, en desorden. La hueste de Catay, compuesto en su mayor parte de tropas a pie, no pudo alcanzar a los nómadas. Las noticias de estos hechos llegaron a Temujin, que era tan rápido en la acción como sus veloces caballos en cruzar la llanura con sus mensajes. Reunió a todo el clan y envió mensaje al Preste Juan, recordando a su viejo aliado que los tártaros eran los que habían quitado la vida a su padre. Las Karaitas contestaron a su demanda y las hordas combinadas marcharon contra los tártaros, que no podían retroceder: los de Catay les cortaron la retirada.

La batalla deshizo el poder de los tártaros, aumentó el número de cautivos en los valerosos clanes, y proporcionó al oficial de la fuerza expedicionaria de Catay la ocasión de reclamar para sí todo el éxito, recompensando al Preste Juan con el título de "Wang Kan" o Señor de Reyes, y a Temujin con el nombramiento de "Caudillo contra los rebeldes", recompensa que sólo costó a los de Catay una cuna de plata cubierta con paño de oro. Ambos —título y presente— no asombraron a los aguerridos mongoles. De todos modos la cuna, la primera que allí se conociera, fue expuesta a la vista de todos en la tienda del Kan.

♣ La China del siglo XIII, que se dividía en *Chin o* dinastía áurea, en el Norte, y la dinastía Sung, más antigua, en el Sur. Catay se deriva de K'itai, nombre tártaro de China y de la dinastía que dio origen a *Chin.* Los primeros viajeros europeos trajeron este nombre.

Nuevos guerreros engrosaron las filas de los "torrentes valerosos". Temujin vigilaba las salidas de sus hijos con Chepé Noyon, el Señor de la Flecha, que sentía debilidad por lucir las botas de cebellina y la bota de malla plateada, de que había despojado a un catayano errante. Chepé Noyon no se encontraba satisfecho si no estaba galopando en el campo, seguido por una banda de adictos. Era el ayo más idóneo que podía tener el primogénito Juchi (el Huésped) nacido en la reclusión, taciturno y desconfiado, pero de espíritu intrépido para complacer al Kan.

Eran las postrimerías del siglo XII. Temujin conducía su gente, buscando los ríos, hacia la tierra karaita, venciendo ancho círculo de guerreros. Llevaba buen número de antílopes, algún ciervo y caza mayor, y cerraba el círculo, haciendo caer, con los pesados arcos curvados, el animal más insignificante que se divisara entre las peñas. No se perdía el tiempo en las cacerías mongoles. Las "kibitkas", cubiertas y los carros de camellos aguardaban en alguna parte de la pradera. Cuando los cazadores volvían, se desuncían los bueyes, los palos de la "yurta" se levantaban, las cubiertas de fieltro tapaban, tensas, el entramado y se encendían los fuegos. Mucha parte de la casa era entregada como presente al viejo Toghrul, ahora Wang Kan. Pero los Karaitas habían ofendido a los mongoles. Despojos que, de derecho, pertenecían a los hombres de Temujin, habían sido retenidos por los de Wang Kan. Y el mongol lo sufrió. Existían en las tierras de los Karaitas demasiados enemigos, descendientes de los Burchikun, que anhelaban desposeer a Temujin del kanado y del favor del jefe karaita. Fue, pues, el Kan a ver a su padre adoptivo y convinieron en que, si surgía alguna diferencia entre ellos, ninguno de los dos obraría en contra del otro, sino que se reunirían y conferenciarían en la mayor concordia hasta poner en claro el asunto.

Temujin había aprendido mucho de la amarga experiencia. Comprendió que a la muerte de Wang Kan —y aun cuando entre los Karaitas había grupos de guerreros que le favorecían— la guerra surgiría de nuevo. La guardia de Wang Kan había sido aguijoneada por los enemigos del Kan mongol. Pero se había negado a apoderarse de Temujin, como esos enemigos deseaban. Una oferta de matrimonio fue hecha entonces a los mongoles. Los Karaitas tenían para Juchi

una novia entre las muchachas de la familia del jefe.

Temujin permaneció en su campo, conservando cautamente la distancia de la "ordu" karaita, en tanto que sus hombres marchaban delante, para comprobar si estaba el camino expedito. Los guerreros no volvieron; pero dos yegüerizos vinieron galopando durante la noche con noticias de los Karaitas, noticias desagradables y ominosas. Sus enemigos del Oeste —Chamuka, el Astuto Tukta Beg, jefe de los Merkitas, el hijo de Wang Kan y los tíos de Temujin— habían convenido en acabar con él. Habían escogido a Chumuka para "gurkhan". Y habían persuadido al anciano y vacilante Wang Kan de que sumara sus fuerzas a las de ellos. La proposición de casamiento, como Temujin, casi había sospechado, era una añagaza.

Sus esfuerzos y su política habían, pues, fracasado. Al parecer, había estado trabajando para librar a los Karaitas de una guerra con las tribus turcas occidentales, en tanto qué él se fortalecía en el Oriente; y quiso conservar como aliado a Wang Kan, hasta que sus clanes orientales fueran lo suficientemente fuertes, para estar en idénticas condiciones que los Karaitas. Su prudencia había sido juiciosa. Pero su engaño fue tropezar con la astucia refinada, y ahora, con la traición. Los Karaitas —así le dijeron los yegüerizos—, se acercaban al campo intentando atacarle durante la noche y matarle a flechazos en la tienda. La situación era casi desesperada, puesto que los Karaitas tenían más fuerza y Temujin había de defender, a ser posible, las familias de sus guerreros. Contaba con seis mil hombres armados, aun cuando algunas crónicas hacen descender este número a menos de tres mil. Estaba prevenido y no tenía un momento que perder.

Envió guardias de su propia "yurta" por todo el campo, levantando a los durmientes, avisando a los jefes y sacando fuera a los chicos. Los ganados fueron dispuestos para la huida, antes que el día llegase, y distribuidos como fue posible. No existía otro camino de salvación. Las gentes del "ordu" diéronse prisa en montar a caballo — que siempre los había a mano — y en llenar con sus cofres y mujeres los carros, tirados por veloces camellos. Sin lágrimas ni otras demostraciones, empezó el largo éxodo. Las "yurtas" y los grandes carros

permanecieron en el mismo lugar. Quedaron en ellos unos cuantos hombres, con buenos caballos, para mantener encendidos los fuegos. Con sus oficiales y lo más escogido del clan fue Temujin retrocediendo lentamente, para cubrir la retirada. No había casi probabilidad de escapar a la tormenta, que amenazaba descargarse bajo la pantalla de la obscuridad. Avanzando ocho o nueve millas hacia un grupo de montañas, que ofrecían cierto amparo a los hombres que se viesen forzados a dispersarse. Después de cruzar un río y antes de que los caballos se fatigasen, Temujin detuvo sus huestes en una garganta. Entretanto los Karaitas, antes de romper el día, habían llegado veloces al campo abandonado, atravesando con sus flechas la blanca tienda del Kan, sin apercibirse del silencio que reinaba en el lugar y de la ausencia de los ganados y del estandarte. Sucedió un espacio de tiempo en que la confusión reinó. Cambiáronse impresiones. Los brillantes fuegos habían hecho creer a los Karaitas que aun continuaban los mongoles en sus tiendas; y al ver éstas con sus tapices y utensilios, incluso las monturas de repuesto y los odres de leche, comprendieron que los mongoles habían huido amedrentados y en desorden. El anchuroso camino hacia el Este, no estaba por completo sumido en la obscuridad, y los clanes karaitas emprendieron inmediatamente la persecución. A galope tendido subían por las laderas, levantando nubes de polvo. Temujin oteaba su llegada y vio a los jinetes desplegarse. Los clanes se distribuyeron, los mejores a la cabeza de los más tardos. En lugar de esperar largo rato en la garganta, Temujin salió con sus guerreros en orden cerrado de batalla. Pasaron el arroyo y dispersaron la vanguardia karaita. Formados cruzaron luego las onduladas tierras, cubriendo la retirada del "ordu". Entonces llegó Wang Kan con sus capitanes; se rehicieron las líneas karaitas y empezó una lucha de exterminio.

Temujin no se había visto jamás tan apurado. Necesitó entonces de todo el valor personal de los "Torrentes" y de la entereza de los clanes de su casa, así como de los guerreros de los clanes urut y manhurt, que siempre le fueron fieles. El número de hombres que tenía no le permitía atacar de frente. Quedó, pues, reducido a sacar el mayor partido posible de las ventajas que el terreno le brindaba. El terreno era para los mongoles el último recurso. Cuando la tarde

estaba ya cayendo y la derrota era inevitable, Temujin llamó a uno de sus hermanos, Guildar, el portaestandarte, jefe de los manhurts, y le mandó que envolviera la formación karaita, tomando y defendiendo una colina que había a la izquierda del camino y era conocida por el nombre de Gupta: "¡Oh, Kan, hermano mío! —respondió el fatigado Guildar—. Yo montaré en mi mejor caballo y arrollaré a todos los que se me opongan; plantaré mi estandarte en Gupta y te mostraré mi valor. Si caigo, alimenta y cuida a mis hijos. Esto para mí es todo, si llega mi fin". Este movimiento envolvente era la maniobra favorita de los mongoles, la "tulughna" o "carrera del estandarte". Consistía en rodear un flanco enemigo y tomarlo por la espalda. Temujin, con sus clanes dispersos y viendo a los Karaitas romper sus líneas, amenazado además por la obscuridad creciente, hizo un esfuerzo desesperado. El fornido Guildar llegó a la colina y plantó su estandarte y conservó su posición. El empuje de los Karaitas quedó detenido; sobre todo, porque el hijo de Wang Kan había sido herido en el rostro de un flechazo.

Cuando el sol se puso, los Karaitas y no los mongoles fueron los que se retiraron del campo. Temujin permaneció solamente el tiempo necesario para cubrir la retirada de Guildar y recoger los heridos, entre ellos, dos de sus hijos. Colocó á los heridos en caballos capturados al enemigo. En algunos hubieron de encaramarse dos hombres. En seguida marchó hacia el Este, y los Karaitas reanudaron la persecución al día siguiente.

Esta es la más desesperada batalla que Temujin libró. Fue derrotado en ella; pero conservando intacto el núcleo de su clan, librando su vida y salvaguardando la "yurta". "Hemos luchado —dijo Wang Kan— con un hombre con quien no debimos tener nunca querellas”. En la leyenda mongol se recuerda aún la hazaña de Guildar clavando el estandarte en Gupta.

Durante la larga retirada, era tal la desolación del erial, que los guerreros "chupando sus heridas" sobre los extenuados caballos, formaron de nuevo el círculo de cazadores, para cobrar el antílope y el ciervo y lo que pudieran alcanzar con sus flechas. No les impelía a ello el amor al deporte, sino la necesidad de allegar alimentos para la "ordu".

CAPÍTULO VI

MUERE EL PRESTE JUAN

EL primer efecto de la victoria karaita fue reforzar la alianza contra Temujin. Los jefes nómadas estuvieron bien inspirados al aliarse con un poder creciente, que significaba mayor protección y riqueza para ellos. A Wang Kan envió el indignado mongol un elocuente reproche: "¡Oh Kan, padre mío! Cuando fuiste perseguido por tus enemigos, ¿no envié mis cuatro héroes en tu ayuda? Viniste a mí sobre un caballo ciego, con vestidos andrajosos, y tu cuerpo estaba nutrido con carne de una sola oveja. ¿No te di entonces abundancia de ovejas y caballos? En tiempos pasados, tus hombres conservaron el botín de la batalla, que por derecho era mío. Entonces todo estaba perdido para ti, todo lo habían tomado tus enemigos. Pero mis hombres te lo restituyeron. Entonces en el Río Negro juramos no escuchar las malignas palabras de los que podían dividirnos, sino entrevistarnos y hablar del asunto. Yo no he dicho: "mi recompensa es insignificante, necesito una mayor". Cuando la rueda de un carro se rompe, los bueyes no pueden seguir adelante. ¿No soy yo una rueda de vuestra "kibitka?". ¿Por qué tenéis enojo de mí? ¿Por qué me atacáis ahora?"

En estas palabras puede oírse un eco de satisfacción. Y el reproche hiere al hombre irresoluto que no conocía su propio pensamiento, al Preste Juan, montado sobre un caballo ciego. Temujin prosiguió haciendo lo mejor que podía hacer para lograr tenaz su propósito. Envió correos a los clanes próximos. Bien pronto los kanes de sus propios dominios y sus vecinos estuvieron de rodillas junto al caballo blanco del Kan mongol, con los pies recogidos decorosamente, los largos capotes adornados con bandas, las bronceadas caras alineadas, observando por entre el humo del fuego de la "yurta". Era el consejo de los kanes. Cada uno hablaba a su vez. Allí estaban los Burchikun, los "ojos grises", muchos de los cuales habían

conocido la derrota por obra de Temujin. Algunos deseaban atacar a los poderosos Karaitas y someter al Preste Juan y a su hijo. Los más audaces abogaron por la guerra, y ofrecieron dar el bastón de caudillo a Temujin. Esta opinión prevaleció. Temujin, al aceptar el bastón, dijo que sus órdenes debían ser obedecidas en todos los clanes y que debía permitírsele castigar lo que él viese digno de castigo. "Desde un principio os he dicho que las tierras limitadas por los tres ríos deben tener un dueño; No lo comprendisteis. Ahora, cuando Wang Kan os trata como me ha tratado a mí, me elegís por caudillo. Os he dado cautivos, mujeres, "yurtas" y ganado. Ahora yo conservaré para vosotros las tierras y costumbres de nuestros antepasados".

Durante aquel invierno, el Gobi estuvo dividido en dos campos rivales. Las gentes del Este del lago Baial se armaron contra la confederación occidental. Por esta época Temujin estuvo el primero en el campo, antes de que las nieves bajasen a los valles. Con sus nuevos aliados avanzó, sin avisar, hacia el campo de Wang Kan. La crónica nos da cuenta de un divertido ardid puesto en práctica por la astucia nómada. Temujin envió a las líneas enemigas a un mongol, que llegó quejándose de los malos tratos y diciendo que la horda mongola estaba todavía a bastante distancia del campo. Los Karaitas, nada crédulos, despacharon varios jinetes hacia los espesos montes, para que, con el guerrero fugitivo, viesen lo que de verdad había en la referencia. No lejos del campo karaita, el guerrero mongol, que miraba a su alrededor, vio flamear el estandarte de los clanes de Temujin, al otro lado de una loma por la que iban trepando. Consideró que sus acompañantes estaban bien montados y podían escapar al galope, si divisaban el estandarte. Desmontó, pues, y se puso a dar vueltas alrededor de su caballo. A sus acompañantes, que le preguntaron lo que hacía, dijo: "Mi caballo tiene una piedra en uno de los cascos". Y durante el tiempo que el sagaz mongol tardó en quitar al caballo la piedra imaginaria, llegó la vanguardia de Temujin, que hizo prisioneros a los Karaitas. El campo de Wang Kan fue atacado. Empezó la lucha encarnizada.

Al anochecer, los Karaitas estaban destrozados. Wang Kan y su hijo, heridos, habían desaparecido. Temujin entró en el campo, repartió entre sus

hombres las riquezas de los Karaitas, monturas cubiertas de suave seda de colores, cueros rojos, bruñidos y templados sables, con las hojas y las tazas de plata. Estas cosas no podían servirle a el para nada. La tienda de Wang Kan, adornada con telas de oro, la dio entera a los yegüerizos que le habían notificado el avance karaita, la primera noche, cerca del Gupta. Persiguiendo al núcleo de los Karaitas logró envolverlos con sus guerreros y les ofreció conservarles la vida, si se rendían. "Los hombres que luchan por salvar a sus señores son héroes. Sedlo entre los míos y servidme". Los restos de los Karaitas se reunieron bajo su estandarte. Temujin prosiguió hacia su ciudad del desierto, Karakorum, las Arenas Negras.

Su primo Chamuka, el astuto, fue hecho prisionero y conducido a su presencia. "¿Qué suerte te aguarda?" —le preguntó Temujin—. "La misma que hubiera caído sobre ti, si te hubiera hecho prisionero —respondió, sin vacilar, Chamuka—: la muerte lenta". Referíase al tormento chino del despedazamiento lento, tormento que consiste en cortar, el primer día, las falanges de los dedos meñiques, continuando después, día por día, con las extremidades. Seguramente los descendientes de los Burchikun no carecían de valor. Temujin, sin embargo, siguiendo la costumbre de su gente que prohíbe derramar la sangre de un jefe de alto linaje, mandó estrangular a Chamuka con una cuerda de arco, hecha de seda o ahogarlo entre fieltros fuertes.

El Preste Juan, que había entrado con repugnancia en la guerra, huyó a la desesperada, y fue muerto por dos guerreros de una tribu turca. Relata la crónica que su cráneo fue colocado sobre plata y permaneció en la tienda del jefe como un objeto de veneración. Su hijo también sucumbió del mismo modo. (Véase al final, la nota II: "El Preste Juan de Asia").

Un jefe nómada puede considerarse satisfecho con los frutos de semejante victoria. Los resultados de una conquista nómada son siempre los mismos: hacinamiento de despojos, ociosidad y, por consiguiente, reyertas, disensiones, individuos que abandonan el imperio de los nómadas. Temujin se reveló diferente. Poseía ya el núcleo de un reino en las tierras de los Karaitas, que cultivaban el suelo y habían edificado ciudades de barro seco y bardas, pero permanentes.

Haciendo toda clase de esfuerzos para conservar a los Karaitas asentados y reconciliados, lanzó sus hordas a nuevas conquistas, sin un momento de reposo. "El mérito de una acción consiste en acabarla" —dijo a sus hijos.

Durante los tres años siguientes a la batalla que le dio el dominio del Gobi, Temujin lanzó a sus veteranos hacia los valles de los turcos occidentales, de los naimanes y ugures, pueblos de una cultura superior. Estos pueblos habían sido enemigos del Preste Juan, y pudieron haberse unido para resistir a Temujin. Pero éste no les dio tiempo a realizar lo que estaba reservado para él. Desde las montañas blancas del Norte, a lo largo de la gran muralla, a través de las viejas ciudades de Bishbalik y Koten, galopaban sus oficiales. Marco Polo dice de Temujin: "Cuando conquistaba una provincia no hacía daño a la gente ni a la propiedad, sino que colocaba a alguno de sus hombres en el país, en tanto que él conducía al resto a la conquista de otras provincias. Y cuando los que habían sido conquistados por él se enteraban de lo bien y de la seguridad con que los protegía contra todos los demás, y cómo no sufrían daño y veían cuan noble príncipe era, unían su corazón y su alma y llegaban a ser sus fieles seguidores. Y cuando hubo conquistado una multitud tal, que parecía cubrir toda la tierra, empezó a pensar en la conquista del mundo”.

El destino de sus antiguos enemigos no sería, sin duda, tan deseable como éste. Habiendo deshecho la potencia armada de un clan hostil, Temujin se apoderó de todos los hombres nobles de la familia reinante y los condenó a muerte. Los guerreros del clan fueron repartidos entre los hombres más formales; las mujeres más apetecibles fueron desposadas por los guerreros y otras fueron hechas esclavas. Los chiquillos vagabundos fueron adoptados por madres mongolas y las tierras y ganados del clan derrotado fueron devueltas a sus primitivos propietarios.

En este aspecto, la vida de Temujin fue moldeada por sus enemigos. En la adversidad había adquirido el vigor físico y la astucia lobuna que parecía guiarle instintivamente hacia lo cierto. Ahora era ya lo bastante fuerte para hacer conquistas según sus propósitos. En la primera derrota de los que se enfrentasen con sus armas, demostraría ser señor indulgente. í

Iba penetrando en nuevas partes del mundo, por las viejas rutas de las caravanas y de las ciudades del Asia Central. Y una gran curiosidad le acuciaba. Observó que entre los prisioneros había hombres ricamente vestidos y de austera presencia, que no eran guerreros. Supo que eran sabios astrólogos que conocían las estrellas, físicos que sabían el uso de las hierbas como el ruibarbo y que curaban las dolencias que aquejaban a las mujeres. Cierto ugur que había servido a un jefe derrotado fue traído a presencia de Temujin. Tenía un pequeño objeto de oro curiosamente labrado. "¿Por qué tienes eso?" —preguntó el mongol—. "Yo deseo — respondió aquel hombre fiel—, cuidar de él hasta la muerte de quien me lo ha confiado". "Eres un sujeto leal —advirtió el Kan-—, pero tu amo ha muerto. Sus tierras, todo lo que él poseía es ahora mío, Dime para qué sirve esa prenda". "Cuando mi señor deseaba cobrar un tributo en dinero o en grano, comisionaba a uno de sus hombres y les hacía una marca con este sello, para demostrar que eran en realidad emisarios suyos".

Inmediatamente Temujin ordenó se le fabricase un anillo. Se le hizo de jade verde. Perdonó al cautivo ugur y le dio un puesto en la corte, con encargo de enseñar a los muchachos la escritura de los ugures, que era una forma de siríaco aprendida probablemente de los padres nestorianos hacía mucho tiempo.

A sus paladines, a aquellos que ayudaron en los tiempos críticos, dio Temujin la mayor recompensa. Fueron creados "tarkhan" y elevados sobre los demás. Tenían derecho a entrar en todo tiempo en el pabellón real, sin ceremonia alguna. Elegían antes que los demás su parte en el botín de guerra y estaban exentos de tributos. Aun más: nueve veces podía serles perdonada la pena de muerte. Cualquier tierra que eligiesen era suya. Estos privilegios eran hereditarios en sus descendientes hasta la novena generación.

En la mente de los nómadas no había nada más codiciable que ser compañeros de los "tarkhanes". Estaban envalentonados por la victoria, por las incidencias de aquellos tres años en tierras nuevas. Y si se contenían era por respeto al Kan. Alrededor de la persona del conquistador se habían juntado los espíritus más salvajes de toda el Asia, todos los guerreros turcomongoles desde el mar hasta Tian Shan, donde Gutchluk regiría pronto el Catay Negro (Kara K'itai).

Por el momento los odios de clan se olvidaron. Budistas, chamanistas, idólatras, mahometanos y nestorianos vivían como hermanos, esperando los acontecimientos. Algo aconteció, en efecto, y fue que el Kan mongol abolió las limitaciones de sus antepasados. Convocó la "kurultai", el consejo de los kanes, para que eligieran un hombre que mandase sobre todos los pueblos del Asia superior, un emperador. Explicóles que podían escoger uno de ellos para tener autoridad sobre los demás. Como es natural, después de los acontecimientos de los tres últimos años, le elección de la "kurultai" recayó sobre Temujin. Además, el consejo decidió que debía llevar un título digno. Un adivino anunció en la asamblea que este nuevo hombre debía ser Gengis Ka Kan, el más grande de los gobernantes, el emperador de todos los hombres.

El congreso fue grato al Kan, y ante la insistencia unánime de los kanes, Temujin aceptó su nuevo título.

CAPÍTULO VII

EL YASSA

EL CONSEJO se había celebrado en 1206. En el mismo año el oficial de Catay, el capitán de las marcas occidentales, cuya obligación era el vigilar a los bárbaros, más allá de la gran muralla y cobrar los tributos, informó al emperador chino que la "quietud absoluta dominaba en los reinos lejanos". Como consecuencia de la elección de Gengis Kan, los pueblos turcomongoles se encontraban unidos por primera vez desde hacía varias centurias. En el fervor de su entusiasmo, creían que Temujin, ahora Gengis Kan, era en realidad un "bogdo", un enviado de los dioses, dotado de poder celestial. Pero ningún entusiasmo podía contener a estas hordas anárquicas. Habían vivido demasiado tiempo regidas por la costumbre de la tribu. Las costumbres varían tanto como la

naturaleza de los hombres. Para refrenarlas, Gengis Kan usaba la organización militar de sus mongoles la mayoría de los cuales eran veteranos por ahora. Pero anunció, además, que había promulgado el "Yassa" para regirlos. El "Yassa" era un código, una combinación de sus deseos con las costumbres más prudentes de la tribu. (Véase nota III: "Las leyes del Gengis Kan").

Ante todo mostraba claramente su aversión al robo y al adulterio, que eran penados con la muerte. Al que robaba un caballo podía castigarle con la muerte. Decía que le disgustaban los muchachos desobedientes a sus padres y los hermanos más pequeños que no acataban a los mayores. Decía que el esposo no debe tener secretos para su esposa, y que la esposa debe estar sometida a su esposo. Enfurecíale la negativa del rico a ayudar al pobre y la de los inferiores a respetar a los superiores. Contemplando a un gran bebedor —la bebida era un vicio mongol—, dijo: "Un hombre ebrio está como si hubiera recibido un golpe sobre la cabeza; su sabiduría y destreza no le aprovechan. No debería beberse más que tres veces al mes y aun sería mejor no beber nunca. Pero ¿quien puede abstenerse totalmente?"

Otra debilidad de los mongoles era el miedo a los truenos. Durante las grandes tormentas del Gobi, este miedo se apoderaba de ellos de tal modo que en ocasiones se arrojaban a los lagos y ríos para escapar a la furia de los cielos. Al menos así lo afirman acreditados viajeros como Fray Rubriquis. El "Yassa" prohibía el baño o contacto con el agua durante toda tormenta. Aunque era hombre impulsivo, Gengis Kan quiso contener en su pueblo la tendencia dominante a la violencia. El "Yassa" prohibía las luchas entre mongoles. En otro punto fue también inexorable. Mandó que no pudiera haber otro Gengis Kan. Su nombre y los de sus hijos no podrían ser escritos más que en oro. No podrían los hombres del nuevo emperador pronunciar voluntariamente el nombre del Kan. Deísta, elévase Gengis sobre los andrajosos y truhanescos chamanes del Gobi. Su código trata con tolerancia las materias de religiones. Los devotos, los pregoneros de las mezquitas, estaban exentos de cargas públicas. Y en efecto, un abigarrado conjunto de sacerdotes deambulaban por los campos mongoles. Lamas errantes rojos y amarillos, movían sus ruedas de oración. Algunos de ellos

usaban "piedras pintadas con el retrato del verdadero diablo cristiano", según nos dice Fray Rubriquis. Y Marco Polo relata que antes de las batallas, Gengis Kan ordenaba que los astrólogos hiciesen presagios. Los adivinos sarracenos se equivocaban al profetizar. No así los nestorianos, que lograban mayor éxito con dos perritos, señalados con el nombre de los caudillos rivales, los cuales caían uno sobre el otro al tiempo que se leían en voz alta las líneas del libro de los Salmos. Aun cuando Gengis Kan escuchaba a los adivinos y oía atentamente las salmodias de un astrólogo catayano, después no parecía regresar de ninguna aventura del modo que habían indicado las predicaciones de aquellos magos.

El "Yassa" castigaba de un modo harto sencillo a los espías, los sodomitas, los testigos falsos y los hechiceros. Todos eran condenados a muerte. La primera disposición del "Yassa" es notable: "Está ordenado que todos los hombres creerán en un Dios, creador de cielos y tierra, único donador —cuando le place— de las riquezas y de la miseria, de la vida y de la muerte, y cuyo poder sobre todas las cosas, es infinito". Aquí se ve un reflejo de las enseñanzas de los primitivos nestorianos. Pero esta .disposición no se publicó. Gengis Kan no deseaba trazar una línea divisoria entre sus hombres o excitar los gérmenes siempre latentes de antagonismo doctrinal. Un psicólogo podría decir que el "Yassa" aspiraba a tres cosas: obediencia a Gengis Kan, unión de los clanes y castigo cruel de los delitos. Le importan los hombres más que la propiedad, y, desde luego, ningún hombre podía ser condenado como reo a menos de ser cogido "in fraganti" o confesar su delito. Recuérdase que entre los mongoles, pueblo analfabeto, la palabra era cosa solemne. Entre los nómadas es más frecuente que en otros pueblos que el culpable confiese su delito. Ejemplos hubo de alguno que llegó al Kan y confesó su crimen pidiendo ser castigado.

En los últimos años de la vida de Gengis, la obediencia al Kan fue absoluta. Un general de una división, estacionada a mil millas de la corte, sometióse a ser relevado de su mando y ejecutado por una simple orden del Kan, llevada por un correo ordinario. "Son más obedientes a su señor que cualquier otro pueblo —dice el valeroso Fray Carpini—. Le tributan la mayor reverencia y jamás le engañan, ni de palabra ni de obra. Raramente riñen ni disputan y jamás acontecen heridas y

muertes violentas. No se encuentran por ninguna parte ladrones ni salteadores, de modo que sus casas y carros, en donde todas sus mercancías y tesoros se conservan, nunca se cierran y atrancan. Si algún animal de los hatos se descarría, el que lo encuentra lo deja o lo lleva a los oficiales que tienen a su cargo esos servicios. Entre ellos son corteses y a pesar de que los abastecimientos se proveen sin restricciones. Son muy sufridos en las privaciones, y aun cuando ayunen durante un día o dos, no cesan de cantar y hacer gracias. Cuando viajan, soportan el frío y el calor sin quejarse. Nunca riñen y, aunque beben a menudo, jamás disputan al hacerlo" (Esto, evidentemente, era una cosa sorprendente para el viajero fuera de Europa). "La embriaguez es honrosa entre ellos. Cuando un hombre bebía en demasía y vomitaba, volvía de nuevo a beber. Con los otros pueblos son excesivamente soberbios y despóticos, mirando, no obstante, a los hombres nobles con contento. Vimos en la corte del Emperador, al Gran Duque de Rusia, al hijo del Rey de Georgia y a muchos sultanes y a otros grandes hombres, que no recibían honor o respeto, y aun los tártaros designados para atenderlos, a pesar de lo humilde de su condición, marchaban siempre delante de estos cautivos ilustres y ocupaban los lugares más importantes. Son irritables y desdeñosos para con los otros hombres, y aun falaces. Cualquier mal que intenten realizar, lo ocultan de modo que nada probase contra ellos. Y las matanzas de otras gentes no las toman en consideración". '

Se .ayudan unos a otros para destruir a los demás. Un eco del "Yassa". Estos hombres de los antiguos clanes, hambrientos de guerra, sólo podían ser contenidos de un modo. Abandonados a sí mismos hubieran vuelto pronto a sus antiguas excursiones de exterminio mutuo luchando por el botín y las tierras de pastos. El pelirrojo Gengis Kan, había sembrado el viento y se sometía a recoger tempestades. Pero logró contenerlas y guiarlas, como lo demuestran sus actos subsiguientes. Se había destetado entre los nómadas y sabía que el camino para conservar las cabezas de unos y otros era guiarlos a la guerra en otra parte. Esto era como enjaezar la tempestad y dirigirla.

La crónica nos da un reflejo de Gengis y de su época, antes de que el prolongado banquete de la "kurultai" llegase a su fin. En la falda de Deligun Budak,

la montaña que sombreaba su vivienda, y debajo del estandarte de las nueve colas, ahora familiar, dirígese a los Burchi-kun y a los jefes que se han comprometido a aliarse con él:

"A estos hombres, que compartirán conmigo lo bueno y lo malo del futuro, cuya lealtad será clara como el cristal de roca, anhelo llamarles mongoles. Yo deseo que levanten su poder por encima de todas las cosas que respiran sobre la tierra".

Tenía imaginación para ver esta asamblea de espíritus desenfrenados, unidos en una horda; los sabios y misteriosos ugures, los fornidos Karaitas, los intrépidos yakka mongoles, los feroces tártaros, los silenciosos y sufridos hombres de las tundras nevadas, los cazadores, todos los guerreros del Asia superior, reunidos en un clan gigantesco, del cual él era el jefe. Habían estado unidos brevemente antes, bajo los monarcas Hiungnu, que asolaron Catay. Pero se construyó la Gran Muralla para cerrarles el paso, Gengis Kan tuvo el don de la elocuencia y suscitó en ellos hondas emociones. Y nunca desconfió de su habilidad para acaudillarlos. Tenía ante sus ojos una visión de conquistas en tierras desconocidas. Y así se esforzó por movilizar esta nueva horda. Invocó el "Yassa". A los guerreros de la horda les estaba prohibido abandonar a sus camaradas, los de su tienda. A los hombres de la tienda les estaba prohibido dejar detrás a un hombre herido. Asimismo estaba prohibido a cualquiera de la horda huir delante del estandarte, retirándose de la batalla, o dedicarse al pillaje antes de que fuese dado el permiso por el oficial encargado del mando. (La irreprimible inclinación de los hombres en las filas era saquear en cualquier momento todo lo que fuese posible).

Y el observador Fray Carpini acredita que Gengis Kan hizo cumplir esta parte del "Yassa", pues describe a los mongoles no abandonando nunca el campo, mientras el estandarte está enhiesto o hay un enemigo vivo. La horda misma no era azarosa reunión de clanes. Tenía, como legión romana, una organización permanente, unida de diez en diez mil hombres, "aumans", que formaban una división de caballería. Al frente de los ejércitos figuraban los Orkhones, los mariscales del Kan, el infalible Subotai, el viejo práctico Muhuli, el

fiero Chepé Noyon, once en total. Las armas de las hordas —excepto las lanzas, pesadas armaduras y escudos— se conservaban en arsenales, custodiados por ciertos oficiales, y eran cuidadas y limpiadas, hasta que los guerreros llamados a campaña, se reunían *y* eran revistados por los "gur-khans". El sagaz mongol no quiso tener varios cientos de miles de hombres inactivos y armados, repartidos sobre un millón de millas cuadradas de llanuras y montañas. Para entretener los cuerpos de la horda, el "Yassa" ordenaba que el invierno, entre la primer nevada copiosa y las primeras hierbas, fuese dedicado a la caza. Hacíanse expediciones en persecución del antílope, del ciervo y del asno salvaje. En la primavera celebrábanse los consejos, a los que eran convocados los más elevados personajes. "Aquellos que en lugar de venir a oír mis instrucciones, permanezcan ausentes en sus cantones, correrán la suerte de la piedra que se arroja al agua: perecerán".

No hay duda que Temujin tomó elementos de las tradiciones ancestrales y aprovechó las costumbres existentes. Pero la construcción de la horda, como una organización militar permanente, fue obra suya. El "Yassa" le concedía el látigo de una autoridad inexorable. Gengis Kan tenía bajo su mando una fuerza de guerra, una masa disciplinada de fuerte caballería, capaz de movimientos ligeros en cualquier país. Antes de él los antiguos persas y los parthos habían tenido quizás tan numerosos cuerpos de caballería; pero carecieron del arte de destruir con los arcos y el bárbaro valor de los mongoles. La horda era un arma capaz de grandes destrucciones, si la manejaba rectamente y se la refrenaba. Gengis había resuelto dirigirla contra Catay, el antiguo e inalterable imperio, que se extendía allende la gran muralla. (Véase la- nota IV: "La fuerza numérica de la horda mongola").

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VIII

CATAY

Al otro lado de la Gran Muralla todo era diferente del Asia septentrional. Existía una civilización de cinco mil años, con relaciones escritas, que alcanzaba treinta siglos de antigüedad y habitantes que dedicaban su vida tanto a la contemplación como a la lucha. En otro tiempo, los aborígenes de estos hombres fueron nómadas, un pueblo de jinetes peritos en el manejo del arco. Durante tres mil años, en lugar de emigrar, habían construido ciudades, y laborado mucho. Se habían multiplicado rápidamente. Y cuando los hombres aumentaron y se apiñaron, construyeron murallas y se dividieron en diferentes clases sociales. A diferencia del Gobi, los hombres de allende la Gran Muralla eran esclavos y labriegos, escolares, soldados y mendigos, mandarines, duques y príncipes. Tenían un emperador, el hijo del Cielo "Tien Tsi" y una corte, las nubes del Cielo. En el año de 1210, año de la oveja en el calendario de los doce animales, ocupaba el trono la dinastía Chin o dinastía áurea y estaba la corte en Yen-King, cerca de la Pekín moderna. Catay era corno una anciana sumida en meditaciones, adornada quizás con vestidos excesivamente trabajados, rodeada de muchos niños, poco cuidados; las horas de sus ortos y ocasos estaban ordenadas; salía

en carros cuidados por sirvientes y oraba a las tablas de la muerte; sus vestidos eran de seda flotante muy coloreados, aun cuando los esclavos iban descalzos y vestían de algodón. Los altos dignatarios llevaban quitasoles sobre las cabezas. En las entradas de las viviendas se disponían pantallas, como protección contra los diablos errantes. Los hombres inclinaban la cabeza según ritual y se esforzaban por hacer su conducta perfecta.

Hacía un siglo que los bárbaros, catayanos y chinos, habían bajado del norte y se habían concentrado en grandes masas de hombres más allá de la llanura. Pronto adoptaron las costumbres de Catay, lucieron sus ropajes y siguieron su ritual. Dentro de las ciudades había lagos espléndidos con lanchas, donde los hombres podían sentarse. Regalábanse con vino de arroz, oyendo las melodías de las campanillas de plata, agitadas por mano de mujer. También podían reunirse bajo el techo de una pagoda y escuchar las llamadas de un gongo, invitándoles al templo. Estudiaban en libros de bambú, escritos en tiempos inmemoriales y discutidos en largos festines, en los días de oro de "Tang". Eran los hombres de China súbditos de una dinastía, siervos del que se sentaba en el trono. La tradición los regía y les enseñaba que el deber principal era obedecer a la dinastía. Sin embargo podían, como en los días del señor K'un (Confucio), gritar ante el cortejo imperial, cuando el emperador pasaba en un carruaje frente al cortejo sabio: "He aquí la concupiscencia, y la virtud viene detrás". O también algún poeta andariego, abstraído en embriagadora contemplación de la belleza de la luz de la luna sobre el río, podía caerse en el río, podía caerse en el agua y ahogarse y no ser, por ello, menos poeta. La persecución de la perfección es un asunto trabajoso. Pero el tiempo no importaba nada en Catay. El pintor se satisfacía dando a la seda un toque de color, poniendo un pájaro sobre una rama o una montaña nevada. Un detalle, pero perfecto. Los astrólogos en sus departamentos, entre las esferas y cuadrantes, anotaban los movimientos de las estrellas. El cantor de la guerra era también un contemplativo. Véase: "Ningún canto de pájaro desciende ahora de las silentes murallas. Únicamente suena el viento en la dilatada noche, donde los espectros de la muerte rondan por la obscuridad. La pálida luna se refleja sobre la nieve al caer. Los fosos de las

murallas se congelan con sangre y cuerpos en las duras aristas del hielo. Toda flecha se gasta, toda cuerda se rompe. Las fuerzas del caballo de batalla declinan. Así es la ciudad de Han-li bajo el yugo del enemigo". Así el cantor, viendo un cuadro en la muerte misma, interpretaba la resignación, que es la herencia de Catay.

Sus máquinas de guerra eran veinte carros, antiguos e inútiles, tirados por caballos. Tenía también piedras rodantes, ballestas que la fuerza de diez hombres no podía manejar, catapultas que precisaban doscientos hombres para tensar las sólidas cuerdas. Poseían el "fuego que vuela" y el fuego que explota en tubos de bambú. Las empresas guerreras habían sido un arte en Catay, desde los días en que los regimientos y los carros maniobraban sobre las inmensidades del Asia. Erigíase un templo en el campo al general en jefe que meditaba tranquilamente sus planes. Kwanti, el dios de la guerra, no carecía de adeptos. La fuerza de Catay estaba en la disciplina de sus adiestradas masas y en sus enormes reservas de hombres. En cuanto a su debilidad, un general catayano había escrito ominosamente hacía diez y siete siglos: "Un caudillo puede acarrear la desgracia de su ejército, por intentar gobernarlo como a un reino si ignora las condiciones con que el ejército tiene que habérselas. Esto es lo que se ha llamado embarazar un ejército y ocasiona desasosiego entre los soldados. Y cuando un ejército está inquieto y desconfía, la anarquía es el resultado y la victoria se frustra".

La debilidad de Catay consistía en su emperador, que permanecía en Yen-King y dejaba el ejercicio del mando a sus generales. La fuerza de los nómadas detrás de la muralla, estaba en el genio militar de su Kan que acaudillaba el ejército en persona. El caso de Gengis Kan era muy semejante al de Aníbal en Italia. Tenía un número limitado de guerreros. Una única y decisiva derrota podía volver a los nómadas a sus desiertos. Una victoria dudosa no garantizaba nada. Su éxito debía ser decisivo, sin gran pérdida de hombres; pues podía ser obligado a maniobrar sus divisiones frente a ejércitos acaudillados por maestros en táctica.

Entre tanto, fuera de Karakorum Gengis era todavía el "Capitán contra los rebeldes" y el súbdito del Áureo Emperador.

En el pasado, cuando la fortuna de Catay era ascendente, los emperadores

habían cobrado tributo a los nómadas de allende. Después, las dinastías de Catay compraron la paz a los nómadas, regalándoles productos, como plata, seda, cueros trabajados, jades tallados y caravanas cargadas de granos y vino. Para manifestar su honor o, en otras palabras, para salvar su cabeza, la dinastía de Catay llamaba presentes a estos tributos. Pero en los años anteriores de poderío, los presentes exigidos a los Kanes nómadas eran llamados tributos. Las rapaces tribus no habían olvidado estos magníficos presentes ni las onerosas exacciones de los oficiales catayanos, ni las extrañas expediciones de las gentes de "sombrero y cinturón", en los límites de la Gran Muralla. Así los pueblos del Gobi Oriental eran, en aquellos momentos, súbditos nominales del Áureo Emperador, administrados en teoría, por el ausente capitán de las Marcas occidentales. Gengis Kan había entrado en el cuadro de los oficiales como "Capitán contra los rebeldes". En momento oportuno, los funcionarios de Yen-King, ajustándose a las condiciones usuales, le enviaban emisarios para recoger el tributo de caballos y ganado, tributo que Gengis no pagaba. Como se observará la situación era típicamente china y la actitud de Gengis Kan puede describirse en dos palabras: observar esperando.

En el curso de sus campañas por el interior del Gobi, Gengis había topado con la Gran Muralla y examinando detenidamente sus flancos de ladrillo y piedra, sus torres sobre las puertas y su grandiosa plataforma superior, sobre la cual podían galopar de frente seis jinetes. Más recientemente había llevado su estandarte, desplegándolo de puerta en puerta, a lo largo del sector más cercano. A estas circunstancias ni el Capitán de las Marcas occidentales ni el Áureo Emperador prestaron la más mínima atención. Pero las tribus fronterizas, los pueblos que servían de tope y vivían a la sombra de la muralla ayudando al monarca de Catay en sus excursiones cinegéticas, se dieron cuenta exacta de este acto audaz y creyeron comprender que el Áureo Emperador estaba acobardado ante el jefe nómada. En rigor, éste era efectivamente el caso. Dentro del recinto amurallado de sus ciudades los millones de habitantes de Catay estaban, aunque no totalmente, seguros de su cuarto de millón de guerreros. Pero el Áureo Emperador que se hallaba en lucha continua con la antigua casa Sung,

allá en el Sur, hacia el sol del Océano, por el Yang-tsé, mandó emisarios a los mongoles para recabar la asistencia de los jinetes nómadas. Gengis Kan envió velozmente varios "tumans". Chepé Noyon y algunos otros Orkhones mandaban las divisiones de caballería. Lo que hiciesen en favor del Áureo Emperador se desconoce. Pero utilizaron muy bien sus ojos y llevaron a cabo investigaciones minuciosas. Tenían toda la habilidad de los nómadas para recordar límites, y cuando volvieron a la horda, en el Gobi, llevaban una idea precisa de la topografía de Catay. También trajeron relatos maravillosos. En Catay, dijeron, los caminos cruzan fácilmente los ríos sobre plataformas de piedra. Hay "kibitkas" de madera que flotaban sobre los ríos. Todas las ciudades importantes tienen murallas, demasiado altas para que pueda saltar un caballo. Loa hombres de Catay se adornaban con vestidos de nanquín y seda de todos colores. En lugar de viejos cantores son jóvenes poetas los que distraen a la corte, no recitando roncamente leyendas de héroes, sino escribiendo palabras sobre un biombo de seda, palabras que describen la belleza de la mujer. Todo es muy maravilloso.

Los oficiales de Gengis Kan anhelaban lanzarse sobre la Gran Muralla. Pero en aquella ocasión haber dejado partir los selváticos clanes contra Catay, hubiera significado el desastre del Kan y una calamidad para los hogares. Si abandonaba su nuevo imperio para sufrir una derrota en Catay, otros enemigos acudirían a invadir presto el dominio mongol. El desierto de Gobi era suyo. Pero si miraba al sur, al sudoeste y al oeste, veía enemigos formidables. A lo largo de la "Nan-lu", vía meridional de las caravanas, encontrábase el extraño reino de Hia, el llamado reino de los ladrones: aquí bajaban de las montañas los magos y rapaces tibetanos, para asaltar y despojar a los catayanos. Más allá se extendía el poder del Catay Negro, especie de imperio montaraz, y hacia el oeste vagaban las hordas errantes de Kirguises, que habían obstruido el camino de los mongoles.

Contra todos estos molestos vecinos, Gengis Kan envió fracciones de su horda, divisiones montadas acaudilladas por los Orkhones. El mismo en persona marchó en sucesivas estaciones a la comarca de Hia, haciendo una guerra de guerrillas, en país abierto, que convenció a los jefes de este reino de lo conveniente que era concertar la paz con Gengis, paz que fue robustecida por un

lazo de sangre, ya que una de las mujeres de la familia real fue enviada al Kan como esposa. Otros lazos se anudaron en el oeste. Todas estas eran prevenciones en términos militares, movimientos destinados a despejar los flancos. Gengis ganó aliados entre los jefes y rehizo la horda, dándole experiencia, cosa muy deseable en campaña.

Mientras tanto, el monarca de Catay murió. Su hijo, personaje alto y soberbiamente barbado, se interesaba principalmente por la pintura y la caza. Se llamaba asimismo Wai Wang, título imponente para un hombre vulgar. A su debido tiempo, los mandarines de Catay dispusieron las listas de tributos para el nuevo monarca. Fue enviado un oficial a las llanuras del Gobi para recoger los tributos de Gengis Kan. Con él iba también la proclamación del nuevo soberano, Wai Wang, y un edicto imperial que había que recibir de rodillas. Pero el mongol alargó la mano y permaneció sentado, sin darlo a leer al intérprete.

"¿Quién es el nuevo emperador?" —preguntó. "Wai Wang"— le fue respondido. Y en lugar de inclinar su cabeza hacia el sur, el Kan escupió. "Pensé —dijo— que el hijo del cielo sería un hombre extraordinario. Pero un imbécil como Wai Wang es indigno de un trono. ¿Por qué he de humillarme ante él?" Dicho esto montó sobre su caballo y partió. Aquella noche, los Orkhones fueron convocados a su pabellón con sus nuevos aliados: el "Idikut de los halcones arrebatadores" y el "León principal" de los turcos occidentales. Al día siguiente fue llamado ante el Kan el enviado catayano a quien se dio un mensaje para el Áureo Emperador. "Nuestro dominio —decía el mongol— está ahora tan bien ordenado, que podemos visitar Catay. ¿Está tan bien ordenado el del Kan áureo que puede recibirnos? Iremos con un ejército que es cómo un océano rugiente. No nos importa encontrar amistad o guerra. Si el Kan áureo prefiere ser nuestro amigo, le permitiremos el gobierno de sus dominios bajo nuestro mando. Si prefiere la guerra, ésta durará hasta que uno de nosotros dos quede victorioso y el otro derrotado".

Ningún mensaje más insultante podía haberse enviado. Gengis Kan comprendía que el momento era propicio para la invasión. En tanto que el viejo emperador vivió, habíase considerado ligado, acaso por una alianza feudal, a

Catay. Pero con Wai Wang no tenía ya relación.

El enviado regresó a Yen-King, donde residía la corte de Wai Wang. A éste le irritó la respuesta de Gengis Kan.♣ Al Capitán de las Marcas occidentales se le preguntó qué estaban haciendo los mongoles; a lo que el Capitán contestó que estaban haciendo muchas flechas y reuniendo caballos. El Capitán de las Marcas occidentales fue condenado a prisión. Transcurría el invierno. Los mongoles construían grandes cantidades de flechas, juntaban caballos. Desgraciadamente para el Áureo Emperador, hicieron bastante más. Gengis Kan envió mensajeros y presentes a los hombres de Liaotung, en la parte septentrional de Catay. Sabía que estos, guerreros no habían olvidado que fueron conquistados por un Áureo Emperador anterior. El mensajero encontró al príncipe de la dinastía, Liao, y concertó un pacto con él. La sangre fue derramada y las flechas rotas para sellarlos. Los hombres de Liao (literalmente: hombres de hierro), invadirían el norte de Catay y el Kan mongol les restituiría sus antiguas posesiones, promesas a que Gengis Kan se obligó por escrito. Eventualmente hizo al príncipe Liao gobernante de Catay bajo su imperio.

♣ Algunas relaciones chinas dicen que se envió un ejército chino contra los más cercanos del Gobi. Es probable, en efecto; porque se encuentran mongoles guerreando en el exterior de la muralla, antes de su avance por el Imperio chino.

CAPÍTULO IX

EL ÁUREO EMPERADOR

Por primera vez la horda nómada se disponía a invadir una potencia civilizada de mucha mayor fuerza militar. Podemos contemplar a Gengis Kan laborando en el campo de batalla*. La cabeza de la horda, espías y guerreros que iban en busca de informes, hacía tiempo que .había salido del Gobi y estaba ya en la parte interior de la Gran Muralla. Llegó después la descubierta, formada por unos doscientos jinetes, distribuidos por parejas, al país. En pos de estos exploradores venía la vanguardia, compuesta de unos treinta mil guerreros escogidos, montados en buenos caballos, con dos caballos a lo menos, para cada hombre; eran tres "tumans", mandadas por el veterano Muhuli, el bravo Chepé Noyon y el sorprendente joven Subotai, el Massena de los mariscales del Kan. Detrás, pero en estrecha relación por correo con esta vanguardia, venía el cuerpo principal de la horda, levantando nubes de polvo sobre las estériles llanuras. Unos cien mil hombres, en su mayoría veteranos yakka mongoles, formaban el centro. En las alas izquierda y derecha figuraban otros tantos. Gengis Kan mandaba siempre el centro, conservando junto a sí a su hijo para adiestrarlo. También tenía, como Napoleón, su guardia, compuesto de un millar de jayanes montados sobre caballos negros con armadura de cuero. Probablemente en esta primera campaña de 1211, contra Catay, no tenía la horda tanta fortaleza.

Alcanzó la Gran Muralla y pasó a través de su barrera, sin retraso ni pérdida de un solo hombre. Gengis Kan habíase detenido cierto tiempo entre clanes fronterizos y una de las puertas le fue abierta por simpatía. Desde que pasaron la muralla, las divisiones mongoles se separaron, yendo por diferentes caminos de Shan-si Chihli, con órdenes concretas. No necesitaban transporte:

---

* Véase nota 5; *El plan de invasión mongol.*

ignoraban lo que fuera una base de abastecimiento. La primera línea de los ejércitos catayanos, destinada a guardar los caminos de la frontera, lo pasó mal. Las divisiones de caballería mongola descubrieron las fuerzas del emperador, compuestas en su mayoría de soldados de infantería, y cargaron contra ellos, haciendo estragos con los disparos de flechas, que lanzaban, desde la grupa de resistentes caballos, sobre las compactas filas de la infantería. Uno de los principales ejércitos del emperador, buscando el camino hacia los invasores, vacilaba entre un laberinto de desfiladeros y pequeñas colinas. El general que lo mandaba, novicio en su cargo, no conocía el país y tenía que preguntar el camino a los aldeanos. Chepé Noyon, en cambio, recordaba admirablemente los caminos y valles de aquella parte; hizo una marcha nocturna, alrededor de las fuerzas chinas, envolviéndolas al día siguiente. El ejército de Catay fue terriblemente castigado por los mongoles, y sus restos, huyendo hacia el este, llevaron el pánico al mayor de los ejércitos chinos, que también cedió. El general chino huyó hacia la capital. Gengis Kan llegó a Taitong-fu, la primera de las grandes ciudades amuralladas, la sitió y lanzó sus divisiones hacia la corte del reino: Yen-king.

Las devastaciones realizadas por la horda mongol y su proximidad llenaron de alarma a Wai Wang. Este ocupante del trono del dragón hubiera huido de Yen-king, si sus ministros no se hubieran opuesto a ello. La mayor defensa del imperio en esta ocasión era agruparse junto a Wai Wang, como se hacía siempre en China, cuando la nación se veía amenazada. La inconmensurable multitud de la clase media, las estultas y devotas muchedumbres, vástagos de antepasados guerreros, no conocían otro deber más elevado que la defensa del trono. Gengis Kan había roto, con rapidez pasmosa, la primera resistencia armada de Catay. Sus divisiones habían capturado numerosas ciudades, aunque Taitong-fu, la corte occidental, se conservaba aún. Gengis, como Aníbal delante de Roma, tenía enfrente la vitalidad efectiva de un imperio formidable. Nuevos ejércitos aparecían sobre los grandes ríos. Las guarniciones de las ciudades sitiadas se multiplicaban. Gengis pasó por los jardines exteriores de Yen-King mismo y contempló por vez primera la estupenda extensión de elevadas murallas, de altozanos y puentes y altos tejados en un serie completa de ciudades. Debió comprender la inutilidad de

sitiar esta plaza con su pequeña hueste, porque inmediatamente retrocedió, y, llegado el otoño, ordenó a sus estandartes la vuelta al Gobi.

Pero a la primavera siguiente, cuando los caballos habían repuesto sus fuerzas, apareció de nuevo tras la muralla. Encontró que las ciudades, que habían cercado en la primera campaña, estaban ahora guarnecidas y le desafiaban. Se puso a trabajar de nuevo. La horda occidental estaba cercada otra vez. Ahora se hallaba aquí la horda entera. Aparentemente empleaba el sitio como una especie de señuelo, aguardando los ejércitos que fuesen enviados en socorro de la ciudad, para cortarles la retirada cuando llegasen. Esta guerra puso de manifiesto dos cosas: que la caballería mongol podía maniobrar y destruir los ejércitos catayanos en el campo, pero no podía tomar ciudades poderosas. Chepé Noyon, no obstante, maniobra para hacer precisamente esto. Su aliado, el príncipe Liao, estaba estrechamente atacado en el norte por sesenta mil catayanos y pedía auxilio al Kan. Este envió a Chepé Noyon con una "turnan" y el enérgico general mongol rompió el cerco de Liao-yang, atravesando por entre los catayanos. Los primeros esfuerzos de los mongoles para conseguir algo se frustraron, y Chepé Noyon, que era tan impaciente como el mariscal Ney, ensayó una estratagema, que Gengis Kan había empleado en el campo, pero no en trabajos de sitio. Abandonó su impedimenta, carros y bastimentos a la vista de .los catayanos, y se retiró con sus caballos, como si rehuyese la lucha o temiese la aproximación de un ejército de relevo. Durante dos días los mongoles marcharon despacio. Pero después desviaron sus mejores caballos y galoparon velozmente en una sola noche, "con la espada en la mano de la rienda". Al alba, llegaban a Liao-yang. Los catayanos, convencidos de que los mongoles se habían retirado, estaban ocupados en saquear la impedimenta y trasladarla dentro de las murallas. Todas las puertas estaban abiertas, y las gentes del pueblo se mezclaban con los guerreros. El inesperado ataque de los nómadas les cogió completamente desprevenidos, y el resultado fue una terrible matanza, seguida del asalto a Liao-yang. Chepé Noyon recobró toda su impedimenta y mucho más. Pero estrechando el cerco de la corte occidental, Gengis Kan fue herido. Su horda se retiró de Catay, como las mareas de la costa, llevándole consigo.

Cada otoño era para los mongoles de necesidad el regreso. Tenían que reunir caballos de refresco. Durante el verano, los hombres y las bestias se alimentaban del país; pero en el invierno, el norte de China no podía producir lo suficiente para sustentar a la horda. Al lado había vecinos guerreros, que era necesario mantener a distancia. En la estación próxima, Gengis Kan no realizó sino pequeñas incursiones, lo suficiente para evitar que los catayanos descansasen demasiado. La guerra, en sus primeros hechos importantes, había quedado en tablas. Al contrario de Aníbal, no podía Gengis dejar guarniciones en las ciudades conquistadas del imperio. Sus mongoles, no habituados a luchar durante esta época allende las murallas, podían ser aniquilados por los catayanos durante el invierno. Una serie de victorias en el campo, ganadas para proteger los movimientos de sus escuadrones y unirlos en marchas veloces contra los ejércitos catayanos, habían dado por resultado la reclusión de las fuerzas enemigas dentro de las murallas. Gengis había llegado a la vista misma de Yan-King, esforzándose por alcanzar al emperador. Pero el señor de China no podía ser arrojado de la inexpugnable ciudadela. Mientras tanto, los ejércitos chinos obtenían ventaja contra los hombres de Liao-tung y los jinetes de Hia, que apoyaban los flancos del Kan. En estas circunstancias, otro jefe nómada cualquiera habría permanecido al exterior de la Gran Muralla, con su botín de las pasadas estaciones y el prestigio de las victorias ganadas sobre el gran poder chino. Pero Gengis Kan, herido, era, sin embargo, inexorable; iba ganando en experiencia y provecho en tanto que el desaliento empezaba a hacer presa en el Áureo Emperador. Este desaliento aumentó cuando crecieron las primeras hierbas en la primavera de 1214. Tres ejércitos mongoles invadieron Catay por diversos puntos. Hacia el sur, los tres hijos del Kan cortaron una extensa faja a través del Shan-si. Al norte, Juchi cruzó la línea de Khingan y unió sus fuerzas a los hombres de Liao-tung. Entretanto, Gengis Kan, con el centro de la horda, alcanzaba las playas del gran Océano, más allá de Yen-King. Los tres ejércitos maniobraban con método nuevo. Permanecían separados. Deteníanse para sitiar las ciudades más poderosas, reuniendo a la gente del país y empujando los prisioneros por delante en el primer asalto. Con frecuencia los catayanos no abrían sus puertas. Al mismo tiempo economizaban

sus vidas, en tanto que todo en el país era aniquilado o capturado, las cosechas pisoteadas y quemadas, los ganados robados y los hombres, mujeres y niños pasados a cuchillo. Ante esta guerra a "outrance", varios generales catayanos fueron con sus mandos al mongol y quedaron instalados en las ciudades tomadas, en unión de otros oficiales de Liao-tung. El hambre y la enfermedad —dos de los cuatro jinetes del Apocalipsis— seguían de cerca las incursiones del mongol. A través de la línea celeste pasaron las milicias de la horda, los interminables carros, los rebaños de bueyes, los estandartes enastados. Cuando la estación alcanzaba a su término, la enfermedad se enseñoreó de la horda. Los caballos estaban débiles y enfermos, Gengis Kan, con el centro del ejército, acampaba cerca de las murallas de Yen-King, y sus oficiales le instaban al asalto de la ciudad. Pero rehusó, de nuevo, enviando un mensaje al Áureo Emperador, con estas palabras: "¿Qué pensáis ahora de la guerra entre nosotros? Todas las provincias, al Norte del Río Amarillo, están en nuestro poder. Vuelvo a mi tierra; pero ¿permitirás que mis oficiales se retiren sin presentes que les halaguen?"

Esta era una petición extraordinaria por lo que se refiere al Kan; pero constituía un rasgo de sagacidad, producto del astuto espíritu de los mongoles. Si el Áureo Emperador otorgaba la demanda, tendría Gengis con qué recompensar a sus oficiales y satisfacer la impaciencia de éstos. El prestigio del trono del dragón se resentiría en cambio grandemente. Algunos consejeros catayanos, que conocían la enervante situación de la horda, aconsejaron al emperador que sacase de Yen-King sus fuerzas y las dirigiese contra los mongoles. No se sabe el resultado que esta resolución hubiese tenido. Pero el monarca chino había sufrido demasiado para obrar audazmente. Envió, pues, a Gengis Kan quinientos jóvenes, muchas muchachas esclavas y un rebaño de caballos cargados de seda y oro. Concertóse una tregua y los chinos se obligaron a permitir a los aliados del Kan, a los principales Lia, que permanecieran en Liao-tung sin ser molestados. Además, el Kan pedía que, si había de existir una tregua entre ellos, se le diese una esposa de sangre imperial. Y le fue enviada en efecto, una dama de la familia reinante.

Gengis Kan volvió al Gobi en otoño. Pero en el interior de su desierto quitó la vida a la multitud de esclavos que había traído la horda —acto de injustificada

crueldad—. (Parece haber sido costumbre entre los mongoles, cuando después de una campaña volvían a su país, matar a todos los prisioneros, excepto los artesanos y los sabios. Pocos esclavos, quizás ninguno, aparecen en la tierra mongol en esta época. Un grupo de cautivos desnutridos no podría haber cruzado a pie la extensión estéril que rodeaba la morada de los nómadas. En lugar de libertarlos, daban fin de ellos con la misma facilidad con que se desechan las prendas viejas. La vida humana no tenía valor para los nómadas, que deseaban sólo despoblar las tierras fértiles para mejor proveerse de pastos. Y al final de la guerra contra Catay, jactábanse de que un caballo podía, sin obstáculo, cruzar el perímetro de muchas ciudades chinas). No se sabe si Gengis Kan pudo o no dejar en paz a Catay. Pero el Áureo Emperador actuó por su propia cuenta y, dejando a su hijo mayor en Yen-King, huyó hacia el Sur. "Anunciamos a nuestros súbditos que cambiamos nuestra residencia a la capital del Sur". Así decía el decreto imperial. Era este un gesto de debilidad, para conservar el honor. Los consejeros, los gobernadores de Yan-King, los viejos nobles chinos, todos le suplicaron que no abandonase a su pueblo. Pero él lo hizo. Y la insurrección siguió a su fuga.

CAPÍTULO X

LA VUELTA DE LOS MONGOLES

Cuando el emperador chino huyó con su séquito de la ciudad, dejó en palacio a su hijo el presunto heredero. No quería abandonar el corazón de su país, sin conservar en Yen-King alguna sombra de poder y sin que el pueblo viera a algún individuo de la dinastía. Yen-King estaba fuertemente guarnecida. Pero el caos, previsto por los viejos nobles, empezaba a quebrantar las fuerzas armadas chinas. Algunas de las tropas que escoltaban al emperador, se rebelaron y marcharon a juntarse con los mongoles. En la misma ciudad imperial una curiosa revuelta tuvo lugar. El príncipe heredero, los oficiales y mandarines, se reunieron y juraron nuevamente fidelidad a la dinastía. Abandonados por su monarca, resolvieron llevar por sí mismos la guerra. Apiñados en las calles, expuestos a la lluvia, los leales soldados de Catay prometieron la suerte del presunto heredero de los nobles. El antiguo y arraigado espíritu de lealtad se manifestaba de nuevo en este momento y resurgía a la superficie, acuciado por la huida de un gobernante débil. El emperador envió correos a Yen-King, llamando a su hijo al Sur.

"¡No hagas eso!" —replicaron los viejos chinos. Pero el emperador era obstinado y su deseo seguía siendo todavía la ley suprema de la tierra. El presunto heredero salió villanamente de la ciudad y sólo algunas mujeres de la familia, los gobernantes de la antigua ciudad, los eunucos y la soldadesca permanecieron en Yen-King. Entretanto, la llama encendida por los nobles ideales había producido verdaderos entusiasmos. Las guarniciones y avanzadas mongoles fueron atacadas. Un ejército enviado a la mísera provincia de Liao-tung consiguió un éxito sorprendente, por el verdadero "elan" que le había creado.

Este cambio repentino de las cosas fue conocido por la horda en retirada. Gengis Kan detuvo su marcha y esperó informes detallados (que llegaron pronto

de los espías y oficiales que se apresuraban detrás de él). Cuando comprendió claramente la situación actuó sin demora. La división más eficaz fue enviada al sur, hacia el Río Amarillo, con orden de perseguir al fugitivo emperador. Llegó el invierno. Pero los mongoles actuaron velozmente, obligando al señor de los chinos a cruzar el río y a retirarse al dominio de sus antiguos enemigos, los Sung. Aun allí le persiguieron los mongoles, asaltándoles por entre montañas nevadas, cruzando de aceradas lanzas las gargantas y atando con cadenas las ramas de los árboles. Verdaderamente este ejército penetró bastante lejos en un país hostil, estando interceptado de comunicaciones con la horda, aun cuando seguía las huellas del fugitivo imperial, que llamaba en su ayuda a la corte de Sung. Los correos enviados por el Kan alcanzaron la división errante, que se las iba arreglando muy bien y trazaba un ancho círculo en torno a las ciudades de Sung, pasando para su seguridad el Río Amarillo sobre el hielo.

Chepé Noyon fue enviado a todo escape al Gobi para apaciguar a los jefes. Gengis Kan destacó a Subotai para que fuese a observar la situación. Este orkhon desapareció durante algunos meses, enviando informes tan rutinarios como la condición de sus caballos. Al parecer no encontraba nada digno de mención en el norte de Catay. En vista de lo cual se reintegró a la horda, trayendo consigo la sumisión de Corea. Llevado por su propio impulso, se había detenido y había cercado el Golfo de Liao-tung para explorar un nuevo país. Esta propensión a las marchas errabundas acarreó calamidades sobre Europa en tiempos posteriores, cuando Subotai obtuvo un mando independiente.

El Kan permaneció con el núcleo de la horda cerca de la Gran Muralla. Teñía ya cincuenta y cinco años de edad. Al nacer su nieto, Kubilai, volvió a sus pabellones, a sus "yurtas" de fieltro, en el Gobi. Sus hijos eran ya hombres; pero en esta crisis dio el mando de sus divisiones a los Orkhones, a los expertos caudillos de la horda, a los infalibles, cuyos descendientes —merced a sus méritos— no sufrirán jamás el hambre ni el castigo. Gengis había enseñado a Chepé Noyon y a Subotai el manejo de las divisiones montadas, y había probado al veterano Muhuli. De este modo, Gengis Kan, sentado en su tienda, contemplaba como simple espectador la caída de Catay, escuchando los informes

de los jinetes, que galopaban sin cesar, no desmontando ni para comer ni para dormir.

A Muhuli le ayudaba Mingan, príncipe de Liao-tung, que dirigía el empuje sobre Yen-King. Con sólo mil mongoles volvió sus pasos hacia el este, reuniendo una muchedumbre de catayanos desertores y fracciones de guerreros errantes. Subotai, cubriendo sus flancos plantaba sus tiendas ante las murallas de Yen-King. Con suficientes hombres para haber resistido el sitio y con un gran depósito de armas y otros elementos de guerra, los catayanos se encontraban demasiado desorganizados para sostenerse. Cuando la lucha dio principio en los suburbios, desertó uno de los generales chinos. A las mujeres de la casa imperial, que le suplicaron marchar con él, las dejó abandonadas. El saqueo empezó en las calles de los mercaderes, y las infortunadas mujeres erraron desesperadamente entre los grupos de algarera y terrorífica soldadesca. Prendió el incendio en distintas partes de la ciudad. En el palacio veíanse los eunucos y esclavos cruzar veloces por los corredores, llevando en sus brazos gran cantidad de vestidos, de oro y plata. La sala de audiencias quedó desierta, y los centinelas dejaron sus puestos para reunirse con los saqueadores. Wang-Yen, el otro general en jefe, príncipe de la sangre real, había recibido poco antes un decreto del Emperador fugitivo, perdonando a todos los criminales y prisioneros de Catay y aumentando los gajes de los soldados. ¡Fútil medida de última hora, que no le sirvió de mucho al solitario Wang-Yeng! La situación era desesperada, y el general en jefe se preparó a morir según la tradición exigía. Retiróse a sus habitaciones y escribió un memorial al emperador, reconociéndose reo y digno de la muerte, por no haber sido capaz de defender a Yen-King. Esta despedida, que así puede llamarse, la escribió sobre sus vestidos. Después llamó a su servidumbre y repartió entre ella sus trajes y riquezas, ordenó al mandarín que le preparase una copa de veneno y siguió escribiendo. A poco rogó a su amigo que abandonase la cámara y bebió el veneno. Yen-King yacía envuelta en llamas. Los mongoles corrían sobre un escenario de indefinible terror. El metódico Muhuli, indiferente al pasado de la dinastía, se ocupaba en recoger y enviar al Kan los tesoros y pertrechos de la ciudad. Entre los oficiales cautivos, enviados al Kan, encontrábase un príncipe de

Liao-tung, que había servido a los catayanos. Era alto, la barba le llegaba hasta la cintura, y la atención del Kan se fijó en su voz penetrante y limpia. Preguntó el nombre del cautivo y supo que era Ye-Lui Chut-sai "¿Por qué defendiste a la dinastía, que era enemiga secular de tu familia?" —le preguntó el Kan—. "Mis padres y varios de mi familia sirvieron a China —replicó el joven príncipe—, y yo no sería digno si hubiera obrado de otro modo". Esto satisfizo al mongol. "Has servido bien a tu primer señor, y puedes también servirme lealmente. Sé uno entre los míos". A algunos que habían abandonado a la dinastía los condenó a muerte, creyendo que no debían ser perdonados. Y fue Ye-Lui Chut-sai quien le dijo después: "Has conquistado un gran imperio desde la silla, pero no podrás gobernarlo de este modo". Ya sea que el victorioso mongol comprendiese la verdad de estas palabras o que pusiera en práctica lo aprendido de los catayanos, es el caso que poseía elementos tan importantes como las máquinas de guerra, que lanzaban piedras y fuego, y se mostraba propicio a los consejos. Para los distritos conquistados de Catay escogió gobernadores de entre los hombres de Liao-tung. Hubo de comprender que la fértil y humana tierra de Catay no podía transformarse en el desierto estéril que los mongoles querían. Agradábanle las artes mercantiles de los chinos, su filosofía y su jerarquía de esclavos y mujeres. Admiraba el valor de los mandarines, que habían sostenido la guerra después de la deserción de su señor; y en el coraje y sabiduría de estos hombres vislumbraba algo provechoso para él. Ye-Lui Chut-sai, por ejemplo, sabía nombrar las estrellas y explicar sus portentos. Al trasladar a Karakorum los tesoros de las ciudades, llevóse también Gengis sabios de Catay. Dejó el gobierno militar de sus nuevas provincias y la posible conquista de Sung, a Muhuli, ensalzándolo públicamente y otorgándole un estandarte bordado con las nueve colas de yak. "En esta región —explicó a sus mongoles— el mandato de Muhuli debe obedecerse como el mío". Ningún cargo más elevado pudo confiarse al veterano. Y Gengis Kan, como de costumbre, solemnizó su pacto. Muhuli quedó tranquilo en sus nuevos dominios con parte de la horda.

La razón de que el mongol diese este paso es tema de conjeturas. Deseaba, sin duda alguna, fortalecer sus fronteras occidentales. Acaso

comprendió que la sujeción de toda China exigía trabajos de muchos años. Pero es indudable que su interés por una tierra extraña cesaba después de la conquista militar.

CAPÍTULO XI

KARAKORUM

A DIFERENCIA de otros conquistadores, Gengis Kan no se estableció en la parte más exuberante de sus nuevos dominios, en Catay, sino habiendo cruzado de nuevo la Gran Muralla, después de la caída de la China, no se volvió a este país. Dejó a Muhuli de general en jefe y regresó a las estériles llanuras de sus mayores. Aquí tenía sus cuarteles. Entre las ciudades del desierto, escogió Karakorum (las Arenas Negras) por su "ordu". Reunió todo lo que un nómada podía ambicionar. Karakorum era una ciudad extraña, una metrópoli de erial, barrida por los vientos, azotada por la arena. Las casas de barro seco y rodeadas de bardas, estaban colocadas sin formar calles. Alrededor se dilataban los techos de fieltro negro de las "yurtas".

Habían pasado los años de privaciones y caminatas. Extensos establos alojaban en invierno las manadas de caballos escogidos, que ostentaban el hierro del Kan. Los graneros guardaban contra el hambre el mijo y el arroz, para hombres y caballos. Refugiábanse aquí los viajeros y los embajadores de toda el Asia septentrional. Del sur llegaron mercaderes árabes y turcos, con quienes estableció Gengis Kan un tráfico propio. No le gustaba vejar a nadie. Si los mercaderes intentaban abusar de él les confiscaba sus mercancías. Por el contrario, si daban algo al Kan recibían en cambio presentes superiores a lo que le

habían dado.

Junto al distrito de los embajadores estaba el de los sacerdotes: viejos templos budistas, angulosas mezquitas de piedra y pequeñas iglesias nestorianas de madera. Cada hombre era libre de practicar su culto, mientras obedeciese los preceptos del "Yassa" y la autoridad del campo mongol. Los visitantes encontraban oficiales mongoles en la frontera y eran acompañados por guías a Karakorum. Las nuevas de su llegada eran llevadas por activos correos de las rutas caravaneras. Desde el momento en que se divisaban los ganados pastando, las negras cubiertas de las "yurtas", las filas de "kibitkas" sobre las rasas y uniformes llanuras, que rodeaban la ciudad del Kan, corrían los huéspedes a cargo del "jefe de la ley del castigo". Obedeciendo a una vieja costumbre de los nómadas, pasaban los visitantes por entre dos grandes fuegos. Ningún daño les acontecía con esto, pero los mongoles creían que si alguna diablura se ocultaba en ellos, el fuego la abrasaría. Después de alojados y alimentados, pedían la venia del Kan y eran conducidos a la presencia del conquistador mongol. Este tenía su corte en un elevado pabellón de fieltro blanco, revestido de seda. A la entrada estaba dispuesta una mesa de plata con leche de yegua, fruta y carne para que todo el que llegase pudiera comer cuanto deseara. Sobre un estrado, al extremo del pabellón y encima de un escabel, sentábase el Kan acompañado por Burtai u otra de sus esposas, que se situaba a la izquierda. Contados ministros le asistían, quizá Ye-Lui Chut-sai con sus vestiduras bordadas, su gran majestad, su larga barba y su profunda voz. Un escribano "ugur", con su rollo de papel y su pincel, un "noyon"* mongol, copero honorario. En bancos, alrededor de las paredes del pabellón, sentábanse otros nobles, guardando un decoroso silencio y luciendo un uniforme de la horda, túnica larga y acolchada con colgante cinturón y ajustado sombrero de fieltro blanco. Los "Tarkhans", honrados sobre todos los demás, podían alardear de realizar sus deseos y tomar asiento en las banquetas, con los pies cruzando bajo el cuerpo, y la mano áspera reposando sobre los

---

* *Noyon* o *noian,* jefe de una tuman o división de diez mil hombres. Otras veces sólo un noble.

membrudos músculos de buenos jinetes. Los Orkhons[*] y los jefes de las divisiones podían situarse junto a aquellos teniendo sus mazas. La conversación se hacía en voz baja y despacio y reinaba un silencio absoluto cuando el Kan hablaba. Tan pronto tomo éste había pronunciado unas palabras, el asunto se daba por terminado y nadie podía añadir nada más. Toda discusión significaba una infracción a las buenas maneras. Toda exageración era una falta moral. La mentira acarreaba siempre el castigo, que era aplicado por el "maestro de los castigos". Las palabras debían ser pocas y cuidadosamente exactas. Supónese que los extranjeros llevaban presentes, los cuales, antes de que los viajeros llegasen hasta el Kan, eran recogidos por el capitán de guardia aquel día. Los recién llegados eran también cacheados y advertidos de no tocar el pórtico del pabellón o cualquiera de las cuerdas, cuando estuvieran en la tienda. Para hablar al Kan había que arrodillarse primero. Una vez que se habían presentado en el "ordu", ya no podrían partir hasta que lo permitiera el Kan.

Karakorum, desaparecida hoy bajo las arenas del Gobi, estaba regida por una voluntad de hierro. Los hombres que entraban en el "ordu" se convertían en siervos del "Señor de tronos y coronas". No existía otra ley. "Al unirme a los tártaros —dice el valeroso monje Fray Rubriquis—, pensé haber entrado en otro mundo". Era un mundo que observaba los preceptos del "Yassa" y aguardaba silencioso la voluntad del Kan. La rutina de la vida era toda militar. Imperaba el mayor orden. El pabellón del Kan daba siempre cara al sur, y por este lado se dejaba un espacio libre. A derecha las gentes de la horda tenían señalados sus lugares, lo mismo que los hijos de Israel tenían sus puestos fijos cerca del tabernáculo.

El hogar del Kan había aumentado. En sus tiendas esparcidas por la "ordu", servidas por su propia gente, tenía otras mujeres, además de Burtai, la de los ojos grises. Había tomado por esposas a princesas de Catay y de Liao, a hijas de la familia real turca y a las mujeres más bellas de los clanes del desierto. Apreciaba la belleza de las mujeres tanto como la sagacidad y el valor de los hombres y la

---

[*] O*rkhon o Ur-Khan,* jefe de un ejército.

resistencia y finura de los caballos. En cierta ocasión, fuéronle descritos por un mongol el rostro y el porte de una muchacha de una provincia conquistada. Y al mongol, que no recordaba con seguridad el sitio donde la viera, dijo impaciente el Kan: "Si ella es realmente hermosa, yo la encontraré".

Cuéntase la amena historia de un sueño que le turbó y en el cual vio a una de sus mujeres conspirando contra él. Hallábase por entonces, como de costumbre, en el campo, y cuando despertó inmediatamente: "¿Quién es el jefe de la guardia a la entrada de la tienda?" Cuando el oficial le hubo dicho el nombre, el Kan le dio la orden siguiente: "Tal mujer es tuya. Te la regalo. Tómala para tu tienda".

Los asuntos de moral los resolvía también a su modo. Una concubina había accedido a las proposiciones de un mongol de su casa. Cuando lo supo, el Kan no condenó a muerte a ninguno de los culpables, pero los arrojó de su lado diciendo: "Obré equivocadamente al tomar por esposa una muchacha de malos instintos".

De todos sus hijos, únicamente reconoció como herederos a los cuatro nacidos de Burtai. Les dio compañeros selectos y los vigilaba, haciendo que les acompañasen, como tutores, oficiales veteranos. Cuando estuvo satisfecho con sus diversas naturalezas y aptitudes, los hizo "Orluks" ("águilas"), príncipes de la sangre imperial. Y les fue asignada su función en el ordenado esquema de la vida. Juchi, el primogénito fue nombrado montero mayor (de la caza obtenían aún los mongoles gran parte de su alimento). Chatagai fue jefe de leyes y castigos. Ogotai fue señor del consejo. Y el más joven, Tuli, fue jefe nominal del ejército, conservándolo el Kan a su lado. El hijo de Juchi, Batu, fundó la "horda" áurea que conquistó Rusia, Chatagai heredó el Asia Central, y un descendiente suyo, Babar, fue el primero de las grandes mongoles de la India, Tuli tuvo por hijo a Kubilai, que reinó desde el mar de la China hasta la Europa Central. Este joven Kubilai era el favorito del Kan, que le mostraba todo el cariño de un abuelo. "Observa bien las palabras del muchacho Kubilai; están rebosantes de sabiduría".

Al volver de Catay, Gengis Kan encontró la mitad occidental de su .imperio en plena desmoralización. Los poderosos pueblos turcos del Asia Central, feudatarios del imperio de Kara K'itai, habían caído en poder de un usurpador,

hombre de talento, llamado Gutchluk, que era príncipe de los "naimans" y había sido derrotado en tiempos anteriores por los mongoles después de la batalla con los Karaitas. Parece ser que Gutchluk debió su fama a una provechosa deslealtad. Se alió con los poderes más fuertes del lejano oeste y dio muerte a su huésped, el Kan del Catay Negro. En tanto que Gengis estuvo ocupado allende la Gran Muralla, Gutchluk había desorganizado a los valiosos "urgs" y había asesinado al Kan cristiano de Amalyk, súbdito del mongol. Los siempre inquietos "merquitas" habían dejado la horda y se habían incorporado a él. Contra Gutchluk y el efímero imperio* por éste establecido en la dilatada región entre el Tibet y Samarcanda, actuó decisivamente Gengis Kan a su regreso a Karakorum. La horda volvió a montar en caballos de refresco y salió contra los "naimans". El señor del Catay Negro fue envuelto y azotado inesperadamente por los veteranos mongoles; Subotai fue destacado con una división para reducir a los merquitas a su deber. El y Chepé Noyon fueron recompensados con el mando de dos "tumans" y la orden de capturar a Gutchluk vivo o muerto. No seguiremos al hábil Chepé Noyon en sus maniobras. Satisfizo el celo de los mahometanos ofreciendo indultar a todos los prisioneros, excepto Gutchluk. Abrió los templos budistas que habían estado cerrados durante la guerra. Después persiguió al efímero emperador por el "Techo del Mundo". Gutchluk fue asesinado y su cabeza enviada a Karakorum, con un rebaño de caballos que el enérgico mongol había cogido por este lado. El asunto, que pudo ser desastroso para el Kan, si hubiera perdido la primera batalla, tuvo dos resultados. La más próxima de las tribus turcas errantes, que se extendían desde el Tibet, a través de las alturas, hasta las estepas de Rusia, entró a formar parte de la horda. Después de la caída de Catay septentrional, estos mismos nómadas estuvieron en posesión de lo que podría llamarse el equilibrio del poder

---

* El imperio de Kutchluk incluía lo que fue más tarde el núcleo del dominio de Tamerlán. Las operaciones que ocasionaron la derrota de los *naimans y Kara-K'itanos,* fueron dispuestas en gran escala, brillantemente concebidas y rápidamente ejecutadas. Como en la última campaña de China, el Kan dio instrucciones a los jefes de sus divisiones, a los Orkhones y a sus hijos. Es imposible, sin entrar en la compleja historia política de esta región, que pasó del dominio ugur al kirguiz y al catayano, comprender la importancia de su conquista por los mongoles.

en Asia. Los victoriosos mongoles estaban aún en minoría.

La apertura de los templos dio a Gengis Kan nuevo prestigio. Desde la ciudad de la montaña hasta el valle referíase que había conquistado Catay. La amplia y simbólica influencia del Catay budista envolvió su persona. Por otra parte, a los desconfiados "mullahs" se les garantizó que no serían molestados y quedarían libres de impuestos y tasas. Bajo las cumbres nevadas del Tibet, en el más feroz anfiteatro de odios religiosos, bonzos, mullahs y lamas se instalaron en iguales condiciones y bajo la sombra del "Yassa". Enviados del Kan, barbudos catayanos, proclamando la nueva ley del conquistador, fueron a ordenar el caos, aun cuando habían estado luchando por Catay frente al inflexible Muhuli.

Un correo galopó por la senda de las caravanas hacia el triunfante Chepé Noyon. Llevaba el aviso de que los mil caballos estaban ya en poder del Kan. "Que no se ponga orgulloso por el éxito". Chepé Noyon iba reclutando guerreros en las regiones del Tibet y no volvió a Karakorum. Tenía trabajos más grandes, en otra parte del mundo. Mientras tanto, la caída de Gutchluk produjo en el Norte del Asia un armisticio, tan rápido y decisivo como la caída de una cortina. Desde la China hasta el mar de Aral reinaba un sólo señor. La rebelión había cesado. Los correos del Kan galopaban sobre cincuenta grados de longitud. Decíase que una doncella, con un saco de oro, podía caminar sin peligro de un extremo del imperio nómada al otro.

Pero esta actividad administrativa no satisfacía al emperador. No siguió por mucho tiempo gustando de la caza invernal en las praderas. Un día, en el pabellón de Karakorum, preguntó a un oficial de la guardia mongola qué cosa en todo el mundo proporcionaba la mayor felicidad. "La abierta estepa, un día claro y un caballo ligero —respondió el oficial, después de meditar un poco— y un halcón en el puño para saltar sobre las liebres". "No —respondió el Kan—, aniquilar a los enemigos y verlos caer a nuestros pies, tomar sus caballos y bienes y oír los lamentos de sus mujeres. Esto es lo mejor".

El señor de tronos y coronas era también el Azote. Los movimientos, que en seguida emprendió, fueron la conquista hacia el oeste, que tuvo terribles efectos. A ella llegó del modo más notable.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XII

EL BRAZO DERECHO DEL ISLAM

Hasta entonces el dominio de Gengis Kan, había estado confinado en el Asia lejana; habíase desarrollado en los desiertos y su primer contacto con la civilización había sido Catay. De las ciudades de Catay, Gengis había vuelto a los pastizales de sus llanuras nativas. Después del asunto con Gutchluk y la llegada de los mercaderes mahometanos, le habían dado a conocer la existencia de la otra mitad del Asia. Ahora sabía que más allá de sus dominios existían valles fértiles, donde no caía jamás la nieve, y ríos que nunca se helaban y donde habitaban multitud de gentes en ciudades más antiguas que Karakorum o YenKing. Y de estas gentes del oeste venían caravanas, que traían hojas de acero finamente templadas y las mejores cadenas para cotas, telas blancas, cuero rojo, ámbar gris, marfil, turquesas y rubíes. Estas caravanas, para llegar a él, habían cruzado las barreras del Asia Central, las montañas que se extendían bruscamente hacia el nordeste y sudeste de la "Taghdumbach", el "Techo del Mundo". Desde tiempo inmemorial había existido esta barrera montañosa. Era la montaña "Kaf" de los antiguos árabes, que permanecía despoblada, separando del resto del mundo a los nómadas del Gobi. De cuando en cuando, algunos de los pueblos nómadas, empujados por naciones más poderosas, habían roto esa barrera. Los hunos y los bávaros habían desaparecido en las comarcas lejanas y no habían vuelto. A intervalos, los conquistadores del oeste habían avanzado alguna vez hasta el otro lado de estas comarcas. Diez y siete siglos antes, los reyes de Persia, habían llegado con su caballería, cubierta de cotas de malla, hasta el este, hasta el Indo y Samarcanda, a la vista de los baluartes de

"Taghdumhash". Dos siglos después, el arriesgado Alejandro había avanzado con su falange hasta el mismo punto. Así, estas comarcas formaban una especie de división continental gigantesca, que establecía una separación entre los moradores de las llanuras de Gengis Kan y los moradores de los valles del oeste, llamados por los catayanos "Ta-sin", la comarca lejana. Un general catayano, conocedor de muchas cosas, había conducido en otro tiempo un ejército por estas soledades; pero, hasta ahora, ningún ejército se había aventurado hacer la guerra más allá de dichas comarcas.

Pero Chepé Noyon, el más impetuoso de los Orkhones, había acampado en el corazón de esas tierras. Y Juchi había caminado hacia donde el sol se pone, en la región esteparia de las tribus Kipchak; y habían construido dos caminos a través de las altas montañas. De momento, Gengis Kan estaba interesado en el asunto. Las mercancías y, especialmente, las armas de los pueblos mahometanos, más allá de los baluartes del Asia central, eran un gran lujo para la vida sencilla de los mongoles. Gengis alentaba a sus propios mercaderes, súbditos mahometanos, para que enviasen sus caravanas hacia el oeste. Supo que su vecino más cercano por el oeste era el Shah de Karesmia, conquistador de un vasto dominio. A este Shah mandó el Kan enviados y un mensaje que decía: "Te envío mi saludo. Conozco tu poder y la gran extensión de tu imperio y te considero como a mi hijo más estimado. Por tu parte, debes saber que he conquistado Catay y muchas naciones turcas. Mi país es un campamento de guerreros, una mina de plata y no tengo necesidad de otras tierras. Creo que tenemos un interés idéntico en fomentar el comercio entre nuestro súbditos".

Para un mongol de aquella época, ese era un agradable mensaje. Al difunto emperador de Catay había enviado Gengis Kan un explícito y provocativo insulto. A Ala-ed-Din Mohamed, Shah de Karesmia, le envió una invitación a comerciar. Desde luego había menosprecio en llamar al Shah su hijo, calificativo que en Asia significa subordinado; y existía además cierta mordacidad al mencionar los clanes turcos conquistados, puesto que el Shah era turco. Pero los mensajeros del Kan llevaban ricos presentes al Shah, barras de plata, jade precioso y vestidos de pelo de camello blanco. Sin embargo, esa mordacidad

le irritó: "¿Quién es Gengis Kan? —preguntó—. ¿Ha conquistado verdaderamente la China?" Los enviados replicaron que, en efecto, así era. "¿Son sus ejércitos tan grandes como los míos?" —preguntó entonces el Shah—. A esto los enviados que no eran mongoles sino mahometanos, respondieron que la hueste del Kan no podía compararse con la suya de lo que el Shah quedó satisfecho, concertando el mutuo intercambio de mercaderes. El negocio marchó bastante bien durante un año, poco más o menos.

Entretanto, el nombre de Gengis Kan llegó a ser conocido en otras tierras mahometanas. A la sazón, el Califa de Bagdad había sido avasallado por el Shah de Karesmia y el Califa estaba persuadido de que su causa podía ser eficazmente auxiliada por ese fantástico Kan que vivía allá en los límites de Catay. Partió un mensajero de Bagdad a Karakorum, y como había de pasar a través de las tierras del Shah, fueron tomadas ciertas precauciones. La crónica nos dice que la autentificación de este mensaje fue escrita sobre el cráneo, con un punzón de fuego, después de haberle cortado el cabello al mensajero. Dejóse crecer el pelo el mensajero, que estudió el mensaje hasta que se lo aprendió de memoria. Todo fue bien. El agente del Califa encontró al Kan mongol; su cabello fue afeitado de nuevo, su identidad confirmada y el mensaje recitado.

Gengis no prestó gran atención. Es seguro que el solitario mensajero y la furtiva llamada no le impresionaron favorablemente. Harto próximo estaba el negocio ultimado con el Shah. Pero la prueba que el mongol hizo de comerciar con el Shah, tuvo un término accidentado. Una caravana de varios centenares de mercaderes de Karakorum fue secuestrada por Inalyuk, gobernador de Otrar, fortaleza de la frontera perteneciente al Shah. Inalyuk informó a su señor de que venían espías entre los mercaderes, cosa que podía muy bien ser exacta. El Shah Mohamed, sin meditar bien el asunto, envió a su gobernador la orden de matar a los mercaderes, todos los cuales fueron, en efecto, condenados a muerte. Este hecho llegó a conocimiento de Gengis Kan, quien, en el acto despachó enviados al Shah, protestando del caso. Y Mohamed mandó matar al jefe de los enviados y quemar las barbas de los demás. Cuando los supervivientes de esta embajada volvieron a Gengis Kan, el señor del Gobi subió a la montaña para meditar sobre

el asunto. El asesinato de un enviado mongol no podía quedar impune; la tradición exigía venganza de la afrenta recibida. "No pueden haber dos soles en el cielo — se dijo el Kan—ni dos Kanes sobre la tierra". Entonces envió espías de verdad por entre las comarcas montañosas y lanzó correos por el desierto para sumar hombres a los estandartes de la horda. Por aquellos días envió un breve y ominoso mensaje al Shah. "Has escogido la guerra. Lo que acontezca y lo que de ésta resulte no lo sabemos. Sólo Dios lo sabe". La guerra, inevitable entre estos dos conquistadores, había empezado. El cauteloso mongol tenía su "casus belli".

Para comprender lo que se preparaba, consideremos las comarcas donde se encontraban el mundo del Islam y el Shah. Era un mundo marcial, aficionado a las canciones, para las cuales tenían singulares aptitudes, un mundo acosado por dolores internos, la avaricia, la esclavitud y la excesiva tendencia al vicio y a la intriga. Aquellos hombres dejaban el cuidado de sus asuntos a sus opresores, la custodia de sus mujeres a los eunucos y el cuidado de sus conciencias a Alá. Aceptaban el Corán de diversos modos. Daban limosnas a los mendigos, se lavaban escrupulosamente, se reunían en patios para conversar a la luz del sol, y vivían, en su mayor parte, del favor de los grandes. A lo menos una vez durante su vida, hacían un viaje para ver en la Meca el negro meteorito, bajo el tapiz de terciopelo, la piedra del Kaaba. Los hombres de Islam, durante esta peregrinación, se friccionaban los hombros, renovaban su celo y volvían a sus casas, asombrados de la inmensidad de sus tierras y de las muchedumbres de creyentes. Hacía siglos que su profeta había encendido el fuego que los árabes trasladaron por todo el mundo. Desde entonces, los diferentes pueblos de Islam, habían estado unidos en una causa común: la conquista. Las primeras olas de guerreros se habían extendido hasta España y el África septentrional, Sicilia y Egipto. Con el tiempo, el poder militar del Islam había pasado de los árabes a los turcos. Pero ambos pueblos se habían unido en la guerra santa contra las huestes armadas de los cruzados cristianos, que venían a rescatar Jerusalén. Ahora, en los comienzos del siglo XIII, el Islam se hallaba en el cenit de su poderío militar. Los cruzados, debilitados, habían sido arrojados a las costas de Tierra Santa, y la primera ola de turcos tomaba el Asia Menor frente a la soldadesca del degenerado imperio

griego. En Bagdad y Damasco, los Califas, cabezas del Islam, conservaban todo el esplendor de los días de Harun-al-Raschid y los Barmecidas. La poesía y el canto eran artes bellos. Una agudeza constituía el trabajo de un hombre. Cierto astrónomo sagaz, Omar-al-Khayyam, observa que estos hombres, que creían que las páginas del Corán encerraban todo el saber del mundo, se solazaban mirando los grabados en el tazón de una fuente. Sin embargo, el reflexivo Omar no ignoraba el fausto esplendoroso del Islam guerrero: "¡Cuántos sultanes, con sus pompas, han soportado su destino y han andado su camino!"

¡La Corte de Jamshid, el trono de oro de Mohamoud! Omar hace una pausa en sus desconsolados cuartetos para admirar y para meditar sobre las posibilidades del paraíso que esperaban a estos paladines del Islam. Omar y Harun habían descendido hacía tiempo a la tumba; pero los descendientes de Mohamoud, de Ghazna, mandaban en la India septentrional. Los califas de Bagdad habían aumentado su experiencia, condescendiendo con política antes que pelear en la guerra. Pero la caballería de Islam, olvidando sus luchas intestinas y uniéndose contra los enemigos de la fe, no era menos esplendente y animosa que en los días en que Harun se solazaba con sus camaradas. Estos vástagos de príncipes guerreros vivían en un mundo fértil, que producía grano y fruta en abundancia, en donde los ríos bajaban de comarcas selváticas, formadas de arena y arcilla de las sabanas del desierto. Un sol ardiente aguzaba el intelecto y la lujuria. Hábiles armeros trabajaban las armas, hojas de acero que podían curvarse y escudos repujados de plata. Lucían cotas de malla y brillantes yelmos. Cabalgaban en corceles de raza, ligeros, aunque no demasiado resistentes. Conocían los secretos de la nafta llameante y de los terribles fuegos griegos. Su vida tenía muchas diversiones. "Versos, canciones y troveros, vino espumoso y dulce. Los dados y el ajedrez; la caza y el halcón y el leopardo veloz. El campo y el baile y la sala de audiencias y las batallas y banquetes raros. El caballo y los brazos y una mano generosa y la alabanza de mi señor y loador". [*]

En el centro del Islam, Mohamed, Shah de Karesmia se había entronizado como señor de la guerra. Sus dominios se extendían desde la India a Bagdad, y

---

* De una *Historia Literaria de Persia,* por Edward G. Browne.

desde el mar de Aral al golfo de Persia. Excepto sobre los turcos Selyuk, victoriosos de los cruzados y sobre la naciente dinastía Mamluk de Egipto, su autoridad era suprema. El Shah era Emperador; y el Califa, que disputaba con él, pero no podía negarle nada, hallábase reducido a la autoridad espiritual de un pontífice. Mohamed Shah del imperio Karesmiano* , procedía, como Gengis Kan, de un pueblo nómada. Sus antepasados habían sido esclavos, coperos del gran Seluyk, Malik Shah. El y sus "atabegs", o jefes antepasados, fueron turcos. Verdadero guerrero del Turan, tenía algún genio militar, una viva compresión de las cosas políticas y una avaricia sin fin. Sabemos que se gozaba demasiado en la crueldad, condenando a muerte a sus secuaces para satisfacer sus impulsos. Ocurríale matar a un venerable "sayyid" y pedir después al Califa la absolución. Si este no accedía a dársela, denunciaba al Califa y lo sustituía por otro. De aquí nació la disputa que suscitó el envío de un mensajero del Califa a Gengis Kan. Mohamed ostentaba demasiado su ambición y amor de la alabanza. Anhelaba ser llamado "El guerrero", y sus cortesanos le exaltaban como a un segundo Alejandro. A las intrigas de su madre, añadió la opresión, y disputaba con el visir, que administraba sus negocios. El núcleo de su hueste, de cuatrocientos mil guerreros, estaba formado por los turcos Karemianos. Pero a un aviso suyo, podía también disponer de los ejércitos persas. Le seguían elefantes de guerra, extensas filas de camellos y una multitud de esclavos armados. Pero la principal defensa de su imperio estaba en la cadena de grandes ciudades a lo largo de los ríos: Bokhara, centro de las academias y mezquitas del Islam; Samarcanda, de altas murallas y plácidos jardines: Balkh y Herat, corazón de Khorassan. Este mundo del Islam, con sus ambiciosos Shah, su muchedumbre de guerreros y sus poderosas ciudades, era casi desconocido de Gengis Kan.

---

* Karesmia apenas aparece en las páginas de la historia. Como Kara K'ital y el Imperio de la China, fue borrado por los mongoles antes de alcanzar el completo fin de su poder.

CAPÍTULO XIII

LA MARCHA HACIA OCCIDENTE

DOS problemas tenía que resolver Gengis Kan antes de dirigir su ejército contra los turcos mahometanos. A la conquista de la China, llevó consigo a la mayoría de su confederación nómada. Ahora había de dejar atrás, durante varios años, un extenso imperio, recién constituido, que tenía que gobernar desde el otro lado de las comarcas montañosas. Este problema le ocupó en la primera parte de su camino. Muhuli conservaba Catay, tomado a sangre y fuego, y el príncipe Liao estaba ocupado en restablecer el orden. Gengis Kan gobernaba el resto del imperio, apoyándose en los hombres más notables de las comarcas conquistadas, personajes de alcurnia y ambición. Estos podrían haber causado disturbios durante su ausencia. A cada uno de ellos envió, pues, un correo, con tablitas de plata, llamándolos a la horda. Con el pretexto de necesitar sus servicios, el Kan los llevaba consigo fuera del imperio. Decidió conservar en sus manos, donde quiera que fuese, el gobierno mismo. Por medio de mensajeros se comunicaba con el consejo de los Kanes del Gobi. Uno de sus hermanos quedó en Karakorum como gobernador.

Resuelto este primer problema, quedaba el segundo y más importante: trasladar la horda de doscientos cincuenta mil guerreros desde el lago Baikal a las comarcas del Asia Central o Persia. La distancia es de unas dos mil millas, por una comarca en la cual los viajeros actuales sólo se arriesgan con una caravana bien equipada. Esta marcha sería imposible para un ejército moderno de igual número de hombres. Pero Gengis no dudaba de que la horda podría hacer el camino. Había organizado una fuerza de choque capaz de ir a cualquier parte de la tierra. La mitad de los guerreros no volvieron al Gobi. Pero otros marcharon

sobre noventa grados de longitud y regresaron.

En la primavera de 1210. Gengis dio orden de que la horda se reuniera en los pastos de un río del sudoeste. Acaudillados por los diferentes jefes reuniéronse los "tumans", trayendo cada hombre una reata de cuatro o cinco caballos. Grandes rebaños de ganado se esparcieron por los pastizales y engordaron cómodamente durante el verano. El hijo más pequeño del Kan asumió el mando, y a los primeros cierzos del otoño, el Kan mismo salió de Karakorum. El Kan había hablado a las mujeres del Imperio nómada, diciéndoles: "Vosotras no podéis manejar las armas: pero tenéis el deber de conservar bien las "yurtas", hasta el regreso de los hombres. De este modo los correos y los viajeros "noyons" pueden tener un lugar limpio y buen alimento, cuando hagan alto en la noche. La esposa puede hacer así el honor al guerrero".

Durante esta excursión dio a entender a su hueste que él mismo podía no retornar vivo. Al pasar junto a un hermoso arbolado, dijo, mirando un grupo de elevados pinos: "Este es un buen lugar para el corzo y para la caza y también un buen lugar de reposo para un anciano". Dio órdenes que a su muerte el "Yassa", su código, fuese leído en voz alta y viviesen los hombres con arreglo a él.

Para la horda y sus oficiales tuvo otras palabras: "Vosotros iréis conmigo a batir con vuestra fuerza al hombre que nos ha tratado con desprecio. Vosotros tendréis parte en mis victorias. Que el caudillo de diez sea tan vigilante como el caudillo de diez mil. El que falte a su deber será condenado a muerte con sus mujeres e hijos".

Después de conferenciar con sus hijos, con los Orkhones y otros varios jefes, el Kan marchó a revisar los diferentes campos de la horda. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad. Surcaban arrugas su ancha frente y tenía la piel curtida. Montaba con las rodillas inclinadas sobre cortos estribos, en la alta silla puntiaguda, sobre un corcel blanco, de andar ligero. En su sombrero de fieltro blanco llevaba plumas de águilas y flámulas de tela roja colgando de cada oreja, a modo de los cuernos de un animal, pero útiles para sujetar el sombrero cuando el viento era fuerte. Su túnica negra, de piel de cebellina, tenía largas mangas e iba sujeta por un cinturón de placas o de tejido de oro. Pasó ante las líneas de los

escuadrones concentrados, hablando poco. La horda estaba mejor equipada que nunca. Las divisiones de choque tenían sus caballos protegidos por cueros laqueados, rojos o negros. Cada hombre llevaba dos arcos y una caja de flechas de repuesto, cubierta para protegerla de la humedad. Los yelmos eran ligeros y prácticos, con un colgante de cuero tachonado para proteger el cuello en su parte posterior. Únicamente el regimiento de la guardia del Kan tenía escudos. Junto a los sables, los hombres de la caballería pesada llevaban hachas, colgadas de los cinturones, y una buena cantidad de cuerdas o lazos para impulsar las máquinas de sitio y desatrancar los carros. Los útiles eran pocos: sólo lo estrictamente indispensable. Sacos de cuero con bolsas para el caballo y un puchero para el hombre; cera y limas para afilar la punta de las flechas y conservar los arcos templados. Por último, cada hombre tenía las raciones necesarias, carne curada al humo y leche cuajada, que se podía echar en agua y calentarse.

Comenzó la marcha. Muchos catayanos iban en la horda. Había una nueva división de unos de diez mil hombres cuyo caudillo era catayano, el "Kopao yu" o maestro de artillería. Sus hombres eran prácticos en construir y maniobrar las pesadas máquinas de sitio: ballestas, catapultas y lanzafuegos. Estas máquinas, no eran transportadas enteras, sino en trozos cargados sobre carros. El "ho pao" o cañón lo veremos entrar en acción más tarde. *

La horda se movía lentamente en las pequeñas extensiones de terreno, conduciendo los rebaños. Iban alrededor de doscientos mil fornidos guerreros, número demasiado grande para conservarse juntos así como para vivir de los ganados y del país. Juchi, el hijo mayor, fue destacado con un par de "tumans" a unirse con Chepé Noyon, al otro lado del T'ian shan. El resto se extendió caminando por los valles. En los comienzos de la marcha, un incidente llenó de dudas a los astrólogos. La nieve cayó antes de su debido tiempo. El Kan envió a buscar a Ye-Lui Chut-sai y le preguntó el significado de este portento. "Ello significa —contestó el astuto catayano— que el señor del frío y de las tierras invernales vence al señor de los climas cálidos". Los catayanos padecieron

---

* Véase al final la nota 6: *Los mongoles y la pólvora.*

durante este invierno. Entre ellos existían hombres prácticos en mezclar hierbas para curar las enfermedades; cuando delante de una tienda había una lanza con la punta clavada en tierra, esto indicaba que un mongol estaba enfermo dentro. Entonces era llamado uno de estos sabios de las hierbas y estrellas para que diese el remedio. La horda llevaba en su compañía a muchos otros no combatientes, intérpretes, mercaderes (que actuaban también como espías) *y* mandarines, para hacerse cargo de la administración de los distritos conquistados. No se descuidaba nada. Todos los detalles estaban perfectamente estudiados. Incluso los objetos perdidos, de que no habían de cuidarse los hombres, estaban a cargo de un oficial. El metal de las armaduras y sillas se conservaba bruñido y las herramientas completas. Iniciábanse las marchas cuando sonaba el tambor cilíndrico. Los rebaños partían los primeros, seguidos por los guerreros con sus carros. Por la noche se atajaban los rebaños, se clavaba el estandarte del jefe y a su alrededor se levantaba el campamento, recogiendo los guerreros sus "yurtas" que iban en los camellos o en los carros. Hubo que cruzar ríos. Los caballos, atados por las monturas, en número de veinte o más por línea, afrontaban la corriente. En ocasiones tenían los jinetes que nadar agarrados a las colas. Hubo que cruzar ríos helados. La nieve lo cubría todo, incluso las dunas arenosas del desierto. Ajados tamariscos grises danzaban bajo las ráfagas del viento, como espectros de antílopes u ovejas salvajes, arrojados en el sentido de la marcha.

La división de Juchi se dirigía hacia el Sur por puertos de siete mil pies, caminando hacia el "Pelu", gran vía septentrional, sobre Tiaushan. En ésta, que era una de las rutas comerciales del Asia, encontrábanse centenares de velludos camellos, cargados de la nariz a la cola, haciendo repiquetear sus broncas campanillas. Llevaban telas, arroz u otros artículos, e iban seguidos por media docena de hombres y un perro. El grueso de la horda se movía más lentamente hacia el Oeste, atravesando gargantas y lagos helados para bajar al suelo frío de la puerta de Sungarian, paso por el cual todos los clanes nómadas habían salido siempre del Asia. Aquí azotaban los vientos y hacía un frío tan grande que todo el ganado podía congelarse durante un "buran" o tormenta de viento negro. En esta época, la mayor parte del ganado estaba muerto y consumido. Las últimas

reservas de forraje se habían agotado. Los carros se habían quedado atrás y solamente los camellos más vigorosos sobrevivían.

"Aun en medio del verano —escribe el catayano Ye-Lui Chut-sai, hablando de la marcha hacia Occidente— masas de hielo y nieve se acumulaban en estas montañas. El ejército, al pasar por este camino, tuyo que abrirse vía por entre el hielo. Los ríos del Oeste de la "Chin shan", (Montañas áureas) corren todos hacia Occidente", Para proteger los cascos de los caballos desherrados, se les forraban con tiras de piel de yak. Los caballos sufrían de falta de forraje y empezaban a sangrar por las venas. Al entrar en las comarcas occidentales, más allá de la Puerta de los Vientos, los guerreros cortaron árboles y maderas para usarla como puentes en las gargantas. Los caballos desenterraban con sus cascos musgo y hierba seca de entre la nieve, y los cazadores salían al campo. En su avance por entre los extremados fríos del Asia superior, doscientos cincuenta mil hombres sufrieron penalidades que hubieran llevado al hospital a una división moderna. Envueltos en sus pieles de oveja y cuero, dormían sobre montones de nieve. En caso de necesidad, las redondas y pesadas "yurtas" les daban abrigo. Cuando les faltaba alimento, abrían a un caballo una vena, bebían una pequeña cantidad de sangre y cerraban luego la herida. Marchaban repartidos sobre cien mil millas de país montañoso. Los trineos se deslizaban en su rastro, marcando el sendero con los huesos de los animales muertos. Antes de que la nieve se derritiese, estaban ya fuera de las estepas occidentales, cabalgando más rápidamente alrededor del yermo lago Balkash, en la época en que las primeras yerbas despuntan, cruzaban la última barrera de Kara Tau, la Comarca Negra. Sobre delgados caballos completaron las primeras doce mil millas de su marcha. Ahora las distintas divisiones iban cerradas por completo y los oficiales de enlace empezaron a galopar de un lado para otro entre los mandos. Los mercaderes marcharon en grupos de dos o tres, para obtener informes. Una pantalla de escuchas caminaba a la cabeza de cada columna. Los hombres repasaban sus equipos, contaban sus flechas, gozaban reunidos alrededor del fuego. Los bardos, arrodillados, salmodiaban sus cantos de los héroes que fueron y de los mágicos maravillosos. A través de los bosques vieron allá abajo la primera frontera del Islam, el ancho río

Syr, que venía crecido por las aguas de la primavera.

CAPÍTULO XIV

LA PRIMERA CAMPAÑA

DURANTE este período, Juchi y Chepé Noyon sostuvieron una batalla campal con los mahometanos, bajo el Techo del Mundo. Este trance merece recordarse. El Shah mahometano se hallaba en el campo, delante de los mongoles. Recientes sus victorias en la India, había reunido una hueste de cuatrocientos mil hombres, convocando su "atabegs" y reforzando sus turcos con contingentes árabes y persas. Había conducido la hueste hacia el Norte, buscando a los mongoles, que aun no habían entrado en escena. Encontró y atacó algunas de las patrullas de Chepé Noyon, que no estaban preparadas para la guerra. La aparición de estos mongoles nómadas, adornados con pieles y montados sobre peludos caballos, avivó el contento de los mucho mejor vestidos karesmianos. Cuando los espías de éstos trajeron informes de la horda, el Shah no modificó su opinión: "Esos mongoles no han conquistado hasta ahora más que infieles; pero ahora tienen que habérselas con los estandartes del Islam".

Pronto fueron visibles los mongoles. Destacamento de guerreros descendían de las alturas, hacia el anchi río Syr. Aparecían en los poblados de los valles fértiles ahuyentando los ganados, recogiendo el grano útil y los restos de alimentos. Encendían fuego en las viviendas y descansaban junto al humo. Habían enviado sus carros y ganados, con un destacamento de guerreros, hacia el Norte y, un día después, cabalgaron en dirección a un poblado, a cincuenta

millas de distancia. Esta era la avanzada de abastecedores, que iban recogiendo provisiones para el grueso del ejército. Habíalos enviado Juchi, que se aproximaba desde el Este, sobre el "Pe Lu", por un largo desfiladero. Caminando por una ruta más practicable que el grueso de la horda, pasaba las últimas comarcas un poco a la vanguardia de la horda de su padre. El sultán Cuhamed dejó la mayor parte de su ejército en el Syr, y siguió río arriba, maniobrando camino del Este. Ya supiera por sus exploradores el avance de Juchi, ya tropezase casualmente con esta división, el caso es que los ejércitos chocaron en el extenso valle enmarcado por barreras de selváticas montañas. Su ejército era varias veces mayor que la división mongol. Mohamed, contemplando por vez primera las obscuras masas de los guerreros, vestidos de pieles sin escudos ni cotas de mallas, pensó solamente en lanzar su ataque antes de que se escapasen los extraños jinetes. Sus disciplinados turcos se congregaron en buen orden de batalla. Sonaron las largas trompetas y los címbalos.

Entretanto, el general mongol que iba con Juchi advirtió al príncipe que lo mejor sería retirarse inmediatamente e intentar atraer a los turcos hacia el grueso de la horda. Pero el hijo mayor del Kan dio orden de cargar contra los mahometanos. "Si huyo, ¿qué diré a mi padre?" Tenía el mando de la división, y cuando dio la orden a los mongoles éstos prepararon los caballos sin protestar. Gengis Kan jamás hubiese llegado a ser cogido de este modo en el valle, o siéndolo, hubiera retrocedido hasta la tropa que el Shah había distribuido para perseguirle. Pero el impetuoso Juchi lanzó sus hombres adelante, el escuadrón suicida [*] a la cabeza y detrás la pesada caballería de choque, la espada en la mano de la rienda, y las largas lanzas en la diestra. Los escuadrones ligeros cubrían sus flancos. Lanzados de este modo, sin espacio para maniobrar, ni tiempo para llevar a cabo su juego favorito de flechas, los jinetes mongoles lucharon espantosamente, manejando sus pesadas espadas, ligeramente curvas, contra las cimitarras de los turcos. Relata la crónica que las pérdidas mahometanas fueron incontables, y cuando el avance mongol penetró en el centro de los turcos, el Shah mismo estuvo en peligro. En el tiempo que tarda en volar

---

* El *Mangudai,* o el escuadrón predestinado, "perteneciente a Dios".

una flecha vio los enastados estandartes de la horda. Solamente los desesperados esfuerzos de sus divisiones de escolta le salvaron de la muerte. Y la vida de Juchi se salvó, según dice también la historia, gracias a un príncipe catayano que servía en sus filas.

Entretanto, los flancos mongoles se habían movido, y Jelal-ed-Din, el hijo mayor del Shah y favorito del ejército karesmiano, verdadero turco, pequeño, delgado, moreno, que no amaba sino la embriaguez y la esgrima dio una carga que obligó a retroceder a los estandartes mongoles. Las huestes se separaron, los mongoles se dieron a practicar uno de sus engaños tradicionales. Encendieron fuego con las hierbas del valle, alimentándolo en forma de altas hogueras, que duraron toda la noche. Entretanto Juchi y sus hombres se habían retirado montando caballos de refresco, haciendo en una sola noche una marcha de dos días. El alba encontró a Mohamed y a sus abatidos escuadrones ocupando un valle lleno de cuerpos muertos. Los mongoles habían desaparecido.

Una incursión en el campo de batalla llenó de dudas a los hasta entonces victoriosos turcos. La crónica nos dice que éstos perdieron 160000 hombres en esta primera batalla. El número es, sin duda, exagerado, pero evidencia el efecto causado por el empuje mongol. Y es sabido que los guerreros mahometanos se dejan siempre influir mucho por el éxito o el fracaso de los primeros encuentros. En el mismo Shah no tuvo poca influencia la terrible lucha en el valle. "Un terror hacia estos infieles, se apoderó del corazón del sultán, que se hizo cargo de su valor. Si alguien hablaba de ellos delante de él, decía que jamás había visto hombres tan osados y resueltos en los dolores de la batalla, ni tan prácticos en dar golpes con la punta y filo de las espadas". El sultán no pensó ya en buscar la horda en los altos valles. El país, árido siempre, había sido esquilmado por los abastecedores mongoles y no podía sostener un ejército tan numeroso como el suyo. Además, su temor a los extraños enemigos le hizo regresar a las ciudades fortificadas del río Syr. Envió, pues, al Sur por refuerzos, especialmente arqueros. Anunció que había obtenido una victoria completa, y en prenda de ello distribuyó vestiduras de honor entre los oficiales que le habían ayudado.

Gengis Kan, por su parte, escuchó el informe de un correo acerca del

primer choque. Ensalzó a Juchi y le envió un refuerzo de cinco mil mongoles, con instrucciones para perseguir a Mohamed. Los mongoles de Juchi, el ala izquierda de la horda, cabalgaba por uno de esos abigarrados jardines del Asia Superior, donde cada arroyo tiene su poblado blanco amurallado y su atalaya. Allí crecían melones y frutas extrañas. Las sutiles torres de los alminares se alzaban entre plantaciones de sauces y álamos. A la derecha e izquierda, suaves collados ofrecían al ganado el pasto de sus laderas. Más allá, las blancas cumbres de las tierras altas parecían alcanzar el cielo. "Kudjan (Khokand) abunda en granadas —anota en su descripción del viaje el observador Ye-Lui Chut-sai—, que son tan grandes como dos puños y de un gusto agridulce. Las gentes cogen el fruto y exprimen su jugo dentro de un vaso, haciendo así una deliciosa bebida, que apaga la sed. Sus sandías pesan cincuenta libras, y dos son una carga pesada para un burro". Después del invierno en los helados puertos, esto era, verdaderamente un lujo para los jinetes mongoles. El río se ensanchaba. Llegaron a una gran ciudad amurallada: Khodjend. Aquí les aguardaban las divisiones de apoyo, unos cinco mil, mientras se dispuso el sitio de esta ciudad. El caudillo de los turcos en la ciudad era un hombre valeroso, Timur Malik, el Señor de Hierro. Habíase retirado a una isla con mil hombres escogidos, y se había atrincherado en ella. Los acontecimientos tomaron entonces un giro particular. Aquí el río es ancho y la isla estaba fortificada. No había puentes. Timur Malik tomó para sí todas las embarcaciones útiles. Los mongoles tenían orden de no dejar ciudad fortificada detrás de ellos. No podían alcanzar la isla con las piedras lanzadas por las máquinas de sitio. Timur Malik no podía ser inducido a salir de su isla. Los mongoles, pues, extendieron el sitio en su forma metódica. Juchi, que deseaba desafiar sin demora al enemigo, pasó el río, dejando de jefe a un "noyon". Espías fueron enviados por delante, y una multitud de gente del país fue reclutada para recoger grandes piedras y llevarlas a la orilla del Syr. Empezó la construcción de un terraplén de piedra, que se adelantaba hacia la isla de Timur Malik. Pero éste no permanecía tampoco ocioso. Escogió una docena de barcos, construyó baluartes de madera a su alrededor, los llenó de arqueros, y bajaba diariamente hacia las orillas para atacar a los mongoles. Los artilleros de Catay idearon un

arma eficaz para atacar a los barcos. Primero construyeron ballestas, máquinas de arrojar piedras. Pero en lugar de piedras, los mongoles lanzaban pucheros con fuego sobre los barcos enemigos, jarros o barriles llenos de sulfuro inflamable, y otras invenciones de los catayanos. Timur Malik cambió de barcos, construyendo murallas con rampa y techo y cubiertas de tierra. Abrió troneras (que podemos llamar puertas de flechas) para sus arqueros. La batalla diaria de los navíos contra la artillería se reanudó. Pero el terraplén de los mongoles crecía, y Timur Malik comprendió que no lograría salir de la isla. Llenó con su gente la mayor de las embarcaciones, colocó sus mejores guerreros en los barcos cubiertos y evacuó la isla, aguas abajo, durante la noche, a la luz de unas antorchas, rompiendo una pesada cadena que los mongoles habían extendido a través del Syr.

Pero los mongoles hicieron la misma marcha río abajo. Juchi, que iba a la cabeza, construyó un puente de barcas en la parte inferior del río y envió a sus ingenieros, con tiradores de piedra, a contender con la flotilla. Las nuevas de estos preparativos llegaron al turco, hombre fértil en recursos, que desembarcó su gente sobre una extensión aislada de la ribera. Los mongoles, no encontrándolos en el río, los buscaron y los encontraron. Timur Malik, huyendo con una pequeña escolta de guerreros, vio a todos sus hombres derrotados. Iba solo y se libró, bien montado, de tres mongoles que le perseguían.

Al más próximo de los tres, tuvo la suerte de matarlo arrojando una flecha que hirió en un ojo al jinete. "Tengo otras dos flechas en mi aljaba —gritó a los otros dos perseguidores supervivientes— y no fallarán el blanco". Pero estas dos últimas flechas no fueron necesarias. Escapó durante la noche y se las ingenió de manera que logró alcanzar a Jelal-ed-Din, el hijo del Shah, en el lejano sur. La bravura de Timur Malik fue recordada y repetida por turcos y mongoles. Había resistido durante varios meses a una división entera de la horda. El sitio demostró los recursos de que los mongoles disponían frente a las nuevas contingencias. Pero éste no era más que un incidente en la guerra, que ahora se extendía sobre un frente de mil millas.

CAPÍTULO XV

BOKHARA

CUANDO el Shah bajó de las sierras altas hizo rumbo al norte, hacia el Syr, con su hueste, esperando la llegada de la horda para darle la batalla cuando pretendiese cruzar el río. Pero aguardó en vano. Para comprender lo que entonces ocurrió, debemos arrojar una mirada al mapa. Esta parte septentrional del imperio de Mohamed, componíase de fértiles valles y de llanuras áridas y arenosas, cortadas en estratos de arcilla roja, cubiertas de polvo y sin condiciones de vida. Por eso las ciudades existían solamente a lo largo de los ríos y en las colinas. Dos ríos poderosos, que corrían hacia el noroeste, cruzaban este desierto, para desaguar, seiscientas millas más allá en el mar soleado de Aral. El primero de estos ríos es el Syr, el Yaxartes de los antiguos. En sus orillas había ciudades amuralladas, enlazadas por rutas caravaneras, formando una especie de cadena de vidas y viviendas a través de las comarcas. El segundo río, hacia el sur, es el Amu, llamado Oxus en un principio. Y cerca de éste se alzaban las ciudades del Islam, Bokhara y Samarcanda. El Shah, acampado más allá del Syr, no podía conocer los movimientos de los mongoles. Esperaba del sur ejércitos de refresco y los productos de nuevos impuestos. Esta movilización fue, empero, interrumpida por noticias alarmantes. Los mongoles habían sido vistos, descendiendo de los altos puestos, a doscientas millas a la derecha, casi en su camino. Lo sucedido era que Chepé Noyon, abandonando a Juchi, había cruzado las montañas del sur, había burlado los contingentes turcos que vigilaban esta ruta y marchaba ahora,

lentamente, alrededor de los glaciares que se hallan en el nacimiento del Amu. A unas doscientas millas de distancia de su ruta, se levantaba Samarcanda. Chepé Noyon no tenía más que veinte mil hombres. Pero el Shah ignoraba este detalle. En lugar de refuerzos, encontraba ahora, el peligro de ser separado de su segunda y principal línea de defensa. El Amu con sus grandes ciudades, Bokhara y Samarcanda. Acuciado por el peligro, Mohamed tomó una resolución que ha sido severamente criticada después por los cronistas mahometanos. Repartió la mitad de sus huestes entre las ciudades fortificadas. Unos cuarenta mil hombres fueron enviados a reforzar las guarniciones a lo largo del Syr. El Shah marchó hacia el sur con la parte más importante de sus fuerzas, destacando treinta mil en Bokhara y dejando el resto en Samarcanda, punto amenazado. Hizo esto, suponiendo que los mongoles no serían capaces de asaltar sus ciudadelas y se retirarían después de unas cuantas correrías y saqueos. Se equivocó en ambas conjeturas.

Mientras tanto, los hijos del Kan habían aparecido en Otrar, en la parte baja del Syr, hacia el norte. El gobernador de esta ciudad, Inalyuk, era el que había ordenado y ejecutado la muerte de los mercaderes mongoles. Conociendo que tenía poca conmiseración que esperar de los mongoles, encerróse en la ciudadela con lo mejor de sus hombres y se sostuvo durante cinco meses. Al fin huyó a refugiarse en una torre, cuando los mongoles hubieron muerto y capturado al último de sus hombres; y cuando le faltaron las flechas, aun arrojaba piedras contra sus enemigos. A pesar de esta resistencia fue capturado vivo y enviado al Kan, el cual ordenó se le echase plata derretida en los ojos y en los oídos. Así fue vengada la muerte de los mercaderes. Las murallas de Otrar fueron demolidas y todos sus moradores capturados. Al mismo tiempo un segundo ejército mongol se acercaba al Syr y tomaba Tashkent. Un tercer destacamento se corrió hacia el extremo norte del Syr, para asaltar las pequeñas poblaciones. La guarnición turca abandonó Jend, cuyos habitantes se rindieron cuando los mongoles colocaron sus escalas y treparon por la muralla. Durante este primer año de guerra, cuando los mongoles entraban en una ciudad, pasaban a cuchillo a los guerreros del Shah y a las guarniciones turcas, y arrojaban del poblado a los

moradores, persas, en su mayor parte. Luego saqueaban por completo la ciudad. Los prisioneros eran repartidos; los más jóvenes y vigorosos eran dedicados al trabajo en las operaciones de sitio ante las ciudades cercanas; los artesanos ejecutaban trabajos útiles para los conquistadores. Cuando algún mercader mahometano, enviado de los mongoles, había sido despedazado por los hombres de la ciudad, el asalto mongol era llevado con vigor inusitado; el ataque nunca acababa, y nuevos guerreros ocupaban el lugar de los caídos, hasta que la plaza era tomada y sus moradores morían, heridos por las espadas o las flechas.

Gengis Kan no apareció en los combates a lo largo del Syr. Perdióse de vista, llevando consigo el centro de la horda. Nadie sabía por dónde cruzó el río ni adonde iba. Debió trazar un ancho círculo en el desierto de las Arenas Rojas, porque apareció fuera del erial, marchando lentamente sobre Bokhara, por el oeste. Mohamed no sólo estaba amenazado por sus flancos, sino en peligro de ser separado de sus ejércitos meridionales, de su hijo, de los refuerzos y de las ricas tierras de Korassan y Persia. En tanto que Chepé Noyon avanzaba por el este, Gengis Kan se movía por el oeste. El Shah, en Samarcanda, pudo comprender muy bien que los brazos de una trampa enorme se cerraban en torno principal entre Bokhara y Samarcanda, enviado otro de sus "atabegs" a Bálkh y Kundz. Con sólo sus nobles cortesanos, sus elefantes, sus camellos y las tropas de escolta, abandonó Samarcanda, llevándose sus tesoros y su familia y proyectando volver a la cabeza de un ejército de refresco. Pero en esta creencia también salió defraudado.

Mohamed el Guerrero, llamado por su gente el segundo Alejandro, había sido verdaderamente vencido por la táctica enemiga. Los mongoles, acaudillados por los hijos del Kan, que habían paseado el fuego y la espada a lo largo del Syr, no eran más que pretextos para los verdaderos ataques, llevados a cabo por Chepé Noyon y Gengis Kan. Este sentía tanta impaciencia que no molestó a las pequeñas poblaciones a su paso y sólo pidió agua para sus caballos. Esperaba sorprender en Bokhara a Mohamed. Pero, cuando llegó, supo que el Shah había huido. Estaba enfrente de una de las plazas fuertes del Islam, la ciudad de las academias, cercada por una muralla de doce leguas de circuito (según dice la

crónica), a través de la cual corría un río tranquilo, bordeado de jardines y casas de placer. La guarnecían unos veinte mil turcos y una multitud de persas, y era célebre por sus muchos "imans" y "sayyid", esto es, por los sabios del Islam, por los intérpretes del Libro Sagrado. Tenía en su interior el fuego latente del celo, que los devotos mahometanos, desplegaban entonces en una profunda actividad mental. La muralla era demasiado fuerte para tomarla por asalto; y si las masas de los habitantes habían decidido defenderla, pasarían meses antes de que los mongoles pusieran el pie en la ciudad. Gengis Kan había dicho con gran acierto: "La fortaleza de una muralla no es ni mayor ni menor que el valor de sus defensores". En este caso, los oficiales turcos decidieron a su suerte a la gente de la ciudad y escaparon para reunirse con el sultán. Así salieron durante la noche con la soldadesca del sultán por la compuerta y se dirigieron hacia el Amu. Los mongoles les dejaron pasar. Pero tres "tumans" los persiguieron y los encontraron junto al río. Los turcos fueron atacados y casi todos ellos pasados a cuchillo.

Abandonados por la guarnición, los ancianos de la ciudad, los jueces e "imans" resolvieron presentarse ante el extraño Kan, rindiéndole las llaves de la ciudad y recibiendo la promesa de que serían respetadas las vidas de los habitantes. El gobernador, con los guerreros que quedaron, se encerró en la fortaleza, que fue sitiada al momento por los mongoles. Estos arrojaron en su interior flechas inflamadas, prendiendo fuego a los tejados de los palacios. Una ola de jinetes llenó las anchas calles de la ciudad, irrumpiendo en los graneros y almacenes, alojando los caballos en las librerías. Todo esto agudizaba el pesar de los mahometanos, que veían las sagradas hojas del Corán pateadas por los cascos de los caballos. El Kan mismo detuvo las riendas ante un edificio imponente, la gran mezquita de la ciudad y preguntó si era el palacio del emperador; a lo que se le contestó que era la casa de Alá. Inmediatamente subió con su caballo los escalones y, desmontando, entró en la mezquita y caminó hasta el pupitre del lector, con su gigantesco Corán.

Desde este pulpito, el Kan, embutido en su negra armadura de laca y tocado del yelmo, con careta de cuero, dirigió la palabra al concurso de "mullahs" y escolares, que esperaban que el fuego descendiese de los cielos para aniquilar

la desmañada figura, del extraño guerrero: "He venido a este lugar —les dijo, para deciros solamente que estáis obligados a proveer de forraje a mi ejército. El país está horro de heno y grano y mis hombres sufren del hambre. Abridles las puertas de vuestros almacenes". *

Cuando los ancianos mahometanos abandonaron la mezquita, encontraron a los guerreros del Gobi instalados en los graneros y a los caballos estabulados. Esta parte de la horda, que había realizado una marcha forzada de varios días sobre el suelo del desierto, no iba a detenerse en los umbrales de la abundancia. De la mezquita marchó el Kan a la plaza de la ciudad, donde los oradores acostumbran a congregar el auditorio para disertar sobre temas de ciencia o religión. "¿Quién es este hombre?" —preguntó un recién llegado a un venerable "sayyid"—. "¡Silencio...! —murmuró otro—. Es la ira de Dios que desciende sobre nosotros".

El Kan, que sabía bien cómo debe hablarse a una multitud, subió —dice la crónica—- a la tribuna del orador y se dirigió a la gente de Bokhara. Primero los interrogó cuidadosamente acerca de su religión y la comentó gravemente diciendo que era una equivocación hacer la peregrinación a la Meca. "Porque el poder de los cielos no está en un sólo lugar, sino en todos los rincones de la tierra". El viejo jefe que apreciaba con gran penetración la disposición de sus oyentes, avivaba el terror supersticioso de los mahometanos. Ante ellos aparecía como un pagano devastador, como encarnación de un tosco y bárbaro poder, algo grotesco. Bokhara no había visto sino fieles dentro de sus murallas. "Los pecados de vuestro emperador —les aseguró— son muchos. Yo, la ira y el mazo de los cielos, he venido para aniquilarle, como a tantos otros emperadores. No le daré ni protección ni ayuda". Aguardaba a que el intérprete explicara sus palabras. Los mahometanos se le aparecían como los catayanos, hombres constructores de ciudades y autores de libros, útiles para suministrar provisiones, dar riqueza,

---

* Este pasaje se cita casi siempre equivocadamente en las historias, que lo dan así: "Gengis Kan marchó a la mezquita y gritó a sus hombres: "El heno está cortado; dad forraje a vuestros caballos".

facilitar informes del resto del mundo, proporcionar labradores y esclavos a sus hombres y artesanos para el Gobi.

"Habéis hecho bien, les dijo en abastecer de provisiones a mi ejército. Entregad ahora a mis oficiales los objetos preciosos que tengáis escondidos. No os inquietéis por lo que esté perdido en vuestras casas, que ya tendremos cuidado de ello".

Los ricos de Bokhara fueron colocados bajo la custodia de los mongoles, que no los dejaron ni de día ni de noche. Algunos, de quienes se sospechaba que no querían manifestar su riqueza oculta, fueron torturados. Los oficiales mongoles pidieron danzarinas y músicos, para que ejecutaran piezas mahometanas. Sentados gravemente en las mezquitas y palacios, con las copas de vino en la mano, contemplaban el espectáculo con que se solaza la gente que vive en las ciudades y jardines. La guarnición de la fortaleza se sostuvo bravamente y, antes que el gobernador y sus acompañantes fueran vencidos, causó al ejército pérdidas que irritaron a los mongoles. Cuando los últimos objetos valiosos hubieron salido de los sótanos y hoyos, los moradores fueron conducidos a la llanura. Los cronistas mahometanos nos relatan vivamente la miseria de su pueblo.

"Fue un día horrendo. Sólo se oían los llantos de los hombres, de las mujeres y de los niños, que iban a separarse para siempre. Las mujeres fueron robadas por los bárbaros, a la vista de quienes no podían librarlas de este infortunio. Algunos hombres, antes que presenciar la afrenta de sus familias, se arrojaron sobre los guerreros y murieron luchando". Diversas partes de la ciudad fueron incendiadas y las llamas se propagaron rápidamente por la seca madera y la arcilla cocida. Una nube de humo cubrió Bokhara, ocultando el sol. Los cautivos fueron conducidos a Samarcanda y, como no podían seguir el paso de los jinetes mongoles, sufrieron terriblemente durante la rápida marcha.

Gengis Kan no se detuvo más que dos horas en Bokhara. Deseaba encontrar al Shah en Samarcanda. En el camino fue alcanzando destacamentos de la horda que operaba en el Syr y sus hijos le dieron noticias de la captura de las ciudades a lo largo de la línea septentrional. Samarcanda era la más poderosa ciudad del Shah, que había mandado construir una nueva y sólida muralla

alrededor del circuito de sus jardines. Pero el avance de los mongoles fue tan rápido que el nuevo baluarte no pudo ser terminado. Las antiguas defensas eran bastante fuertes, incluyendo doce puertas de hierro, flanqueadas por torres. Para guardarlas había veinte elefantes armados y ciento diez mil guerreros, turcos y persas. Los mongoles eran menos numerosos que la guarnición y Gengis Kan hizo los preparativos de un largo asedio, reuniendo la gente del país y a los cautivos de Bokhara, para que le ayudaran en el trabajo. Si él hubiera permanecido allí con los hombres o si un jefe como Timur Malik hubiera tenido el mando de la ciudad, Samarcanda habría podido resistir muy bien. Pero los rápidos y metódicos preparativos de los mongoles alarmaron a los mahometanos, que vieron en la lejanía la gran extensión de cautivos y supusieron la horda mucho mayor de lo que era. Inmediatamente salió la guarnición, atraída por una de esas celadas tan frecuentes en la horda, y fue duramente castigada. Las pérdidas sufridas en este encuentro descorazonaron a los defensores y los "imans" y jueces salieron de la ciudad. Por la mañana, los mongoles estaban preparando el asalto de una parte de la muralla y cercaban la ciudad. Treinta mil turcos Kankali, por su propia cuenta, se pasaron a los mongoles. Estos los recibieron amigablemente, les dieron la bienvenida y los degollaron una noche o dos después. Los mongoles nunca confiaron en los turcos de Karesmía, sobre todo en los que de ese modo practicaban la traición.

Los trabajadores más diestros de la ciudad fueron incorporados a la horda. Los hombres robustos fueron escogidos para otras labores. Y el resto de los habitantes volvió a sus casas. Pero un año o dos después todos fueron llamados a la horda. Ye-Lui Chut-sai dice de Samarcanda: "Alrededor de la ciudad, en una extensión de varias millas hay por todas partes flores, arboledas, jardines, acueductos, arroyos, depósitos de agua, estanques en sucesión ininterrumpida. Verdaderamente un lugar delicioso".

CAPÍTULO XVI

LA INCURSIÓN DE LOS ORKHONES

EN SAMARCANDA supo Gengis Kan que el Shah Mohamed había abandonado la ciudad, huyendo al sur. El mongol determinó capturar al Shah, antes de que éste pudiera formar nuevos ejércitos contra los invasores. No había podido encontrarse con el monarca de Kharesmia. Envió, pues, a Chepé Noyon y a Subotai, dándoles las órdenes siguientes: "Seguid al Shah Mohamed a cualquier parte del mundo a que vaya. Encontradle vivo o muerto. Respetad las ciudades que os abran sus puertas, pero asaltad las que resistan. Yo creo que esto no os resultará tan difícil como parece".

¡Extraña tarea ésta de buscar a un emperador a través de una docena de reinos! Era verdaderamente un buen problema para el más temerario y eficaz de los Orkhones. Chepé Noyon y Subotai partieron con dos "tumans", o sea veinte mil hombres, y las citadas instrucciones. Los dos Orkhones marcharon inmediatamente hacia el sur. Era entonces el mes de abril de 1220, en el año de la serpiente.

Mohamed había huido hacia el sur, pasando de Samarcanda a Balkh, en el extremo de las regiones altas del Afganistán. Como de ordinario, vacilaba. Jelal-ed-Din se encontraba lejos, en el norte, levantando un nuevo ejército entre los guerreros del desierto, cerca del mar de Aral. Pero Gengis Kan ocupaba Bokhara, entre el Shah y este posible punto de concentración. Pensó Mohamed entrar en la comarca afgana, donde los belicosos clanes le esperaban. Por último, vacilando entre las diferentes opiniones *y* su propio temor, se dirigió hacia el poniente,

cruzando la región montañosa de la Persia septentrional, y llegó a Nisapur, poniendo, como pensaba, quinientas millas entre él y la horda mongol. Chepé y Subotai encontraron una poderosa ciudad que obstruía el paso del Amu. Lo vadearon con sus caballos y supieron, por los exploradores, al avanzar, que Mohamed había abandonado Balkh. En vista de ello, volvieron hacia el oeste, separándose para protegerse mejor y obtener el mayor pasto posible para sus caballos. Cada hombre de las dos "tumans" seleccionadas tenía varios caballos en buenas condiciones. La hierba, a lo largo de los arroyos y manantiales, estaba fresca. Podían cubrir ochenta millas diarias, cambiando varias veces al día los caballos fatigados y desmontando solamente a la caída de la tarde para comer alimentos guisados. Al extremo del erial encontraron los jardines de rosas y las blancas murallas de la antigua Merv. Congratulándose de que el Shah no estuviese en esta ciudad, galoparon hacia Nisapur adonde llegaron tres semanas después de Mohamed, que se había enterado de la persecución *y* huyó con el pretexto de una excursión cinegética. Nisapur cerró sus puertas y los Orkhones la asaltaron furiosamente. No pudieron tomar la muralla, pero se convencieron de que el Shah no se encontraba dentro de sus defensas.

Siguieron, pues, el rastro de Mohamed y se dirigieron hacia el oeste, a lo largo de la ruta caravanera que conduce al Caspio, ahuyentando los restos de los ejércitos enemigos que habían escogido este camino para librarse del terror mongol. Cerca de la moderna Teherán encontraron y derrotaron el ejército persa, compuesto de 30 000 guerreros. Las huellas del fugitivo emperador se desvanecían por instantes. Los dos jefes mongoles se separaron de nuevo. Subotai se dirigió hacia el norte, a través de la región montañosa. Chepé Noyon galopó hacia el sur, hacia los límites del desierto salado. Habían salido de Kharesmia y habían corrido más que las mismas noticias de su llegada.

Entretanto, Mohamed se había despedido primero de su familia y después de sus tesoros. Dejó los cofres con sus joyas en una fortaleza donde los mongoles los encontraron después, y decidió trasladarse a Bagdad, en donde reinaba el verdadero califa, con quien había disputado en otro tiempo. Reclutó hombres acá y allá, hasta formar una escolta de unos centenares y siguió la ruta de Bagdad.

Pero en Hamadan los mongoles le dieron alcance, dispersando el grupo y arrojándole unas cuantas flechas. Pero los mongoles no le conocían. Escapó y volvió hacia el Caspio. Algunos de sus guerreros turcos manifestaron su descontento y rebeldía, y Mohamed juzgó conveniente dormir en una pequeña tienda, levantada delante de la suya. Una mañana, encontró la tienda vacía, repleta de flechas. "¿No hay lugar sobre la tierra —preguntó a un oficial— donde yo pueda estar seguro del rayo mongol?" —Le fue aconsejado que tomase una embarcación en el Caspio y navegase hacia una isla, donde podría ocultarse hasta que sus hijos y "atabegs" reunieran un ejército bastante fuerte para defenderse. Así lo hizo. Disfrazado, y con unos pocos acompañantes anónimos, pasó a través de las gargantas y divisó en la costa occidental del Caspio una pequeña ciudad, lugar de pescadores y mercaderes bastante tranquila. Pero el Shah, fatigado y enfermo, sin su corte, sus esclavos y contertulios, no podía sacrificar el prestigio de su nombre. Insistió para que se hiciera la lectura pública de las oraciones en las mezquitas, y su identidad no permaneció largo tiempo secreta. Un mahometano, que había sufrido la opresión del Shah, le delató a los mongoles. Estos, que habían derrotado otro ejército persa en Kasvin, buscaban por las montañas a Mohamed. Entraron en la ciudad que le albergaba, en el momento en que el sultán se preparaba a subir al esquife de un pescador. Volaron las flechas. Pero el navío partió de la playa, y algunos de los nómadas, en su rabia, aguijonearon los caballos y se lanzaron tras el esquife, hasta agotar las fuerzas y desaparecer entre las olas. Aun cuando no pusieron la mano sobre el Shah, es indudable que habían causado su muerte. Debilitado por las enfermedades, y los trabajos, el supremo señor del Islam murió en la isla, tan pobremente, que su única mortaja fue la camisa de uno de sus acompañantes.

Chepé Noyon y Subotai, los dos veteranos merodeadores que recibieron orden de capturar al Shah, vivo o muerto, no supieron que éste había sido enterrado en la isla desierta. El desventurado emperador tuvo la misma suerte que Wai Wang, de Catay, Preste Juan, Toukta Beg y Gutchluk. Los mongoles enviaron al Kan la mayor parte del tesoro, que el cuidadoso Subotai había reunido, y nuevas de que el Shah se había hecho a la vela en un navío.

Gengis Kan, creyendo que Mohamed intentaría juntarse con su hijo de Urgench, la ciudad de los Kanes, envió una división en esta dirección. Pero Subotai invernando en los pastizales nevados del Caspio, concibió la idea de marchar hacia el norte, alrededor del mar, para unirse a su Kan. Envió un correo a Samarcanda, solicitando permiso para hacer una marcha, y Gengis Kan le otorgó su consentimiento, enviando varios millares de turcomanos para reforzar la tropa del orkhon. Subotai, por propia decisión, había estado reclutando gente entre los indómitos kurdos. Habiendo caminado hacia el sur, sitiando y asaltando las ciudades importantes, por donde había pasado cuando perseguían a Mohamed, los mongoles se dirigieron hacia el norte por el interior del Cáucaso. Invadieron la Georgia. Una lucha desesperada tuvo lugar entre los mongoles y los guerreros de las montañas. Chepé Noyon se ocultó en un extremo del extenso valle que conduce a Tiflis, mientras que Subotai hacía uso del viejo ardid mongol de la huida simulada. Los cinco mil hombres emboscados arremetieron sobre el flanco de los georgianos, que sufrieron terriblemente en la refriega. (Véase la nota VIII: "Los magos y la cruz").

Los mongoles se abrieron camino a través de las gargantas del Cáucaso y pasaron la Puerta de Hierro de Alejandro. Surgiendo de los repechos septentrionales encontraron un ejército de gente montaraz —alanos, circasianos y kipchakas— reunida contra ellos. El enemigo era muy superior en número, y los mongoles no tenían camino de retirada. Pero Subotai triunfó, separando los nómadas kipchakas de los otros. Los mongoles avanzaron sobre los fornidos alanos y circasianos. Después, los merodeadores de Catay siguieron a los kipchakas por las estepas salobres, más allá del Caspio, dispersando a estos astutos nómadas y empujándolos invariablemente hacia el norte, a las tierras de los príncipes rusos.

Aquí se encontraron con un nuevo y valeroso enemigo; los ochenta y dos mil guerreros rusos, reunidos en Kiev y los ducados lejanos. Estos rusos bajaban el Dniéper escoltados por fuertes bandas de kipchakas. Eran jinetes robustos, escuderos que pagaban de tiempo inmemorial el feudo a los nómadas de las estepas. Los mongoles retrocedieron sobre el Dniéper durante nueve días,

observando las masas rusas, hasta que llegaron al lugar que habían elegido de antemano para dar la batalla. Los guerreros del norte se habían repartido en diferentes campos bastante extensos. Pero estuvieron premiosos y pelearon entre sí. No tenían un caudillo como Subotai. Durante dos días, la lucha entre los rusos y los mongoles —su primer encuentro— tuvo lugar en la estepa. El gran príncipe murió con sus nobles al empuje de las armas paganas, y pocos de su hueste vivieron y lograron remontar el Dniéper.

Abandonados otra vez a su propio parecer, Subotai y Chepé Noyon vagaron por la Crimea y asaltaron una ciudadela comercial genovesa. No se sabe lo que hicieron allí. Intentaban cruzar el Dniéper, camino de Europa, cuando Gengis Kan, que por medio de correos había seguido sus movimientos les ordenó que regresaran para tener con ellos una conferencia, a unas dos mil millas en el oeste. Chepé Noyon falleció en el camino. Los mongoles se desviaron bastante para invadir y desbaratar a los búlgaros, que estaban entonces sobre el Volga. Fue una marcha asombrosa, que probablemente constituye, en los anales humanos, la mayor hazaña de caballería. Sólo hombres de vigor sobresaliente, confiados con certidumbre en su propia fortaleza, pudieron llevarla a cabo. "¿Habéis oído decir —refieren los cronistas persas— que una banda de hombres, saliendo de donde el sol nace, surcó la tierra y llegó a las puertas del Caspio, destruyendo las gentes y sembrando la muerte a su paso? Después regresaron adonde estaba su señor, llegando sanos y fuertes, con el botín. Y esto sucedió en menos de dos años".

Esta galopada de dos divisiones, que terminó en noventa grados de longitud, produjo extraordinario fruto. Junto a los guerreros marchaban los sabios de Catay y los ugures, y entre ellos cristianos nestorianos. Sabemos de mercaderes mahometanos que, con la vista puesta en el negocio, vendieron manuscritos religiosos cristianos a algunos de la horda. Y Subotai no cabalgó al azar. Los catayanos y ugures anotaron la situación de los ríos que cruzaban, de los lagos que rodeaban y de los peces que éstos producían, y las minas de sal y de plata. Fueron colocados postes indicadores a lo largo de los caminos, y "darogas" en los distritos conquistados. Con el guerrero mongol iba el mandarín

administrativo. Un obispo armenio prisionero, que fue conservado para que leyese y escribiese cartas, nos dice que en las tierras de la parte inferior del Cáucaso se hizo un censo de los hombres mayores de diez años. Subotai había descubierto .los extensos pastizales del sur de Rusia, la región de la tierra negra; recordaba muy bien estas estepas. Años después volvió, desde el otro lado del mundo, para atacar a Moscú. Reanudó su marcha por donde le había ordenado el Kan que volviera, cruzando al Dniéper para invadir la Europa oriental. (Véase la nota VIII: "Subotai Bahadur hacia la Europa central"). Y los mercaderes genoveses y venecianos entraron en contacto con los mongoles. Una generación más tarde, los Polos de Venecia marchaban hacia el dominio del gran Kan. (Véase la nota IX: Lo que Europa pensaba de los mongoles").

CAPÍTULO XVII

GENGIS KAN VA DE CAZA

EN TANTO que los dos Orkhones invadían el este del mar Caspio, los dos hijos del Kan caminaban hacia otro mar interior, conocido hoy con el nombre de mar de Aral. Habían sido enviados para recoger noticias del Shah y cortarle la retirada. Conociendo, finalmente, que Mohamed estaba en la tumba, siguieron el extenso Amu, a través de las estepas arcillosas, hacia la ciudad natal de los karesmianos. Aquí se detuvieron los mongoles en largo y penoso asedio. Careciendo de grandes piedras para sus máquinas lanzadoras, cortaron en

bloques troncos de gruesos árboles y remojaron la madera hasta tenerla lo suficientemente pesada para el fin perseguido. En el combate cuerpo a cuerpo, que tuvo lugar una semana dentro de las murallas, los cronistas que emplearon nafta inflamable, nueva arma que pudieron haber tomado de los mahometanos, que la habían empleado, con efectos destructores, contra los cruzados de Europa. Apresuraron la caída y volvieron a trotar con sus cautivos y botín hacia el cuartel general del Kan. Pero Jelal-ed-Din, hijo valeroso de un padre débil, logró escapar y organizó contra ellos fuerzas de refresco. Entretanto, Gengis Kan había retirado a sus guerreros de las tierras bajas, durante el calor del verano, ardiente y bochornoso calor que acongojaba a los hombres, acostumbrados a las elevadas altitudes del Gobi. Los llevó a comarcas más frías de la parte posterior del Amu.

Para seguir ocupándolos, mientras los caballos pastaban y con objeto de no relajar la disciplina, dio el Kan órdenes para organizar el pasatiempo favorito de la horda: una expedición de caza. La caza mongol no era ni más ni menos que una campaña regular, dirigida contra los animales en lugar de los hombres. Toda la horda tomaba parte en ella y las reglas estaban formuladas por el mismo Kan. Esto quiere decir que eran inflexibles. Ausente Juchi, el montero mayor, su lugarteniente galopaba inspeccionando y señalando varios centenares de millas en las colinas. Se colocaban gallardetes que indicaban el punto de partida de los diversos regimientos. Asimismo, se escogía y marcaba a lo lejos la "gurtai" o punto reservado de la casa. Seguidamente los escuadrones de la horda, en continuo maniobrar, se movían de derecha a izquierda, vivaqueando bajo las órdenes de los monteros y aguardando la llegada del Kan, precedido de los sonidos de cuernos y címbalos. Estaban colocados en un medio círculo, poco acentuado, cubriendo unas ochenta millas o más del país. El Kan se presentaba con sus altos jefes, con los príncipes y los nietos jóvenes, formando los jinetes una línea casi cerrada, a veces con dos filas de anchura. Todos ellos llevaban las armas y el equipo que utilizaban contra los enemigos humanos; además, escudos de mimbre. Los caballos caracoleaban audaces. Los oficiales marchaban detrás de sus jefes. Empezaba el acoso de los animales. Los guerreros no debían utilizar sus armas contra los animales. Era verdaderamente afrentoso dejar que un animal de cuatro

patas se deslizase a través de las líneas. Los guerreros pisaban la maleza, esquivando las hondonadas, trepando por las lomas y gritando y alborotando cuando veían salir de entre el monte un tigre o un lobo. El trabajo era más penoso de noche. Al cabo del primer mes de caza reuníase gran cantidad de animales frente al semicírculo de hombres, dentro del campo, encendían fuegos y ponían centinelas. Guardaban también la contraseña usual, y los oficiales hacían las rondas. No era fácil mantener una línea de centinelas cuando todos los cuadrúpedos de las montañas se hallaban en movimiento, con los ojos centelleando, rompiendo el silencio los aullidos de los lobos y los gruñidos de los leopardos. Más penosa todavía era la labor un mes después cuando el círculo se había estrechado y la multitud de animales empezaba a apercibirse de que estaba acosada. El rigor de la caza era inflexible. Si una zorra entraba en la madriguera, había de ser extraída de nuevo con piquetas. Si un oso caía dentro de un agujero de la roca, un hombre debía ir detrás; pero sin dañar al oso. En la caza surgían muchas ocasiones para que los guerreros jóvenes mostraran su pericia y arrojo, especialmente cuando un jabalí solitario o un rebaño se desviaba y atacaba la línea de los guerreros.

Una parte de la línea encontró la ancha curvatura de un río y se detuvo. Velozmente fueron enviados correos en línea recta frente al semicírculo de los cazadores, con órdenes de mantener el resto de la línea, hasta que pudiera cruzarse el río. Las bestias hostigadas estaban ya, en su mayor parte, próximas. Los guerreros se apresuraron en sus caballos, y se deslizaron desde las sillas, colgando de la crin o de la cola. Algunos ataron sus colodras de cuero, herméticamente cerradas, y las utilizaron como toscos flotadores. Una vez en la orilla opuesta montaron de nuevo y prosiguió adelante la caza. Acá y allá aparecía el viejo Kan, vigilando la conducta de los hombres y la forma en que los dirigían los oficiales. No decía nada durante la caza; pero recordaba todos los detalles.

Dirigido por los monteros, el semicírculo cerraba sus alas hacia la "gurtai". Los animales empezaban a sentir la persecución del acoso; el ciervo saltaba a la vista con temblorosos ijares; los tigres se revolvían con la cabeza baja, gruñendo. A lo lejos, más allá, de la "gurtai", el círculo se cerraba cada vez más. El

formidable clamor de los címbalos y el estruendo de las voces iban haciéndose más potentes. Las filas formaban dos y tres extremos. El Kan, cabalgando entre las masas de hombres y bestias furiosas, hizo una señal. Los jinetes partieron en pos de él. Por antigua costumbre, el Kan debía estar el primero entre las bestias copadas. Llevaba una espada desnuda en una mano y su arco en la otra. Ahora ya era permitido usar las armas. Los cronistas dicen que el Kan elegía la más peligrosa de las bestias enemigas, arrojando sus flechas contra un tigre o dirigiendo su caballo contra los lobos. Cuando había dado muerte a varios animales, separábase del círculo y cabalgaba hacia una colina, abarcando con la vista la "gurtai". Sentábase allí, debajo de un pabellón, para vigilar las proezas de los príncipes y oficiales. Era aquella la palestra de los mongoles, donde todos hacían gala de sus capacidades. Como los gladiadores de Roma, no pocos de los que entraban en la liza, salían despedazados o muertos. Dada la señal para la matanza general, los guerreros de la horda saltaban hacia adelante, hiriendo lo que encontraran a su paso. Todo un día podía transcurrir en esta matanza, hasta que los nietos jóvenes de la horda, llegaban al Kan, como exigía la costumbre, para que a los animales supervivientes se les permitiese vivir. Esta súplica era otorgada y los cazadores volvían las flechas a los carcajs.

Estas cacerías adiestraban a los guerreros. El círculo de jinetes se utilizaba también a veces en la guerra contra los hombres. En este año y en un país enemigo, la caza no duró nada más que cuatro meses. El Kan deseaba estar preparado para la campaña de otoño. Quería encontrar a Juchi y Chatagai, a su vuelta del mar interior, con la noticia de la muerte del Shah.

Hasta ahora los mongoles habían marchado, casi sin interrupción, a través del Islam. Habían cruzado ríos y tomado ciudades con la misma rapidez con que un viajero moderno, provisto de criados y de una caravana, podía caminar de un lugar a otro. Mohamed el Guerrero, excesivamente ambicioso en un principio y harto pusilánime al final, había abandonado a su gente para intentar salvar su persona. Había merecido así la deshonra y una sepultura de mendigo. Como el emperador de Catay, había arrojado sus ejércitos en las ciudades para escapar de la caballería mongol, que permanecía invisible hasta la hora de la batalla y

entonces maniobraba en silencio terrible, obedeciendo las señales dadas por los estandartes, señales que eran repetidas a los guerreros del escuadrón por los movimientos de brazo de un oficial. Estas señales se utilizaban durante el día, en la confusión de la lucha, cuando la voz humana no podía oírse y los címbalos y timbales podían ser confundidos por los instrumentos enemigos. Durante la noche, las señales se daban subiendo y bajando linternas coloreadas cerca del "tugh" o estandarte del caudillo.

Después de la primera acometida a la línea septentrional del Syr, Gengis Kan había concentrado sus columnas sobre las que creyó ser las principales ciudades del imperio: Bokhara y Samarcanda. Había roto esta segunda línea sin sufrir molestias y había concentrado la horda en lo que puede llamarse la línea tercera, las fértiles colinas de la Persia septentrional y el Afganistán. Hasta aquí la guerra entre mongoles y turcos, infieles y mahometanos, había sido completamente desastrosa para los últimos. Los mongoles parecían a los débiles turcos ser una encarnación de la ira divina, un azote que por sus pecados les llegaba. Gengis Kan hizo lo que pudo para fomentar esta creencia. Tuvo cuidado de limpiar sus flancos hacia el este, cabalgando a través de las altiplanicies que rodean el nacimiento del Amu y enviando otras divisiones para ocupar las ciudades del oeste, por las que Chepé Noyon y Subotai habían pasado, enviando un informe de ellas al Kan. Hecho esto, se había nombrado, a sí mismo, señor de Balkh y había dedicado un verano a la gran cacería, ocupando las rutas comerciales en el centro de los pueblos mahometanos. Mientras tanto, había reunido informes de todo y sabía que aún existían fuerzas intactas para luchar con él, y potencias mayores, más allá del horizonte. Como los chinos, la población entera del Islam se había armado contra el Kan. Perdido su Shah y muerto dos de sus hijos en la batalla contra los mongoles empezaron los guerreros a reunirse bajo sus señores naturales, los príncipes persas y los "sayyids", descendientes de un profeta guerrero. Gengis Kan estaba perfectamente enterado de la situación. Sabía que la verdadera fuerza estaba delante de él; que quizás un millón de hombres, buenos jinetes y bien armados, estaban dispuestos a moverse en contra suya. En aquella ocasión necesitaba un caudillo, y éstos andaban dispersados en

una docena de reinos, formando un círculo a su alrededor. La horda, en el principio de este segundo año, no podía contar mayor número que doce "tumans", algo más de cien mil hombres. El Idikut de los ugures y el rey cristiano

ERROR EN LA ENCUADERNACIÓN

FALTAN PÁGINAS ENTRE LA 144 Y LA 161

QUIEN TENGA EL LIBRO EN BUEN ESTADO, POR FAVOR AÑÁDALAS

con Juchi, aplicándole el estigma de su nacimiento y llamándole "tártaro". Hicieron observar al Kan que su primogénito había desobedecido los requerimientos de la "Kurultai". El viejo mongol envió por el oficial que había traído los caballos y le preguntó si Juchi estaba realmente enfermo. "No lo sé —contestó el hombre de Kipchanck—, pero estaba cazando cuando yo le dejé". Irritado el. Kan se retiró a su tienda y sus oficiales suponían que marcharía contra Juchi, que había cometido el delito de desobediencia. En lugar de hacerlo, dictó un mensaje a uno de sus amanuenses y lo entregó a un correo que partió hacia el oeste. No estaba dispuesto a dividir la horda y era muy probable —así lo creía— que su hijo no se rebelase contra él. Por eso había ordenado a Subotai que regresase de Europa [*] y trajera a Juchi al cuartel general.

---

[*] Véase nota 10: *Correspondencia entre los monarcas europeos y los mongoles.*

CAPÍTULO XX

LA BATALLA EN EL INDO

EN ESTE memorable otoño, hubo poco tiempo para otra cosa que no fuese la guerra. Herat y las demás ciudades se alzaron contra los conquistadores. Según decían los mensajes, enviados por los cuerpos de observación, Jelal-ed-Din estaba reuniendo un ejército en el Este. Gengis Kan proyectaba enviar a Tulí, su caudillo más seguro, en persecución del príncipe karesmiano, cuando supo el levantamiento del Herat. Entonces mandó a Tulí al Oeste, a Korassan, con varias divisiones. Gengis Kan tomó el campo con 6o ooo hombres para encontrar y destruir el nuevo ejército karesmiano. En su camino encontró la poderosa ciudad de Bamiyan, en las líneas Kohi-Baba, y distribuyó sus huestes para el cerco, enviando la mayor parte de sus fuerzas a las órdenes de otro orkhon, para combatir a Jelal-ed-Din. A su tiempo llegaron correos a Bamiyan con noticias de que Jelal-ed-Din tenía 6o ooo hombres en sus filas y de que el general mongol estaba en contacto con él, habiendo esquivado varios intentos de los karesmianos para emboscarle. Los escuchas, espiaban los movimientos del terrible príncipe. Lo ocurrido era que un ejército afgano se había juntado, en esta crisis, con Jelal-ed-Din, duplicando su fuerza. Poco después llegaron noticias de que los turcos y afganos habían derrotado al orkhon mongol, arrojando a sus hombres a las montañas.

Gengis Kan arremetió con nueva furia sobre la ciudad que tenía delante. Los defensores habían dejado limpio todo el distrito, quitando incluso las piedras que pudieran emplearse para las máquinas de sitio. Los mongoles no tenían su equipo habitual. Las torres de madera que levantaban contra las murallas, fueron

incendiadas por las flechas y la nafta inflamada. Incluso los ganados fueron muertos, utilizando sus pieles para cubrir las armaduras de madera. El Kan ordenó un ataque, el asalto que no se interrumpía hasta que se hubiese tomado la ciudad. En esta ocasión fue muerto uno de los nietos del Kan, que le había seguido al pie de las murallas. El viejo mongol ordenó que el cuerpo del muchacho, a quien amaba por su valor, fuese llevado a las tiendas. Apresuró el asalto y, quitándose el yelmo, atravesó las filas, hasta colocarse a la cabeza de las tropas de asalto. Los mongoles pusieron el pie en una brecha y Bamiyan no tardó en caer. Todo ser viviente fue muerto dentro de sus murallas, y las mezquitas y los palacios fueron demolidos. Todavía llaman los mongoles a Bamiyan "Mou Baligh", la ciudad del dolor.

Una vez tomada, abandonó Gengis Kan la ciudad para reunir sus divisiones dispersas, que buscaban su camino a través de las colinas. El Kan las reunió y alabó su fidelidad. En lugar de condenar al desgraciado orkhon, que había sido derrotado por Jelal-ed-Din, cabalgó con él sobre el lugar de la acción, preguntándole lo que había acontecido e indicándole los errores que había cometido. El príncipe karesmiano no demostró ser tan hábil en la victoria como había sido en la derrota. Tuvo un momento de satisfacción cuando sus hombres atormentaron hasta la muerte a los prisioneros mongoles y se repartieron los caballos y armas capturados. Pero los afganos disputaron con sus oficiales y le .abandonaron. Gengis Kan, que marchaba tras él, destacó un ejército para vigilar los movimientos de los afganos. Jelal-ed-Din se retiró al Oeste, hacia Ghazna. Pero los mongoles se apresuraron a seguirle. El persa envió mensajeros para convocar nuevos aliados, que encontraron a los mongoles defendiendo los pasos de las montañas. Con sus 30 000 hombres se precipitó por las laderas y por el valle del Indo. Su propósito era cruzar el río y unirse a los sultanes de Delhi. Pero los mongoles que llevaban cinco días siguiéndole, se hallaban a medio día de marcha. Gengis Kan casi no había permitido a sus hombres desmontar para cocer su comida. Desesperado, el príncipe karesmiano quiso apresurarse a pasar el río, y averiguó que había llegado a un lugar donde el Indo era demasiado rápido y profundo para cruzarlo. Volvió, pues, al abra protegido su flanco izquierdo por las

lomas de una montaña y el derecho por una curva del río. La caballería del Islam exploraba alrededor de sus propias tierras, preparada para sus fuerzas con el inexorable mongol. Jelal-ed-Din ordenó que todas las embarcaciones de la orilla fuesen destruidas de modo que sus hombres no pensasen en huir. Su posición era fuerte. Pero o se sostenía o era aniquilado. Al amanecer, los mongoles avanzaron a lo largo de la línea. Habían salido de la obscuridad formados. Gengis Kan con sus estandartes y los 10 000 jinetes de la guardia imperial iba en reserva, detrás del centro. El impetuoso príncipe karesmiano fue el primero que envió sus hombres hacia adelante. Su ala derecha, la parte más fuerte siempre de un ejército mahometano en aquella época, estaba bajo las órdenes del emir Malik. Escaramuzó con la izquierda del Kan y dio una carga a lo largo del Indo, obligando a los mongoles a retroceder por esta parte. Como de ordinario, los escuadrones mongoles se dispersaron, siendo reorganizados bajo las órdenes de uno de los hijos del Kan. Pero fueron obligados a retroceder de nuevo. Por su derecha, los mongoles estaban contenidos por una barrera de elevadas y estériles cordilleras. Allí se detuvieron. Jelal-ed-Din destacó fuerzas de esta parte de su línea para apoyar el avance del ala derecha del emir Malik. Y después, durante el día, retiró más escuadrones de entre los defensores de la montaña para reforzar su centro. Determinó arriesgar un lance de fortuna y cargó con lo mejor de su horda sobre el centro mongol, cortando en dirección del estandarte y buscando al Kan. El viejo mongol no estaba allí. Le habían muerto un caballo y, montando en otro, había marchado a otra parte. Fue un momento de victoria aparente para los karesmianos. Y el ulular de los mahometanos se alzó sobre el ruido de los cascos, el chocar de los aceros y los ayes de los heridos. El centro mongol, sumamente debilitado por esta carga prosiguió la lucha obstinadamente. Gengis Kan había observado la retirada de casi toda el ala izquierda karesmiana, situada sobre las alturas, y ordenó a un jefe de "tumans", Bela Noyon, que fuese con los guías y cruzase las montañas a toda costa. Era éste el antiguo movimiento envolvente de los mongoles, la vuelta del estandarte. El "noyon", con sus hombres siguió a los guías por las escarpadas gargantas y subió por senderos de cabras que parecían impracticables. Algunos guerreros cayeron en los precipicios; pero la mayor parte

ganó las lejanas extremidades durante el día y descendió sobre el resto de los hombres que había dejado Jelal-ed-Din para proteger este punto. Sobre la barrera montañosa, el flanco karesmiano giró. Bela Noyon cargó sobre el campo enemigo.

Entre tanto, Gengis Kan tomó el mando de sus diez mil hombres de caballería pesada y marchó, no hacia el centro amenazado, sino hacia la derrotada ala izquierda. Su carga contra los guerreros del emir Malik fue arrolladora. Sin perder tiempo en seguirles, el Kan hizo girar a sus escuadrones y los dirigió contra el flanco del centro, donde estaban las tropas de Jelal-ed-Din. Había separado por el río el ala del príncipe karesmiano. Los valerosos, pero fatigados mahometanos, habían sido vencidos e imposibilitados por la sagacidad del viejo mongol, y por una maniobra tan perfecta como el movimiento final de un jaque mate. El término llegó rápido e inexorable. Jelal-ed-Din dio una última y desesperada carga contra dos jinetes de la guardia, e intentó retirar sus hombres hacia el río. Fue perseguido y sus escuadrones deshechos. Bela Noyon, arremetió contra él. Cuando Jelal ganó las escarpadas orillas del Indo, no tenía a su alrededor más que setecientos acompañantes. Comprendiendo que había llegado el final, montó en un caballo fresco, se quitó la armadura y con sólo su espada, su arco y un carcaj de flechas, lanzó su corcel por el extremo de la orilla, sumergiéndose en la rápida corriente y vadeándola hacia la orilla opuesta. Gengis Kan había dado órdenes de que el príncipe fuese cogido vivo. Los mongoles habían caído sobre los últimos karesmianos. El Kan fustigó su caballo y atravesó el campo de batalla para observar al guerrero, a quien había visto saltar riberas de veinte pies. Durante algún tiempo contempló en silencio a Jelal-ed-Din, y llevándose un dedo a los labios profirió una exclamación de alabanza: "¡Dichoso el padre de semejante hijo!..."

Aunque admiraba el valor del príncipe karesmiano no pensaba perdonar a Jelal-ed-Din. Algunos de sus mongoles quisieron marchar tras de su enemigo; pero el Kan no lo permitió. Contemplaba a Jelal-ed-Din y le vio llegar a la orilla opuesta, a despecho de la corriente y las ondas. Al día siguiente, y por un sitio del río que podía cruzarse, envió una "tuman" en su persecución, dando este encargo a Bela Noyon, el mismo jefe que había conducido una división sobre los

escarpados senderos del campo karesmiano. Bela Noyon saqueó Multan *y* Lahore, y siguió el rastro del fugitivo; pero lo perdió entre las multitudes, en el camino del Delhi. El agobiante calor deshizo a los hombres del Gobi. El "noyon" regresó, diciendo al Khan: "El calor de este lugar mata a los hombres y el agua no está fresca ni limpia".

De este modo la India, excepto esa porción septentrional, estaba abierta a la conquista mongola, Jelal-ed-Din sobrevivió. Pero su momento había pasado. Peleó de nuevo contra la horda; pero como un partidario, un aventurero sin patria. La batalla del Indo fue el último esfuerzo de la caballería karesmiana. Desde el Tibet al mar Caspio, la resistencia estaba vencida, y los supervivientes de los pueblos del Islam fueron esclavos del conquistador. Terminada la guerra, los pensamientos del viejo mongol se dirigieron hacia su tierra, como en Catay: "Mis hijos vivirán para desear tierras y ciudades como éstas —dijo—, pero yo no".

Era necesario su regreso a la lejana Asia. Muhuli había muerto, después de uncir firmemente el yugo mongol sobre los chinos. En el Gobi el consejo de los Kanes estaba impaciente y disputaba. En los reinos de Hia, ardía la rebelión. Gengis Kan dejó su horda en el Indo. Supo que Hia, en los apartados declives del Tibet, no estaba a más de ochocientas millas de distancia, cuando entró en los extensos valles de Cachemira. Pero, como Alejandro antes, también Gengis encontró el camino obstruido por los macizos de impenetrables sierras. Más sabio, empero, que Alejandro, volvió sin titubear y emprendió la retirada sobre sus pasos alrededor del Techo del Mundo, hacia la ruta caravanera que su invasión había abierto. Atacó Peshawar y volvió a Samarcanda. En la primavera de 1220, había visto por primera vez las murallas y jardines de esta ciudad. Ahora, en el otoño de 1221, su labor bajo el Techo del Mundo había terminado. "Era tiempo —dice el sabio Ye-Lui Chut-sai— de poner término a las matanzas".

Cuando la horda dejó detrás de si las últimas ruinas del Sur, el Kan dio la orden habitual de quitar la vida a todos los cautivos. En este camino pereció una desdichada multitud que había seguido a los nómadas. Las mujeres de los monarcas mahometanos fueron llevadas al Gobi, y en el extremo del camino lloraron ante la última vista de su tierra natal. Dícese que un momento el Kan

ponderó el sentido de sus conquistas: "¿Crees —preguntó a un sabio del Islam—, que la sangre que he derramado será rememorada por el género humano contra mí?". Recordaba la sabiduría elevada del Islam, que había intentado comprender y había desechado sin curiosidad. "Yo he considerado la sabiduría de los sabios y veo ahora que he matado sin conocimiento de lo que hacía rectamente. Pero ¿qué interés tenía yo por esos hombres?" Con los refugiados en Samarcanda, que venían por miedo a traerle presentes, fue amable. Habló con ellos, les explicó de nuevo los breves acontecimientos de su difunto Shah, que no había sabido conservar su palabra ni defender a su pueblo. Nombró gobernadores de entre ellos y les concedió lo que puede llamarse sufragio en el imperio mongol, una sombra de protección en el "Yassa". Estos hombres iban a ser recogidos por sus nietos dentro de poco. El conquistador sentía los achaques de viejas heridas y parecía comprender que sus últimos días en el mundo se aproximaban. Deseaba tener todo en orden, ver la rebelión sofocada y el "Yassa" observado, y sus hijos con autoridad. Envió por los caminos de posta una convocatoria a todos los altos jefes para que asistiesen a un gran consejo, sobre el río Syr cerca del lugar donde por vez primera había entrado en Karesmia.

CAPÍTULO XXI

LA CORTE DE LOS PALADINES

EL LUGAR elegido para la reunión fue una pradera de siete leguas de circuito, lugar ideal para el pensamiento mongol, porque las aves acuáticas llenaban los fangales del río y faisanes dorados volaban a ras de la fresca hierba. Había allí prados abundantes y caza en las partes bajas. Era a principios de la primavera, el mes de la "Kurultai". Puntuales empezaron a llegar los caudillos de la horda. Únicamente el laborioso Subotai, llamado de Europa, llegó un poco después. Vinieron de todos los cuadrantes águilas del imperio, generales, de lejanas fronteras, errantes "tarkhans", reyes tributarios, embajadores. Habían viajado mucho para asistir a esta reunión nómada y no llevaban consigo una humilde comitiva. Las "kibitkas" de Catay llegaron conducidas por parejas de bueyes y cubiertas de seda. Sobre sus plataformas ondeaban las banderas conquistadas. Los jefes de las laderas del Tibet tenían sus vagones cubiertos, dorados y laqueados, arrastrados por hileras de peludos "yaks", animales muy preciados de los mongoles, de anchos cuernos y sedosas colas blancas. Tulí, señor de la guerra, venía de Korassan, trayendo filas de camellos blancos. Chatagai descendía de las comarcas nevadas, conduciendo un centenar de millares de caballos. Estos oficiales de la horda se adornaban con telas de oro y plata, se cubrían con capotes de cebellina y se envolvían en pieles de lobo gris plateado, para proteger sus galas.

De T'ian shan vino el Idikut de los ugures, el más estimado de todos los aliados, y el León Rey de la gente cristiana, jefes kirghises, carianchos, que

rendían su obediencia al conquistador, turcomanos de largos miembros en ropajes imponentes. Los caballos, en lugar de lucir gualdrapas, iban enjaezados con sonoras mallas; los arneses, lustrados con bruñido trabajo de plata, deslumbraban de joyas. Del Gobi llegó el muy estimado y joven Kubilai, el hijo de Tulí, de nueve años de edad. Había sido autorizado para agregarse a la primera reunión, acontecimiento importante para este nieto del emperador. Gengis Kan, con su propia mano, completó la ceremonia de la iniciación. Los caudillos de las hordas se reunían ahora en el lugar de la "Kurultai", pabellón blanco tan grande que podía cobijar a dos mil hombres. Tenía una entrada que sólo podía utilizar el Kan. Los guerreros, con sus escudos, en la gran entrada frente al sur, era únicamente una rutinaria montada. Tan rígida era la disciplina en la horda y tan firmemente establecida estaba la costumbre del imperio, que ninguna persona, sin autorización, se aventuraba por los cuarteles del conquistador.

Así como al principio llevaban al Kan, al Gobi, caballos, mujeres y armas capturados, los jefes de la horda y los reyes tributarios ofrecíanle ahora presentes de una nueva clase, lo mejor de los tesoros recogidos en medio mundo. "Nunca, dice la crónica, se había visto tal esplendor. En lugar de la leche de yegua, los príncipes del imperio tenían hidromiel y vinos blancos y dorados de la Persia. El Kan mismo mostraba su predilección por los vinos del Shiraz. Se sentaba en el áureo trono de Mohamed, que había traído de Samarcanda, y a su lado .descansaban el cetro y la corona del difunto emperador del Islam". Cuando el consejo se reunió, asistió a él la madre del sultán mahometano con cadenas en las muñecas. Debajo del trono se colocó un cuadrado de fieltro gris, tejido de pelo de animales, como símbolo de la antigua autoridad sobre el Gobi.

A los caudillos que estaban reunidos, les relató Gengis las campañas de los tres años últimos. "Yo he conseguido gran poder —les dijo gravemente— por obra del "Yassa". Vivid obedientes a las leyes". El perspicaz mongol no predicó las palabras en ostentación de sus hazañas. Su propósito era conseguir obediencia a las leyes. El no necesitaba aconsejar ni guiar en persona a sus oficiales. Estos eran aptos para hacer la guerra por su propio acuerdo, y vio claramente el peligro de una división entre ellos. Para dar idea de la extensión de sus conquistas, hizo

pasar ante el trono, uno por uno, a todos los embajadores que le visitaban. A sus tres hijos les dijo unas palabras de consejo: "No permitáis que la disputa se introduzca entre vosotros. Sed fieles y constantes a Ogotai". Después de un mes de fiestas en la "Kurultai", llegaron a este concurso los dos huéspedes mejor recibidos: Subotai, que venía de los límites de Polonia trayendo consigo a Juchi. El veterano orkhon había buscado a Juchi, el primogénito y le persuadió de que asistiera al consejo y compareciera ante su padre. De este modo, Juchi se presentó al Kan y se arrodilló oprimiendo su mano contra su frente. El viejo conquistador, que quería mucho a Juchi, se congratuló, aun cuando no hizo ostentación de su afecto.

El conquistador de las estepas había traído cien mil caballos kipchakas como presente para su señor. Desdeñando la corte, Juchi pidió permiso, que le fue concedido, para volver al Volga. El concurso se disolvió. Chatagai volvió a sus montañas y las hordas tomaron el camino de Karakorum. El cronista dice que cada día de viaje, Gengis Kan llamaba a Subotai para que le relatase sus aventuras por el Occidente del mundo.

CAPÍTULO XXII

EL FIN DE LA OBRA

GENGIS KAN no estaba destinado a pasar sus últimos años en sus lugares nativos. Todo lo había preparado para sus hijos, excepto dos cosas: bien sabía el viejo Kan que dos poderes hostiles subsistían aún en el mundo: el molesto rey de Hia, cerca del Tibet, y el antiguo Sung, al sur de la China. Pasó una estación entre sus gentes, en Karakorum, al lado de Burtai, y en seguida montó a caballo de nuevo. Envió a Subotai la orden de invadir las tierras del Sung, y él mismo asumió la tarea de sojuzgar, para siempre, a los "clanes" desiertos de Hia. Y así lo hizo. Marchando en invierno por los fangales helados, encontró a sus enemigos de otros días, restos de catayanos, ejércitos de la China occidental, turcos y fuerzas de Hia, dispuestos a recibirle. La crónica no da un reflejo de aquel espectáculo de destrucción. Los guerreros mongoles cubiertos de pieles, cruzaban el hielo de un río. Los aliados, al parecer victoriosos, cargaban en masa sobre los veteranos del centro del Kan, el corazón de la horda. Trescientos mil hombres —dícese— perecieron allí.

Luego vino la segunda siega. Engañados, desalentados, perseguidos, huyeron los guerreros aliados supervivientes. Todos los hombres capaces de llevar armas fueron condenados a muerte en el camino de la horda. El rey de Hia, que se había refugiado en una ciudadela de la montaña, defendida por gargantas azotadas por la ventisca, envió su sumisión al inexorable Kan, ocultando su odio y su desesperación bajo la máscara de la amistad, y rogando que el pasado fuese olvidado. "Decid a vuestro señor —replicó Gengis Kan a los enviados— que yo no deseo recordar el pasado y le conservaré en amistad".

Mas el Kan no podía poner fin a la guerra. Había que humillar a las gentes

del Sung, del mismo modo que lo habían sido los aliados. La horda marchó a mediados del invierno hacia los límites de la antigua China. El sabio Ye-Lui Chut-sai se atrevió a protestar contra el aniquilamiento del Sung. "Si matas a esta gente, ¿cómo entonces te ayudarán o harán la riqueza para tus hijos?" El viejo conquistador reflexionó, recordando quizás que, después de haber visto convertidas en desiertos las antes populosas tierras, los sabios de Catay habían coadyuvado a poner las cosas en orden, y contestó inesperadamente: "Sé tú, entonces, señor de los pueblos sometidos, y sirve fielmente a mis hijos".

Pero no podía olvidar la conquista militar del Sung, que al fin debería llevarse a cabo. Conservó su montura y condujo sus ejércitos a cruzar el río Amarillo. Aquí supo la muerte de Juchi, en las estepas. Declaró que deseaba estar solo en su tienda y se afligió hondamente, en silencio, por la pérdida de su primogénito. No hacía mucho que, cuando el hijo pequeño de Ogotai fue muerto delante de él, en Bamiyan, el Kan había mandado al afligido padre que no demostrase pesar. "Obedéceme en esto. Tu hijo ha sido muerto. Te prohíbo que llores". No demostró exteriormente en este caso la congoja que la muerte de Juchi le había causado. Las hordas siguieron adelante. La práctica continuó como de costumbre. Pero el Kan hablaba menos con sus oficiales y ni las nuevas de una victoria reciente, cerca del Caspio, lograron animarle o arrancarle un comentario o elogio de ella. Cuando entró la horda en un pinar compacto donde la nieve permanecía en tinieblas, a pesar de que el sol calentaba, mandó hacer alto. Ordenó a los correos que cabalgasen velozmente en busca de su hijo más cercano, Tulí, que estaba acampado no lejos de allí. Cuando el Señor de la Guerra, ahora hombre maduro, desmontó en la "yurta" del Kan, encontró a su padre tendido sobre el tapiz; cerca del fuego, envuelto en vestiduras de fieltro y cebellina. "Es claro para mí —dijo el viejo mongol al saludar a su hijo— que voy a dejarlo todo e irme".

Hacía algún tiempo que estaba enfermo y esta enfermedad —lo comprendía ahora— estaba minando su vida. Llamó a su lado a los jefes de la horda, y mientras que éstos, arrodillados con Tulí, escuchaban atentamente sus palabras; les dio claras instrucciones para que llevaran la guerra contra el Sung,

guerra que él había empezado pero que no podía acabar. Especialmente, Tulí, tenía que tomar posesión de todas las tierras del Este, y Chatagai de las del Oeste. —Otogai había de ser superior a ellos: el Ka kan de Karakorum. — Como nómada, falleció y dejando a sus hijos el más grande de los Imperios y el más destructor de los ejércitos, como si su patrimonio, no hubiera sido más que tiendas y rebaños. Era el año de 1227, año del ratón en el ciclo de los doce animales.

La crónica dice que Gengis Kan hizo preparativos en su última enfermedad para la destrucción del rey de Hia, su viejo enemigo, que estaba entonces en camino hacia la horda. Ordenó que su muerte permaneciera secreta hasta que fuera conveniente divulgarla. Ante la blanca "yurta" del conquistador, que se levantaba separada del resto del campo, clavóse una lanza con la punta hacia la tierra. Los astrólogos y sabios que llegaron para ver el Kan fueron retenidos por la guardia, y sólo los altos oficiales entraron, como si su caudillo estuviese enfermo y les diese instrucciones desde el lecho. Cuando el monarca del Hia y su comitiva alcanzaron a los mongoles, fueron invitados a un festín, recibieron vestidos de honor y fueron sentados entre los oficiales de la horda. Después fueron asesinados todos los de Hia, hasta el último hombre.

Privados de Gengis Kan, aterrados por la muerte del jefe que parecía invencible y que les había hecho señores de todo lo que pudieran desear, los Orkhones y príncipes de la horda regresaron al Gobi, escoltando el cuerpo, Antes del entierro había que mostrar el cuerpo al pueblo y conducirlo al lugar habitado por Burtai, la primera esposa. Gengis Kan había muerto en las tierras del Sung, y para impedir que sus enemigos conociesen la pérdida sufrida por los mongoles, los guerreros que escoltaron el coche fúnebre iban matando a todos los que encontraban en su camino hasta que alcanzaron los límites del desierto. Allí los hombres de la horda, los veteranos de las largas guerras, plañían en alta voz cuando caminaban junto al coche fúnebre. Les parecía increíble que el gran Kan hubiera cesado de cabalgar delante del estandarte y que ellos no fuesen enviados de acá para allá, según su voluntad. "Oh, señor, "Bogdo"! —gritaba un "tarkhan" de cabellos grises—, ¿podrás tú dejarnos? Tu tierra natal y tus ríos te esperan; tu afortunada tierra, con su casa dorada, rodeada de tus héroes, te espera, ¿por qué

has de dejarnos en esta tierra cálida, donde tantos enemigos yacen muertos?"

Otros empezaron sus quejidos cuando cruzaron el lecho del erial. De esta forma ha descrito el cronista su lamento:

En otro tiempo, tú descendiste como un halcón; ahora un carro chirriante te conduce.

¡Oh, mi Kan! ¿Es verdad que has abandonado a tu esposa, a tus hijos, al consejo de tu pueblo?

¡Oh, mi Kan! Volando con orgullo, como un águila, nos guiaste en otro tiempo; pero ahora has tropezado y has caído.

El conquistador fue conducido a su tierra; no a Karakorum, sino a los valles en donde había luchado por la vida, siendo muchacho: al ancestral patrimonio. Los correos de la horda montaron y galoparon por las praderas llevando a los Orkhones, príncipes y generales distantes, la nueva de la muerte de Gengis Kan. Cuando el último jefe llegó y desmontó ante la "yurta" mortuoria, el cuerpo fue conducido a su lugar de reposo, probablemente al bosque que él mismo había indicado. Nadie conoce el lugar exacto del enterramiento. La tumba fue cavada debajo de un árbol corpulento. Los mongoles afirman que un "clan" quedó exento de los deberes militares y encargado solamente de vigilar el lugar. [*] El incienso fue quemado continuamente en la arboleda, hasta que el bosque circundante creció tan espeso que el corpulento árbol se confundió con sus compañeros y se desvaneció toda huella de la tumba. (Véase la nota XI: "La tumba de Gengis Kan").

[*] Un descendiente del conquistador, el príncipe de Kalachin, cree que el Gran Kan fue enterrado en la comarca Ordu entre la curva del Hoang y la muralla, cerca de Etjen Koro. En esta comarca hacían los mongoles cada año las ceremonias en la tumba, conduciendo de un lado a otro la espada, la montura, y el arco de Gengis Kan. Existe también entre los mongoles una leyenda, según la cual cada año aparece sobre la tumba un caballo blanco

CUARTA PARTE

EPILOGO

TRANSCURRIERON dos años de duelo, durante los cuales Tulí permaneció en Karakorum, como regente. Pasado este tiempo, los príncipes y generales regresaron al Gobi para elegir nuevo Kan o emperador, según los deseos del difunto conquistador. Venían como monarcas, con derecho propio, el derecho de herencia, por la voluntad de Gengis Kan: Chatagai, el de tosco temperamento, el hijo mayor, llegaba del Asia central y tierras mahometanas; Ogotai, el del buen humor, venía de las llanuras de Gobi; Batu, "el espléndido", hijo de Juchi, regresaba de las estepas de Rusia. Todos habían crecido, desde la juventud hasta la edad viril, como hombres del clan mongol. Ahora eran dueños de grandes partes del mundo, con sus riquezas, que ellos ignoraban. Eran asiáticos, criados entre bárbaros. Cada uno de los cuatro tenía un ejército poderoso a sus órdenes. Poseían en sus nuevos dominios el gusto del vino y del lujo. "Mis descendientes —había dicho Gengis Kan— se adornarán con telas recamadas de oro, se nutrirán de carne y montarán caballos espléndidos. Estrecharán entre sus brazos a mujeres jóvenes y hermosas y no pensarán en aquel a quien deben todas estas cosas apetecibles".

Era natural que disputasen entre sí e hiciesen la guerra por su herencia. Y era, además, casi inevitable después de aquellos dos años. Sobre todo, en el caso de Chatagai, que era ahora el mayor y estaba facultado, por la costumbre mongola para reclamar el Kanato. Pero la voluntad del difunto conquistador había quedado harto grabada en las almas. La disciplina, establecida por mano de hierro, los

conservó unidos. Obediencia y fidelidad entre los hermanos, fin de las querellas, el "Yassa" mismo. Muchas veces les había advertido Gengis Kan que el Imperio podía deshacerse, y ellos mismos perderse, si no se unían. Gengis comprendió que el nuevo imperio no podía conservarse más que estando sometido a la autoridad de un hombre. Y había escogido como su sucesor, no al belicoso Tulí, ni al inflexible Chatagai, sino al generoso y sencillo Ogotai. Un penetrante conocimiento de sus hijos le había dictado esta lección. Chatagai no se hubiera sometido jamás a Tulí, el más joven. Por su parte el Señor de la Guerra no hubiera servido mucho tiempo a su tosco hermano mayor. Cuando los príncipes se reunieron en Karakorum, Tulí, el "Ulugh Noyon", el Mayor de los Nobles, resignó su regencia. Fuéle preguntado a Ogotai si aceptaba el trono. El Señor del Consejo rehusó diciendo que no era digno de ser honrado sobre sus tíos y hermano mayor. Ya sea porque Ogotai se obstinase o porque los augurios le fueran adversos transcurrieron cincuenta días de incertidumbre y ansiedad. Entonces los Orkhones y guerreros ancianos fueron a ver a Ogotai y le dijeron airadamente: "¿Qué haces tú? ¡El mismo Kan te había escogido por sucesor! Tulí unió su voz, repitiendo las últimas palabras de su padre, y Ye-Lui Chut-sai, el sabio catayano, tesorero real, empleó todo su saber en prevenir una posible calamidad. Tulí, turbado, preguntó al astrólogo si este día no era adverso. "Después de esto —contestó inmediatamente el catayano—, ningún día puede ser favorable". Y apremió a Ogotai para que ocupara sin dilación el trono áureo sobre el estrado cubierto de fieltro. Cuando el nuevo emperador lo hizo, Ye-Lui Chut-sai fue al lado de Chatagai y le *dijo:* "Eres el mayor, pero eres un súbdito. Siendo el mayor, aprovecha este momento para ser el primero en postrarte ante el trono". Después de un momento de vacilación, Chatagai se arrodilló ante su hermano, y todos los oficiales y nobles del consejo siguieron su ejemplo. Ogotai fue reconocido Ka Kan. Salieron todos e inclinaron sus cabezas en dirección el Sur. La multitud en el campo, hizo lo mismo.

Se sucedieron los días de festejos. El tesoro que Gengis Kan había dejado, las riquezas reunidas, procedentes de todos los ámbitos del mundo, se repartieron

entre los demás príncipes y oficiales del ejército.* Ogotai perdonó a todos los hombres acusados de maledicencia desde la muerte de su padre. Para un mongol de su época reinó tolerantemente y escuchó los consejos de Ye-Lui Chut-sai♣ que trabajaba con heroica fortaleza por consolidar el Imperio de sus señores con una mano, e impedir con la otra que los mongoles siguiesen aniquilando seres humanos. En cierta ocasión en que Subotai, el terrible orkhon, que hacía la guerra en unión de Tulí por tierras de Sung, deseaba degollar a los habitantes de una gran ciudad, osó oponerse el sabio canciller, diciendo: "Durante todos estos años, en Catay, nuestros ejércitos han vivido de las cosechas y riquezas de esta gente. Si destruimos los hombres, ¿de qué nos servirá la tierra desnuda?" Ogotai accedió al punto, y las vidas de millón y medio de chinos, que estaban dentro de la ciudad, fueron perdonadas. Ye-Lui Chut-sai estableció en forma regular la recaudación de tributos; una cabeza de ganado por cada cien mongoles, y una cantidad determinada de plata y seda cada familia de Catay. También aconsejó a Ogotai que nombrase a los catayanos ilustrados altos jefes de la tesorería y de la administración. "Para hacer una vasija —indicó—, te vales de un alfarero. Para conservar las sumas y los informes, debes emplear hombres instruidos". "Bien —replicó el mongol— haz uso de ellos".

En tanto que Ogotai construía para sí un palacio, Ye-Lui Chut-sai fundaba escuelas para los jóvenes mongoles. Quinientos vagones llegaban cada día a Karakorum, llamada ahora "Ordubaligh" (la corte), conduciendo provisiones, grano y mercaderías preciosas para los almacenes y el erario del emperador. El poder de los Kanes del desierto estaba firmemente asentado sobre la mitad del mundo. Al contrario de lo que sucedió al Imperio de Alejandro, los dominios del conquistador permanecían intactos después de su muerte.

---

* Existe una leyenda, según la cual cincuenta mujeres hermosas, con vestidos enjoyados, y cuarenta garañones fueron conducidos a la tumba de Gengis Kan para ser sacrificados.

♣ Véanse notas XII y XIII *"Yeu-Lui Chut-sai y Ogotai".*

Gengis había reducido los clanes mongoles a la obediencia de un gobernante. Les había dado un código rígido, primitivo sí, pero bien adaptado a sus fines; y durante su caudillaje militar, había puesto las bases de la administración del Imperio. En esta última labor, su auxiliar más valioso fue Ye-Lui Chut-sai.

La mayor herencia que el conquistador dejó a sus hijos fue, sin duda, el ejército mongol. Ogotai, Chatagai y Tulí organizaron a su gusto sus hordas, sus ejércitos personales, como pueden llamarse. Pero el sistema de movilización, de adiestramiento y de maniobras en la guerra subsistía tal como Gengis Kan lo había establecido. Además, con Subotai y otros generales tenían los hijos del mongol veteranos sumamente aptos para la tarea de extender el Imperio. Gengis había inculcado en sus hijos y súbditos la idea de que los mongoles eran señores naturales del mundo. Había roto la resistencia de los Imperios más poderosos; de manera que la terminación de la obra fue, relativamente, sencilla para ellos y para Subotai. Podía considerarse el ejército como una barredora pasado el primer avance.

En los primeros años del reinado de Ogotai, un general mongol, Charmagan, derrotó a Jelal-ed-Din y acabó con él, consolidando las regiones del oeste del Caspio y a Armenia. Durante el mismo tiempo, Subotai y Tulí avanzaban al extremo sur del Hoang Ho y sojuzgaban el resto de los chinos. En 1235, Ogotai celebró un consejo, en el cual fue decidida la segunda gran invasión de la conquista mongola. Batu, primer Kan de la horda áurea, fue enviado con Subotai al oeste, para desdicha de Europa, hasta el Adriático y las puertas de Viena.[*] Otros ejércitos marcharon a Corea, China y la Persia meridional.

Los diez años siguientes fueron pródigos en encontrados acontecimientos: la creciente enemistad entre la casa de Chatagai y la de Ogotai; la breve aparición de Kuyuk, que no se sabe si fue cristiano nestoriano, pero que gobernó con ministros cristianos (uno de ellos el hijo de Ye-Lui Chut-sai) y que construyó una

---

* "La paz que reinaba en el Oriente fue funesta para Europa". Abel Remusat. Véase la nota sobre *Subotai en Europa.*

capilla delante de su tienda. Después pasó el gobierno de la casa de Ogotai a los hijos de Tulí, Mangu y Kubilai Kan.* Y la tercera y más extensa invasión arrasó el mundo.

Hulagu, el hermano de Kubilai, ayudado por el hijo de Subotai, invadió la Mesopotamia, tomó Bagdad y Damasco, destruyendo para siempre el poder de los Califas y llegó casi a la vista de Jerusalén. Antioquia, conservada por los descendientes de los cruzados cristianos, llegó a someterse a los mongoles, que llegaron en el Asia Menor hasta Esmirna y casi a una semana de camino de Constantinopla. Y casi al mismo tiempo, Kubilai lanzó su armada contra el Japón y extendió sus fronteras hasta los estados malayos y más allá del Tibet, hasta Bengala. Su reinado (1259-1294) fue la edad de oro de los mongoles.♣** Kubilai se apartó de las costumbres de sus padres, trasladó la corte a Catay y fue por sus hábitos, más chino que mongol. *** Gobernó con moderación y trató a los pueblos sometidos con humanidad. Marco Polo nos ha dejado un animado cuadro de su corte.

Pero el cambio de la corte a Catay fue el preludio de la disgregación del imperio central. Los IL-Kanes de Persia, descendientes de Hulagu, "que alcanzaron su mayor grandeza bajo Ghazan Kan, alrededor de 1300, se encontraban a excesiva distancia del Ka Kan para estar en contacto con él. Estuvieron a punto de hacerse mahometanos. Idéntica era la situación de la horda dorada en las proximidades de Rusia. Los mongoles de Kubilai estaban convirtiéndose al budismo, y las guerras religiosas y políticas siguieron a la muerte del nieto de Gengis Kan. El imperio mongol se deshacía gradualmente en reinos independientes. Hacia 1400, un conquistador turco. Timur-i-lang (Tamerlán) unió

---

* * Véase nota XIV: *La última corte de los nómadas.*

♣ ** "Reinó sobre una extensión más dilatada que cualquier mongol o, mejor dicho, que cualquier otro soberano. Fue el primero en gobernar por medios pacíficos. El esplendor de su corte y la magnificencia de su séquito sobrepasaban fácilmente a la de cualquier gobernante occidental". *The Cambridge Medieval History.* Vol. IV. pág. 643.

*** Véase nota XV: *El nieto de Gengis Kan en Tierra Santa.*

el Asia central y porciones de Persia y quebrantó la horda dorada fundada por Batu, hijo de Juchi. Hasta el año de 1368, los mongoles fueron señores de China y fue en el año 1555 cuando perdieron sus últimas plazas fuertes de Rusia por obra de Iván Grodznoi (Iván el Terrible). Alrededor del mar Caspio, sus descendientes, los Uzbegs, fueron una potencia bajo Sharbani, en 1500, y empujaron a Babar, el Tigre, descendiente de Gengis Kan, hacia la India, donde fue el primero de los grandes moghuls. A mediados del siglo XVIII, 600 años después del nacimiento de Gengis Kan, antes de que los últimos descendientes del conquistador abandonasen sus plazas fuertes, los moghuls,* en el Indostán, dieron entrada a los ingleses y el Este se rindió a los ejércitos del ilustre emperador chino K'ien lung. Los Kanes tártaros de la Crimea llegaron a ser súbditos de Catalina la Grande, al mismo tiempo que la infortunada horda del Kalmuk o Torgut evacuaba los pastizales del Volga y emprendía una horrible marcha hacia el Este camino de su primitiva patria, marcha descrita con vivos colores por De Quincey en su "Fligh of a Tartar Tribe". Una mirada al mapa del Asia Central, a mediados del siglo XVIII, hace ver el último refugio de los clanes nómadas, descendientes de la horda de Gengis Kan. En los extensos espacios entre el turbulento lago Baikal y el mar salado de Aral (escasamente indicado en los mapas de aquella época) y señalado vagamente como "Tartaria" o "Tartaria Independiente", en las comarcas del continente medio, trashumaban de los prados veraniegos a los inviernos, habitando en "yurtas" de fieltro y conduciendo sus rebaños los Karaitas, los kalmucos y mongoles, ignorantes por completo de que por esos mismos valles había marchado a la muerte el Preste Juan de las Indias y había avanzado, para aterrar al mundo, el estandarte de las nueve colas de yak de Gengis Kan.

Así terminó el imperio mongol disolviéndose en los clanes nómadas, de donde había salido, dejando restos de pacíficos pastores donde antaño los guerreros se agrupaban. El breve y terrible espectáculo de los jinetes mongoles había desaparecido casi sin dejar rastro. La ciudad desértica de Karakorum quedó

---

* Moghuls. Así pronunciaban la palabra mongol los primeros europeos que visitaron la India.

enterrada bajo las olas de arena. La tumba de Gengis Kan quedó oculta en un bosque, cerca de uno de los ríos de su tierra nativa. Las riquezas que el Gran Kan reunió fueron distribuidas entre los hombres que le sirvieron. Ningún túmulo señala el lugar donde yace Burtai, la esposa de su juventud. Ningún mongol ilustrado, contemporáneo suyo, recogió en un poema los acontecimientos de su vida. Sus hazañas las recuerdan casi todos sus enemigos. Tan devastador era su empuje contra la civilización que, virtualmente, un nuevo principio se impuso en medio mundo. Los imperios de Catay, el de Preste Juan, el de Catay Negro, de Karesmia y, después de su muerte, el califato de Bagdad, Rusia y los principados de Polonia, cesaron de existir. Cuando este bárbaro indomable, conquistaba una nación, cesaba toda otra guerra. El curso de la vida, triste o alegre, se alteraba, y entre los supervivientes de una conquista mongol, la paz duraba largo tiempo. Los feudos de sangre de los grandes duques de la antigua Rusia, señores del Twer y Vladimir y Susdal, se hundieron bajo el peso de una gran calamidad. Todas estas figuras de un mundo antiguo se nos aparecen sólo como sombras. Los Imperios se desmoronaron bajo la avalancha mongol, y los monarcas caminaban a la muerte por desiertos pavorosos. No se sabe lo que hubiera acontecido de no vivir Gengis Kan.

Pero lo que aconteció fue la paz mongola. Como la paz romana, hizo que la cultura brotara de nuevo. De un lado a otro se habían mezclado las naciones, o por mejor decir, los restos de ellas. La ciencia y el arte mahometanos fueron introducidos en el lejano oriente; la inventiva china y su habilidad administrativa penetraron en el Oeste. En los desvastados jardines del Islam, los eruditos y los arquitectos gozaron, si no de una edad de oro, al menos de una edad de plata bajo los IL-Kanes mongoles. Y el siglo XIII, el siglo de Yuan, fue notable en China por su magnificencia y literatura, especialmente el teatro. Cuando se realizó de nuevo la coherencia política, después de la retirada de las hordas mongoles, aconteció una cosa muy natural, pero inesperada. Más allá de los bélicos ducados rusos, rugió el imperio del Iván el Terrible: y la China, unida por primera vez por los mongoles, apareció como un reino independiente.

Con la llegada de los mongoles y sus enemigos los mamelucos, terminó el

largo capitulo de las cruzadas; porque, bajo el dominio mongol, los peregrinos cristianos pudieron visitar seguros el Santo Sepulcro, y los mahometanos el templo de Salomón. Por primera vez, los sacerdotes de Europa podían aventurarse en la lejana Asia, e iban a ella buscando en vano al "viejo de la montaña", que había atormentado a los cruzados, y los reinos de Preste Juan y de Catay. En esta gran sacudida de seres humanos, quizá fuese el resultado más vital la destrucción del absorbente poder del Islam. Con la hueste de Karesmía desapareció el poderío principal mahometano, y con Bagdad y Bokhara se desvaneció la antigua cultura de los Califas e "imans". El árabe dejó de ser, en medio mundo, el idioma universal de los eruditos. Los turcos fueron arrojados del Oeste, y un "clan", el de los othmanos (llamados ottomanos), llegó a ser, con el tiempo, señor de Constantinopla. Un lama de rojo sombrero, llamado del Tibet para presidir la coronación de Kubilai, llevó de sus montañas la jerarquía de los monjes de Lhassa. Gengis Kan, el destructor rompió las barreras de las obscuras edades. Abrió carreteras, y Europa entró en contacto con las artes de Catay. En la corte de su hijo, príncipes armenios y nobles persas se reunían con príncipes rusos. Una eclosión general de ideas siguió a la apertura de los caminos; una continuada curiosidad, respecto a la lejana Asia, aguijoneó a los europeos. Marco Polo siguió a Fray Rubriquis en Kambalu. Dos siglos después, Vasco de Gama se puso en marcha para encontrar el derrotero hacia el mar de las Indias y Colón salió para alcanzar, no las Américas, sino la tierra del Gran Kan.

NOTAS

I

LAS MATANZAS

EL HÓRRIDO aparato de la muerte, que aparece en el rastro de los jinetes mongoles, no ha sido pintado en este libro con todos sus detalles. La matanza, que arrojó pueblos enteros en el dolor de la muerte, ha sido narrada en las historias generales de los mongoles, escritas por europeos, mahometanos y chinos. No hemos aludido casi a escenas de carnicería como la destrucción de Kiev, la Corte de las Cabezas Áureas, como los mongoles llamaban a la antigua ciudadela, con sus domos dorados. El martirio de los viejos, las violaciones de las jóvenes, el acoso de los niños, terminó en una completa desolación, que llegó a ser más espantosa por la pestilencia y hambre que la acompañaron. Las emanaciones de los cuerpos corrompidos fueron tan intensas que aun huyen los mongoles de esos parajes, y los llaman "Mou-baing", la ciudad del dolor, los historiadores encontrarán un sentido esencial en esta inaudita mutilación de reconstrucción subsiguiente de razas humanas. El empuje de los mongoles, conducidos por Gengis Kan, está bien resumido por los autores de la *Cambridge Medieval History.* "Desenfrenados por el valor humano, fueron hábiles para vencer los terrores de los extensos desiertos, las barreras y montañas y mares, los rigores de los climas y los estragos del hambre *y* de la pestilencia. Ni los peligros les amedrentaban ni las plazas fuertes podían resistirles, ni las súplicas de perdón los conmovían. . . Estamos frente a un nuevo poder de la historia, con una fuerza que iba a dar un fin brusco, como un *Deus ex machina,* a muchos dramas que de otro modo podrían haber terminado en estancamiento o haber proseguido en un curso interminable".

Este "nuevo poder de la historia", la habilidad de un hombre para modificar la civilización humana, empezó con Gengis Kan y terminó con su nieto Kubilai,

cuando el Imperio mongol empezó a deshacerse. No reapareció después.

No hemos intentado hacer aquí ni la apología ni la crítica de Gengis Kan. Hemos visto que la mayor parte de nuestros conocimientos acerca del conquistador, se basan en los informes dados por europeos persas y sirios medievales, que con los propios chinos, fueron las principales víctimas de la destrucción mongol. César escribió sus memorias de la conquista de las Galias. Alejandro tuvo a Arriano o Quinto Carcio. Encontramos en Gengis Kan, cuando contemplamos al hombre en su propio ambiente, un gobernante que no condenó a muerte a ninguno de sus hijos o gerentes, aunque Juchi y Kasar, su hermano, le ofrecieron ocasión para haber sido cruel. También pudo haber ejecutado a los oficiales que se dejaron derrotar. Embajadores de todos los países llegaron hasta él y volvieron felizmente. Ni vemos que martirizase a sus prisioneros, salvo en circunstancias excepcionales. Las naciones belicosas y allegadas fueron tratadas por él con benignidad, como lo fueron por sus descendientes los Karaitas, los ugures y "Lia-tung" —los hombres de hierro—, así como los armenios, georgianos y los restos de los cruzados. Gengis Kan procuraba salvar cuanto juzgaba que pudiera ser útil para sí o para su pueblo. El resto, lo destruía. Cuando avanzó, lejos de sus prados natales, y entró en civilizaciones extrañas, esta destrucción llegó a ser casi universal.

Actualmente empezamos a comprender cómo este inaudito aniquilamiento de vidas humanas y trabajos merecieron el anatema de los mahometanos; del mismo modo que el genio sin igual de Gengis Kan conquistó la veneración de los budistas. Gengis Kan no hizo la guerra al mundo por una religión, como Mahoma el profeta, o por afán de engrandecimiento personal y político como Alejandro y Napoleón. Esto es lo que nos ha despistado. La explicación del misterio descansa en la simplicidad primitiva del carácter mongol. Gengis tomó del mundo lo que deseaba para sí y sus hijos y lo hizo por medio de la guerra, porque no conocía otros caminos. Lo que no deseaba, lo destruía, porque no sabía qué hacer con ello.

NOTA II

EL PRESTE JUAN DE ASIA...

DURANTE la mitad del siglo XII, llegaron a Europa noticias de las victorias de un monarca cristiano del Asia, "Johannes Presbyter, Rex Arwmeniae et Indiae", sobre los turcos. Investigaciones de nuestros días aseguran que esta primera noticia de un rey cristiano al Este de Jerusalén, viene de las narraciones acerca de las victorias ganadas sobre los mahometanos por Juan, alto condestable de Georgia, en el Cáucaso, región vagamente asociada entonces con Armenia y .la india. Se recordó, que los tres Reyes Magos habían salido de esta región. El espíritu de cruzada muy encendido en Europa, y la historia de un soberano cristiano todopoderoso, en el Asia lejana, fueron muy divulgados. Los cristianos nestorianos, arrojados de Armenia a Catay, juzgaron conveniente escribir una carta al Pontífice Alejandro III, explicando que eran del Preste Juan y describiendo infinitos esplendores y maravillas, a la manera medieval, desfiles por el desierto, un séquito de setenta reyes, animales fabulosos y una ciudad sobre las arenas. En suma, un precioso sumario de los mitos de la época.

Pero lo .que había de exacto en la descripción era lo correspondiente a Wang Kan (pronunciado por los nestorianos Uang Kan o "Rey Juan") de los Karaitas, que eran cristianos en su mayor parte. La ciudad de Karakorum pudo bien ser llamada la plaza fuerte de los olvidados nestorianos de Asia. Era una ciudad del desierto, y en ella había un emperador, que tenía Kanes o reyes por súbditos. Varias crónicas mencionan la conversión de un rey de los "Keritas". Marco Polo descubrió en Wang Kan al actor que desempeñaba el vago papel de Preste Juan.

NOTA III

LAS LEYES DE GENGIS KAN

1* Está mandado creer que existe solamente un Dios, creador de los cielos y de la tierra, único que da la vida y la muerte, la riqueza y la miseria, según le place, y que tiene sobre todas las cosas un poder absoluto.

2*. Los jefes de una religión, predicadores, monjes, personas que se dedican a las prácticas religiosas, almuédanos de las mezquitas, médicos y aquellos que bañan completamente los cuerpos, están exentos de las cargas públicas.

3* Está prohibido, bajo pena de muerte, que nadie, sea quien fuese, se proclame emperador, a menos que haya sido elegido previamente por los príncipes, oficiales y otros nobles mongoles en consejo general.

4*. Está prohibido ostentar títulos honoríficos a los jefes de las naciones y "clanes" súbditos de los mongoles.

5*. Está prohibido hacer la paz con un monarca, un príncipe o un pueblo, que no se haya sometido.

6*. Los hombres del ejército se dividen en decenadas, centenadas, millares y diez millares. Esta distribución sirve para movilizar el ejército en poco tiempo y para formar las unidades de mando.

7*. En el momento en que empieza una campaña, cada soldado recibirá sus armas de manos del oficial a cuyas órdenes sirva. El soldado deberá conservarlas y serán inspeccionadas antes de la batalla.

8*. Está prohibido, bajo pena de muerte, saquear al enemigo antes que el mando general dé el permiso. Pero, después que se concedía este permiso, el soldado podrá aprovechar las mismas ocasiones que el oficial y deberá conservar lo que haya recogido puesto que tiene que pagar su parte al depositario del

emperador.

9*. Para tener adiestrados a los hombres del ejército, se celebrará una cacería cada invierno. Para esta ocasión se prohíbe a todo hombre del imperio matar entre los meses de marzo y octubre, ciervos, gamos, corzos, liebres, asnos salvajes y determinados pájaros.

10*. Esta prohibido degollar para comerlos, los animales cobrados; deberán ser atados, abierto el pecho y sacado el corazón por la mano del cazador.

11*. Está permitido comer sangre y entrañas de los animales, aun cuando estuviese prohibido antes de ahora.

12*. (Listas de privilegios e inmunidades concedidas a los jefes y oficiales del nuevo Imperio).

13". Todo hombre que no vaya a la guerra, deberá trabajar para el Imperio durante cierto tiempo, sin remuneración.

14*. Los hombres acusados de robo de un caballo o de un buey, o de una cosa de igual valía, serán condenados a muerte. Su cuerpo será cortado en dos partes. Para los hurtos la pena será de acuerdo con el valor de la cosa robada, un número determinado de palos: siete, diecisiete, veintisiete, hasta setecientos. Pero este castigo corporal puede conmutarse, pagando nueve veces el valor de la cosa robada.

15*. Ningún súbdito del imperio puede tomar por criado o esclavo a un mongol. Todo hombre, excepto en casos contados, deberá reunirse al ejército.

16*. Para impedir la huida de los esclavos extranjeros, está prohibido, bajo pena de muerte darles asilo, alimento o vestidos. Todo hombre que encuentre a un esclavo fugitivo y no lo devuelva a su dueño, será castigado con la misma pena.

17*. Las leyes del casamiento ordenan que cada hombre tenga su esposa. El casamiento entre el primero y segundo grados de parentesco, está prohibido. Un hombre puede casarse con dos hermanas o tener varias concubinas. Las mujeres atenderán el cuidado de la propiedad, comprando y vendiendo a su voluntad. Los hijos nacidos de la primera mujer serán honrados sobre los otros hijos y heredarán todo.

18*. El adulterio será castigado con la muerte, y los acusados de adulterio pueden ser muertos al punto.

19*. Si dos familias desean unirse y solamente tienen niños jóvenes, está permitido el casamiento de estos niños, si el uno es muchacho y la otra una muchacha. Si los niños mueren, el casamiento concertado puede contractarse, sin embargo.

20* Está prohibido bañarse o lavar los vestidos en agua corriente durante la tempestad.

21*. Los espías, testigos falsos y todos los hombres dados a vicios infames, o hechiceros, serán condenados a muerte.

22*. Los oficiales y jefes que falten a su deber o no acudan a la llamada del Kan, serán muertos, especialmente los de los distritos apartados. Si su falta es menos grave deberán venir en persona ante el Kan.

Estos ejemplos de los leyes de Gengis están traducidos de Pétit de la Croix, que explica que no le ha sido posible obtener una lista completa de las leyes — "Yassa Gengiscani" —. Recogió estas veintidós reglas de varias fuentes: los cronistas persas, Fray Rubriquis y Carpini. Esta lista es notoriamente incompleta y procede de fuentes extranjeras. La explicación de la curiosa ley décima se encuentra probablemente en prejuicios religiosos, así como la forma de sacrificar el ganado para ser comido. La regla undécima parece publicada para dejar establecido un posible modo de alimento en tiempos de hambre. La ley vigésima, relativa al agua y al trueno, la explica Rubriquis diciendo que se propone evitar que los mongoles (que sentían terror del trueno) se arrojasen a los lagos y ríos durante una tormenta. Pétit de la Croix dice que el "Yassa" de Gengis Kan fue continuado por Timuti-lang. Babar, el primero de los moghuls (mongoles) de la India, dice: "Mis abuelos y mi familia observaron siempre, religiosamente, las reglas de Chengiz. En sus cortes, sus festivales y entretenimientos, en sus decaimientos y medros, nunca actuaron contrariamente a las instituciones de Chengiz". — *(Memoirs of Babar Emperor of Hindustan.* Edición Erskine y Leyden, 1826, página 202).

NOTA IV

LA FUERZA NUMÉRICA DE LA HORDA MONGOLA

ES UN error común, y casi natural, entre los historiadores, el describir el ejército mongol como una dilatada multitud. Ni el mismo doctor Stanley Lane-Poole, una de las autoridades modernas más sobresalientes, puede resistir a la inevitable tentación y hablar de "Ohingkiz-Khan, seguido por hordas de nómadas, sin número como las arenas del mar". (Turkey: "Historia de las Naciones"). Pero nuestro conocimiento de los mongoles ha avanzado suficientemente, rebasando las ideas de Mateo Paris y los monjes medievales. Estamos seguros de que la horda de Gengis Kan no era, como la de los hunos, una masa migratoria, sino un disciplinado ejército de invasión. El personal de la horda está enumerado del modo siguiente por sir Henry Howorth:

Guardia Imperial......................... …	1 000
Centro a las órdenes de Tulí............	101 000
Ala derecha............................. ……	47 000
Ala izquierda............................ ….	52 000
Otros contingentes........................	29 000
	230 000

Esta es al parecer, la fuerza del ejército en la época de la guerra contra el sultán y en el Oeste. Es, pues, la mayor fuerza reunida por Gengis Kan. Los demás contingentes constaban de 10 000 catayanos y de las fuerzas mandadas

por el Idikut de los ugures y el Kan de Amalyk. Los dos últimos fueron enviados de nuevo, después que la invasión empezó. El brillante erudito León Cadun, sostiene que el ejército mongol no rebasó el número de 30 000. Siendo tres cuerpos de ejército iguales, en este conjunto, además de los 20 000 de Juchi y los aliados, la hueste podría llegar, según este cálculo, a la suma de 150 000 guerreros. Y sin duda, no podía haber subsistido número mayor que éste, durante un invierno, en los áridos valles del Asia superior.

El ejército acaudillado por Gengis Kan, al tiempo de su muerte, constaba de cuatro cuerpos, con la Guardia Imperial, esto es, unos 130 000 hombres útiles, así como a las poblaciones de las tierras del Gobi podemos aproximar el total a no más de 5000 000 almas. De este número no podrían reunirse más de 200 000 efectivos. El brigadier Sir Percy Sykes, en su "Persia" dice, respecto a los mongoles: "Que fueron débiles numéricamente y batallaron a miles de millas de su base". Los cronistas mahometanos exageran habitualmente, atribuyendo a la horda la cuantía de quinientos a ochocientos mil hombres. Pero es evidente que Gengis Kan realizó, durante los años de 1219-1223 la notable hazaña militar de sojuzgar el país que se extiende del Tibet al mar Caspio, con sólo 100 000 hombres, y desde el Dniéper al mar de la China con no más de 250 000 en total. Y de este número, probablemente sólo la mitad fueron mongoles. Las crónicas mencionan 50 000 aliados turcomanos, al final de la campaña. Las fuerzas de Juchi aumentaron por las gentes del desierto de Kinchak. En China, los antepasados de los coreanos manchúes actuales, pelearon bajo el estandarte mongol. En el reinado de Ogotai, hijo de Gengis Kan, la mayoría de las tribus turcas del centro del Asia se unieron a los mongoles que les dieron plétora de lucha. Esas tribus facilitaron la mayor parte del ejército con el cual Ogotai y Batu conquistaron el Oriente de Europa. Sin duda, Ogotai tenía más de medio millón efectivo de guerreros en sus ejércitos, y Mangu y Kubilai, nietos de Gengis Kan, doble número.

NOTA V

EL PLAN DE INVASIÓN MONGOL

LA HORDA de Gengis Kan seguía un plan fijo al invadir una comarca. Este método obtuvo éxito constante, hasta que los mongoles fueron rechazados por los mamelucos, en su avance sobre Egipto, a través del desierto de Siria, hacia 1270.

1°. Una "Kurultai", o consejo general, era convocada en los cuarteles generales del Ka Kan. Todos los altos jefes, excepto aquellos que obtenían autorización para permanecer en el servicio activo, habían de asistir al consejo, donde se discutía la explanada el plan de campaña, determinándose los caminos y escogiéndose las diferentes divisiones para el servicio.

2°. Los espías eran enviados y los delatores eran interrogados.

3°. El país era invadido a la vez por distintos puntos, las divisiones separadas o cuerpos de ejército tenía cada una su general en jefe, que iba hacia un objetivo determinado. Tenía libertad para maniobrar y para atacar al enemigo, según su voluntad, pero mantenía el contacto con los generales del Kan u orkhon.

4°. Las divisiones separadas colocaron cuerpos de observación delante de las grandes ciudades fortificadas, en tanto que el distrito circundante era asolado. Los abastecimientos se obtenían del país, y si la campaña iba a ser de larga duración, se establecía una base temporal. Raramente se defendieron los mongoles en una plaza fuerte. Eran más aptos para sitiarla. Una "tuman" permanecía con los cautivos y las máquinas para el trabajo de sitio, en tanto que el grueso de las fuerzas se ponía en movimiento.

Cuando se enfrentaban en el campo con un ejército enemigo, los mongoles seguían uno de estos dos métodos: Si era posible, sorprendían al enemigo por medio de una marcha forzada de día y de noche, concentrándose dos o más

divisiones mongolas, a una hora dada, en el lugar de la batalla. Así sucedió en la destrucción de los húngaros, cerca de Pesth, en 1241. Si esto no podía hacerse, rodeaban al enemigo y envolvían un flanco mediante la rápida "tulughna" o "vuelta de estandarte". Otro recurso era fingir la huida y retirarse durante varios días, hasta que las fuerzas enemigas quedaban separadas de sus bases y protección. Entonces los mongoles montaban caballos de refresco y volvían al ataque. Esta maniobra ocasionó el desastre a la poderosa hueste rusa cerca de Dniéper. Con frecuencia, en esta retirada ficticia, los mongoles extendían sus líneas hasta que el enemigo quedaba envuelto sin haberse apercibido. Si las tropas enemigas se reunían en masa y luchaban bravamente, podían abrir la línea envolvente mongola y batirse en retirada. Entonces solían ser atacadas en su marcha. Tal fue el destino del ejército de Bokhara.

Muchos de estos recursos fueron puestos en práctica por los autores primitivos, lo Hiung-nu, de quienes descendían, en parte, los mismos mongoles. Los catayanos se acostumbraron a maniobrar en columnas de caballería, y los mismos chinos conocían todas las reglas de la estrategia. Esto permitió a Gengis Kan tener el inflexible acierto y la rara habilidad de hacer lo justo en el momento justo y mantener a sus hombres bajo una disciplina de hierro: "Dicen los chinos, que condujo sus ejércitos como un dios. La forma en que movía los grandes cuerpos de hombres sobre largas distancias, sin esfuerzo aparente; el juicio que mostraba en la dirección de varias guerras en comarcas distantes unas de otras; su estrategia en regiones desconocidas, siempre alerta y sin vacilación; su precaución para intervenir en otras empresas; los sitios que llevó a término feliz; sus brillantes victorias; la serie de "soles de Austerlitz", todo esto combinado constituye un cuadro junto al cual no pueden presentar los europeos nada que lo sobrepase, si verdaderamente tienen alguno que contenga la comparación". Así sintetiza Demetrio Boulger el genio militar del gran Mongol ("A Short History of China", página 110).

NOTA VI

LOS MONGOLES Y LA PÓLVORA

CONOCEMOS muy mal las invenciones de los chinos, antes de que Gengis Kan y sus mongoles se abriesen camino por este Imperio excesivamente recluido. Después de 1211, oímos hablar frecuentemente de la pólvora. Se utilizaba en los "ho-pao" o lanza-fuegos. En un asedio, se menciona el "hopao", quemando y destruyendo torres de madera. La explosión de la pólvora en los lanza-fuegos, hacía "un ruido como trueno, que se oía a una distancia de cien li". Esto equivalía a treinta millas. Pero, probablemente, es una exageración. En el sitio de Kaifong, en 1232, un cronista chino dice lo siguiente: "Cuando los mongoles excavaron hoyos en la tierra, para estar a cubierto de los proyectiles, decidimos envolver con hierro las máquinas llamadas "chien-tien-lei" (una especie de lanza-fuegos) y colocarlas en los lugares donde estaban los zapadores mongoles. Explotaron aquellas y volaron en fragmentos hombres y defensas".

Otra vez, en los tiempos de Kubilai Kan: "El emperador... ordenó que se descargase un cañón; la detonación causó pánico entre las tropas enemigas". El doctor Herbert Gowen, de la Universidad de Washington, cita una referencia japonesa a estas armas mongolas, tomadas del siglo XIV: "Esferas de hierro, como balones, eran enviadas, con un sonido como de ruedas de carro rodando por una pendiente escarpada, y acompañadas de ráfagas semejantes a relámpagos".

Está claro que los chinos y los mongoles conocían el efecto detonante del cañón, y también que sus lanza-fuegos fueron empleados principalmente para incendiar y amedrentar al enemigo. No sabían calcular el cañón e hicieron pocos progresos en estos proyectiles, pendientes aun de la torsión maciza y del contrapeso de las máquinas de sitio. Estos mismos mongoles atravesaron la

Europa central, en 1233-40, y llegaron hasta lo que es hoy Rusia, Polonia y Rusia Polaca, en vida del monje Schwartz. Freiburg estaba dentro del área de su conquista y el monje alemán pudo muy bien meditar sus inventos a unas trescientas millas de una guarnición mongola. (En justicia, para reivindicar a Schwartz debemos añadir que no está comprobado que los mongoles usaran la pólvora en Europa. Pero debe consignarse que los mercaderes negociaban con ellos constantemente y venían a las ciudades europeas).

Volviendo a Fray Roger Bacon, encontramos que, al parecer, no fabricó pólvora para utilizarla en público, aunque indica la existencia de este compuesto y sus cualidades fulminantes. Roger Bacon lo encontró sirviéndose de la geografía y otros conocimientos por el fraile Guillermo de Rubruk, que fue enviado por San Luis de Francia como mensajero a los mongoles. "El Opus Majus", de Roger Bacon, dice respecto al libro de Guillermo de Rubruk: "Que yo lo he visto y he hablado con su autor". (Contra esto puede argüirse que el libro de Rubruk no hace mención de la pólvora, y que no podemos creer que llegase a conocerla durante su estancia de medio año en la corte mongola, aun cuando la primera mención que Bacon hace de la pólvora y sus componentes, nitro y azufre, antecede escasamente, al regreso de Rubruk de su viaje). Quede al juicio de cada cual el estimar la circunstancia de que los dos ostensibles inventores de la pólvora, en Europa, viviesen durante los sesenta y cinco extraordinarios años en que Europa fue sacudida por las invasiones mongolas, y tuviesen contacto de algún género con los mongoles.

Es de evidencia innegable que las armas de fuego y el cañón aparecieron en Alemania en tiempos del monje Schwartz. El cañón fue ideado y desarrollado rápidamente en Europa, y pasó al Asia por la vía de Constantinopla y de los turcos. De modo que ya encontramos a Babar, el primero de los moghuls, equipado con cañones de gran calibre, manejados por rumis (turcos), en 1525. Y el primer cañón de metal fue construido en China por los jesuítas, en el siglo XVII. Contemplamos asimismo el curioso espectáculo de los cosacos europeos, invadiendo y atacando los dominios de los tártaros, en 1581, con mosquetes, en tanto que los hombres del Asia arrastraban un cañón descargado, ignorantes de

su uso y esperando volar a los invasores.

En resumen: los chinos fabricaron la pólvora y comprendieron sus cualidades explosivas mucho antes que los monjes Bacon y Schwartz; pero hicieron poco uso de ella en la guerra. Los europeos, ¿la tomaron de ellos o la descubrieron por sí mismos? es este un problema no solucionado aún. Pero los europeos fueron sin duda, los que construyeron el primer cañón útil. Probablemente no se conocerá la verdad jamás. Es curioso que Mateo París y Tomás de Spalato y otros cronistas medievales hablen del terror inspirado por los mongoles, que llevaban consigo en las batallas el humo y las llamas. Esto puede ser una alusión a la estratagema practicada con frecuencia por los ejércitos del Gobi, que incendiaban las hierbas secas del país y avanzaban detrás de las llamas. Pero, probablemente, se refiere al empleo por los mongoles de la pólvora, que aun no se conocía en Europa. Carpini da una referencia curiosa de una especie de lanzador de llamas, utilizado por los jinetes mongoles y accionado por un fuelle. De todos modos, esta aparición de las llamas y el humo, entre los mongoles, fue aceptada por nuestros cronistas medievales como señal de que eran demonios.

NOTA VII

LOS MAGOS Y LA CRUZ

CUANDO las divisiones mongoles, a las órdenes de Subotai y de Chepé Noyon, iban abriéndose camino a través del Cáucaso, encontraron y derrotaron un ejército de cristianos georgianos. Rusudan, reina de los georgianos, envió una carta al Pontífice por mediación de David, obispo de Ani, en la que manifestaba que los mongoles habían desplegado ante sus filas un estandarte que llevaba la cruz y que esto había hecho creer a los georgianos que los mongoles eran cristianos.

Otra vez, en la batalla de Liegnitz, relatan los cronistas polacos, que aparecieron los mongoles con "un gran estandarte, llevando un emblema semejante a la letra griega X". Un historiador hace notar que esto puede haber sido un dibujo de los "chamanes", para ridiculizar la cruz, y que el emblema estaría formado por dos colas de oveja cruzadas, utilizadas frecuentemente por los "chamanes" en sus adivinaciones, y lo exhibirían para producir terror entre las nubes de humo que surgían de las vasijas llevadas por los portaestandartes, vestidos de largas hopalandas. No es verosímil que caudillos militares tan inteligentes como los Orkhones, intentaran engañar al enemigo con una cruz. Es probable que los cristianos nestorianos, que formaban en las filas mongolas, marchasen con la cruz, y que sus sacerdotes fuesen vistos en Liegnitz, llevando acaso incensarios.

NOTA VIII

SUBOTAI BAHADUR HACIA LA EUROPA CENTRAL

EL CHOQUE entre los mongoles y los europeos no se verificó durante la vida de Gengis Kan, sino después del gran consejo de 1233, durante el Kanato de Ogotai. Brevemente referido, he aquí lo que aconteció: Batu, el hijo de Juchi, marchó hacia el oeste con la horda para tomar posesión de las tierras sobre las que Subotai galopara en 1223. Desde 1238 al otoño de 1240, Batu, el "espléndido", cruzó los "clanes" del Volga, las ciudades rusas y las estepas del mar Negro. Finalmente, sitió Kiev y envió columnas para invadir la Polonia occidental o, mejor, la Rutenia, puesto que la Polonia estaba entonces dividida en principados. Cuando, en marzo de 1241, se derritieron las nieves, estaban los cuarteles generales mongoles al norte de los Cárpatos, entre la moderna Lemberg y Kiev, Subotai, el genio director de la campaña, tenía enfrente los siguientes enemigos: Boleslao el Casto, señor de Polonia; más allá, al norte, en Silesia, Enrique el Piadoso, con un fuerte ejército de treinta mil polacos, bávaros, caballeros teutones y templarios de Francia, que se habían ofrecido como voluntarios para detener esta invasión de bárbaros; a unas cien millas detrás de Boleslao, el rey de Bohemia estaba movilizando un ejército aun mayor y recibiendo contingentes de Austria, Sajonia y Brandeburgo; sobre el frente izquierdo de los mongoles, Miceslao de Galitzia y otros señores estaban preparándose para defender sus tierras en los Cárpatos; sobre el ala izquierda mongola, más apartada, la hueste magiar de Hungría, con cien mil hombres, estaba reuniéndose bajo la bandera del Rey Bela IV, más allá de los Cárpatos. Si Batu y Subotai torcían hacia el Sur, a Hungría, dejaban a su izquierda al ejército

polaco. Si avanzaban al Poniente, para encontrar a los polacos, quedaban los húngaros sobre su flanco. Subotai y Batu estaban, al parecer, perfectamente enterrados de los preparativos de las huestes cristianas. Sus expediciones de exploración, el año anterior, les habían facilitado valiosos informes sobre el país y los monarcas enemigos. En cambio, los reyes cristianos tenían pocas noticias de los movimientos de los mongoles. Tan pronto como la tierra estuvo bastante seca para que sus caballos pudieran moverse en ella, maniobró Batu, a despecho de los lodazales del Pripet y de los húmedos bosques que motean las comarcas de los Cárpatos, y dividió su hueste en cuatro cuerpos de ejército, enviando los más poderosos contra los polacos, a las órdenes de dos generales de confianza, nietos de Gengis Kan: Kaidu y Baibars. Esta división se movió rápidamente hacia el oeste y encontró a las fuerzas de Boleslao, cuando los polacos perseguían a algunos contingentes de exploración mongoles. Los polacos pelearon con su habitual bravura, pero fueron derrotados. Boleslao huyó a Moravia y los restos de sus hombres se retiraron al norte, hacia donde los mongoles no les persiguieran. Era el 18 de marzo. Cracovia fue incendiada y los mongoles de Kaidu y Baibars se apresuraron en busca del duque de Silesia, antes de que éste juntase sus fuerzas con los bohemios. Encontraron el ejército de Enrique el Piadoso, cerca de Liegnitz, el 9 de abril. De la batalla, que a este encuentro siguió, no tenemos informes de testigos. Solamente sabemos que las fuerzas alemanas y polacas cedieron ante el empuje del estandarte mongol y fueron casi exterminadas. Enrique y sus barones, hasta el último hombre, perecieron, como también los Hospitalarios. Dícese que el gran Maestre de los Caballeros Teutones pereció en el campo, con nueve templarios y quinientos hombres de armas.[*] Liegnitz fue quemado por sus

---

[*] "Los tártaros han destruido la tierra que fue de Enrique, duque de Polonia. Y mataron al duque con muchos barones y seis de nuestros hermanos y tres caballeros y dos sargentos y quinientos hombres". *Carta del Gran Maestre de los templarios franceses a San Luis,* citada por León Hahun. La leyenda dice que los mongoles cortaron una oreja a cada muerto enemigo y llenaron nueve sacos de ellas, que llevaron a Batu, su príncipe. La cabeza del desdichado Enrique, fue llevada en una lanza a Liegnitz.

defensores, y al día siguiente de la batalla, Kaidu y Baibars encontraron al ejército más poderoso de Wenceslao, rey de Bohemia, a cincuenta millas de distancia. Wenceslao se movió rápidamente cuando los mongoles aparecían y desaparecían. Su cuidadoso orden de batalla, demasiado potente para ser atacado por la división mongola no pudo alcanzar los jinetes de Catay, que cargaban en sus montes y saqueaban Silesia y la hermosa Moravia. Finalmente, los mongoles burlaron a Wenceslao, haciéndole marchar hacia el Norte, en tanto que ellos volvían al Sur a reunirse con Batu. "Y sé —escribe Ponce d'Aubon a San Luis— que todos los barones de Alemania y el rey y toda la clerecía y todos en Hungría han tomado la cruz para ir contra los tártaros. Y si lo que nuestros hermanos nos han dicho es verdad, si son vencidos por la voluntad de Dios, estos tártaros no encontrarán nada firme hasta su tierra".

Mas cuando el señor de los templarios escribía esto, la hueste húngara estaba ya vencida. Subotai y Batu, con tres divisiones, pasaron los Cárpatos. El flanco derecho entró en Hungría, desde Galitzia; y el izquierdo, bajo el mando de Subotai, descendió a través de Moldavia. Fueron destruidos los pequeños ejércitos en su marcha y las tres columnas reunieron sus fuerzas ante Bela y los húngaros, cerca de Pesth. Empezaba entonces abril, precisamente antes de la batalla de Liegnitz. Subotai y Batu, que no tenían noticias de lo que estaba sucediendo en el Norte, despacharon una división para establecer comunicación con los nietos de Gengis Kan, sobre el Oder. El pequeño ejército del obispo de Ugolino avanzaba contra ellos. Se retiraron a una región pantanosa y envolvieron a los temerarios húngaros. El obispo huyó con tres compañeros, únicos supervivientes. En el ínterin, Bela empezó a cruzar el Danubio con sus huestes: croatas, alemanes y magiares, con los templarios franceses que se habían establecido en Hungría. En total, cien mil hombres. Los mongoles se retiraron lentamente ante ellos. Batu, Subotai y Mangu, conquistador de Kiev, habían dejado el ejército e inspeccionado el lugar escogido para la batalla, que era la llanura de Mohi, enmarcada en sus cuatro lados por el río Sayo, las colinas de viñedos de Tokay, los "sombríos bosques, y la gran colina de Lómnitz". Los

mongoles se retiraron cruzando el río y dejando intacto un ancho frente de piedra. Prosiguieron hacia un monte, al lado opuesto, a unas cinco millas. La hueste de Bela les siguió ciegamente y "acampó en la llanura de Mohi", con toda su pesada impedimenta, maceros, caballería cubierta de malla y séquito. Fueron colocados mil hombres sobre el lado opuesto del puente y exploraron el bosque, sin encontrar rastro alguno del enemigo. Por la noche, Subotai tomó el mando de la derecha mongola, describiendo un amplio círculo sobre el río donde él había observado que podía vadearse, y construyó un puente para cruzarlo más cómodamente. Apuntaba la aurora, y el avance de Batu tomó la dirección del puente, sorprendiendo y aniquilando los destacamentos que lo guardaban. Sus principales fuerzas fueron lanzadas a cruzarlo y siete catapultas dispararon sobre los caballeros de Bela, que intentaron detener el ímpetu de los jinetes al cruzar el puente. Los mongoles surgieron rápidamente dentro de las desordenadas formaciones de sus enemigos con el terrible estandarte de las nueve colas de yak, rodeado por el humo de los fuegos que llevaban en vasijas los "chamanes". ("Una enorme cara gris con larga barba —así lo describe un europeo—, produciendo un humo pestilente"). No titubearon los bravos paladines de Bela. La batalla fue obstinada y no cesó hasta cerca del mediodía. Entonces Subotai acabó su movimiento de flanco y apareció detrás de las tropas de Bela. Cargaron los mongoles y deshicieron a los húngaros. Al igual de los caballeros teutónicos en Liegnitz, murieron los templarios, hasta el último hombre, sobre el campo.[*]

Las filas de los mongoles partieron hacia el Oeste, dejando cubierto el camino a través del desfiladero, por donde la hueste de Bela había avanzado hacia la llanura. Los húngaros huyeron y fueron perseguidos despacio. Durante dos días, los cuerpos de los europeos cubrieron los caminos. Cuarenta mil cayeron. Bela, separado de sus compañeros supervivientes, abandonó a su hermano moribundo, el arzobispo asesinado. Por la gran rapidez de su caballo se libró de la persecución, se ocultó a lo largo de la ribera del Danubio, fue

---

[*] *Magister vero Templarius cum tota ocie Latinorum occubuit.* Tomás de Spalato, citado por León Cahun.

perseguido y huyó a los Cárpatos. Con el tiempo llegó al mismo monasterio que albergó a su hermano Boleslao el Casto, rey de Polonia.

Los mongoles asaltaron Pesth e incendiaron los suburbios de Gran. Avanzaron por Austria hasta Nieustadt, esquivaron las lentas huestes de alemanes y bohemios y bajaron hasta el Adriático, saqueando las ciudades a lo largo de la costa, excepto Ragusa. En menos de dos meses habían recorrido Europa, desde el nacimiento del Elba hasta el mar, y habían derrotado tres ejércitos grandes y una docena de ejércitos menores, tomando por asalto todas las ciudades, excepto Olmutz, que hizo una gran defensa bajo Yaroslao de Stemberg, con doce mil hombres.

Ninguna segunda Tours salvó al occidente de Europa de un desastre inevitable.* Los ejércitos aptos sólo para moverse en masa y conducidos por monarcas incompetentes, como Bela o San Luis de Francia, fueron valientes, pero inhábiles para conseguir éxito contra el rápido maniobrar de los mongoles, dirigidos por generales como Subotai, Mangu y Kaidu, veteranos de toda una vida de lucha en dos continentes. Pero la guerra no llegó a su éxito final. Un correo de Karakorum trajo a los mongoles la noticia de la muerte de Ogotai y la orden de regresar al Gobi. Allí, en el consejo, un año después, la batalla de Mohi salió a relucir de nuevo. Batu acusó a Subotai de haber tardado en llegar al campo de batalla, causando la pérdida de muchos mongoles. El viejo general contestó agriamente: "Recuerda que el río no era profundo delante de ti y había ya un puente. Donde yo crucé, el río era profundo y tuve que construir un puente". Batu admitió la veracidad de estos dichos y no volvió a inculpar a Subotai.

---

* * Un resumen de esta campaña, que ha sido muy discutida y poco comprendida, puede encontrar en *Mélanges d'Histoire et de Géographie Orientales,* de Henri Gordier, tomo II. También en *History of mongols,* de Sir Henry Howorth, volumen I. Detalles más completos se dan en *Introductión a l'histoire de l'Asie,* de León Cahun, págs. 359-374i Y en *Der Einafll der Mongolen in Mittel Europa.* por Strakosch-Grassman.

NOTA IX

LO QUE EUROPA PENSABA DE LOS MONGOLES

YA HEMOS dicho lo suficiente para demostrar que los ejércitos mongoles poseían varias ventajas sobre los europeos de la época. Eran más ágiles. Durante la invasión de Hungría, Subotai cabalgó con su división doscientas noventa millas en menos de tres días. El mismo Ponce d'Aubon dice que los mongoles podían marchar en un sólo día, tan lejos "como desde Chartres a París". "Ningún pueblo del mundo— afirma un cronista contemporáneo*, hablando de los mongoles — es tan hábil, sobre todo para luchar en campo abierto y derrotar al enemigo por la bravura personal o práctica de la guerra". Esta opinión la confirma Fray Carpini, que fue enviado al mongol, no mucho después de la terrible invasión de 1238-1242, para exhortar al pagano a que cesase de matar cristianos. "Ni un solo reino o provincia puede resistir a los tártaros". Y añade: "Los tártaros pelean más por la estratagema que por la misma fuerza". Este valeroso sacerdote, que parece haber tenido interés por temas militares, dice que los "tártaros" eran menos numerosos y carecían de la estatura y fuerza física de los europeos. Y para estimular a los monarcas europeos (que siempre tomaban el mando de sus huestes en la guerra, sin tener en cuenta los méritos que se necesitan para semejante caudillaje) a que modelasen su sistema militar sobre el de los mongoles, dice: "Nuestros ejércitos deben estar ordenados según el sistema de los tártaros y con las mismas rigurosas leyes de guerra. Si es posible, deberá escogerse el campo de batalla en una llanura, donde todas las cosas sean visibles desde todos los lados. El ejército no pretenderá formar un solo cuerpo sino

muchas divisiones. Se enviarán exploradores por todas partes. Nuestros generales deberán conservar las tropas alerta día y noche, y siempre armadas, prontas para la batalla, así como los tártaros están siempre vigilantes como demonios". "Si los príncipes y gobernantes cristianos quieren resistir a su avance, es requisito indispensable el hacer causa común y formar consejo unido".

Carpini no deja de explicar las armas de los mongoles, aconsejando a los soldados europeos que perfeccionen las suyas. "Los príncipes de la cristiandad deberán tener muchos soldados armados con fuertes arcos, ballestas y artillería, con la que los tártaros aterran. Además, deberán tener soldados armados con buenas masas de hierro o con hachas de largo mango. Las flechas de punta de acero deben templarse a la manera tártara, sumergiéndolas, mientras están calientes, en agua mezclada con sal, lo que les facilita la penetración en las armaduras. Nuestros hombres deberán tener buenos yelmos y armaduras impenetrables, para sí y sus caballos. Y aquellos que no estén armados deberán continuar el camino de los que lo están. Carpini había recibido una fuerte impresión de la devastadora ballestería de los mongoles, hijos de la guerra. "Hieren y matan con flechas, hombres y caballos, y, cuando los hombres y caballos son destrozados de esta forma, entonces cargan contra ellos".

Por este tiempo, el emperador Federico II, el mismo que sostuvo la famosa contienda contra el Pontífice, recabó la ayuda de otros príncipes y escribió al rey de Inglaterra: "Los tártaros son hombres de baja estatura, pero de fuertes miembros, nervios resistentes, valientes y osados, dispuestos siempre a arrojarse al peligro a una indicación de su jefe... Pero — y esto no lo podemos decir sin lamentarlo—, si antiguamente iban cubiertos de pieles y armaduras de hierro, ahora van equipados con armaduras finas y útiles, despojos de los cristianos; de modo que podemos ser heridos ignominiosa y dolorosamente por nuestras propias armas. Además van montados sobre mejores caballos y se sustentan de alimentos escogidos, y lucen vestidos menos rudos que los nuestros". Por el tiempo en que escribió esto, el emperador Federico fue requerido por el victorioso ejército mongol para ser súbdito del gran Kan. Los términos propuestos eran ingenuos, desde el

---

* Tomás de Spalato, citado por León Cahun

punto de vista mongol, pues el emperador y su pueblo debían entregarse cautivos, *y* sólo de este modo podían salvar sus vidas.* El emperador había de ir él mismo a Karakorum y estar allí con un oficial de postas elegido para él. A esto contestó amablemente Federico que conocía las aves de presa lo bastante para desempeñar el cargo del halconero del Kan.

---

* *Il fallait reconnaítre leur empire ou mourir,* Abel Remusat. La sumisión implicaba el pago de una fuerte tasa que en ocasiones, se recaudaba dos o tres veces, y más. Los mongoles eran tolerantes y rapaces.

No se pueden leer los anales de Gengis Kan sin comprender que jamás se movía a la guerra sin tener la ocasión para hacerlo. Se sospecha que, con frecuencia, creaba la ocasión él mismo; pero, no obstante, ésta existía. Impuso a los victoriosos mongoles, tres ideas que subsistieron durante generaciones: Que no debían destruir pueblos que se sometiesen voluntariamente, que nunca debían cesar de hacer la guerra a aquéllos que se resistieran y que debían tolerar todas las religiones.

NOTA X

CORRESPONDENCIA ENTRE LOS MONARCAS EUROPEOS Y LOS MONGOLES

CUANDO Batu y Subotai regresaron de Europa, en 1242, un terror difuso de otra invasión mongola obligó a los soberanos de la cristiandad a actuar en varias formas. Inocencio IV convocó el Concilio de Lyon, para discutir, entre otros asuntos, alguna defensa de la cristiandad. El incauto San Luis declaró que si los tártaros aparecían de nuevo, la caballería francesa moriría en defensa de la Iglesia. Y así provocó las desastrosas cruzadas de Egipto, enviando, en diferentes veces, sacerdotes y mensajes a los mongoles, al sur del Caspio, mandados en aquel tiempo por Baichu Kan. Una de esas embajadas fue enviada al Kan, a Karakorum, con regocijante resultado. El cronista medieval Joinville nos dice que cuando los enviados se presentaron con sus insignificantes presentes, el Kan se volvió hacia los nobles, congregados a su alrededor, y les dijo: "Señores, aquí está la sumisión del rey de los francos, y aquí está el tributo que nos ha enviado".

Los mongoles requirieron frecuentemente a Luis a que hiciera sumisión a su Kan, le diera tributo y fuera protegido, como otros gobernantes, por el poder del Kan. Le advirtieron, también, que no hiciera la guerra a los Selyuks del Asia Menor, con los que estaban aliados. Luis, algunos años después, envió a la corte del Kan al vigoroso e inteligente Rubriquis; pero cuidó de instruir al monje para que no se presentase como un enviado, dejando que su viaje fuese interpretado como un acto de sumisión. Entre las cartas que Luis recibió de la horda, existe una mencionando el hecho de que muchos cristianos se encontraban entre los mongoles: "Nosotros venimos con autoridad y poder para anunciar que todos los cristianos están exentos de servidumbre e impuestos en las tierras mahometanas y son tratados con honor y reverencia. A ninguno se le molestaba en sus bienes, y

aquéllas de sus iglesias que han sido destruidas se reconstruyen y se les permite hacer sonar sus chapas". † Es verdad que hubo varias esposas cristianas de los IL-Khanes mongoles de Persia y que armemos cristianos les sirvieron como ministros. Restos de cruzados, abandonados en Palestina, pelearon en ocasiones en las filas mongolas. Y el IL-Kan Arghun reconstruyó iglesias que habían sido destruidas en las guerras anteriores. Un iracundo mahometano escribe que, en el año 1259, el IL- Kan mongol Hulagu ordenó, en toda Siria, qué "todo religioso de una secta podrá proclamar abiertamente su fe, y esto ningún muslime lo condenará. Desde este día, no hubo un sólo cristiano del pueblo o de las clases elevadas, que no mostrase sus adornos más finos".

Cualquiera qué fuese su inclinación hacia los cristianos, en Palestina, los caudillos mongoles desearon sinceramente la ayuda de los ejércitos europeos contra los mahometanos; y, en 1274, enviaron al Pontífice una embajada de diez y seis hombres, y otra después a Eduardo I de Inglaterra, que contestó con buena provisión de casuística (ya que no tenia intención de ir a Jerusalén): "Observamos la resolución que habéis tomado de librar la Tierra Santa de los enemigos del cristianismo. Esto es grato para nosotros y os damos las gracias. Pero ahora no podemos enviaros noticias ciertas respecto de la época de nuestra llegada a Tierra Santa".

Entretanto, el pontífice mandó otros enviados a Baichu, cerca del Caspio. Estos ofendieron mucho a los mongoles, porque no sabían el nombre del Kan y disertaban sobre los pecados del derramamiento de sangre. Los mongoles decían que el pontífice debía ser muy ignorante, si no sabía el nombre del hombre que regía todo el mundo; y que para destrozar a sus enemigos, estaban bajo el mando del mismo hijo de los cielos. Baichu estuvo tentado de ejecutar a los desdichados sacerdotes; pero les perdonó y los despidió, porque, después de todo, sólo eran enviados. La contestación de Baichu, en una carta, a los emisarios de Inocencio IV, es digna de anotarse: "Por orden del Kan supremo, Baichu Noyon envío estas palabras: "Papa, ¿no sabes que tus enviados han, llegado

† Howorth, *History of the Mongols.* Parte III.

a nosotros con tus cartas? Tus enviados han proferido palabras llenas de viento. No sabemos si lo hicieron por orden tuya. De modo que te enviarnos este mensaje: Si deseas reinar sobre la tierra y el agua, tu patrimonio, deberás venir tú mismo, Papa, a nosotros, y presentarte ante quien reina sobre la superficie de toda la tierra. Y si tú no vienes, no sabemos lo que acontecerá. Dios sólo lo sabe. Únicamente sería bueno que nos enviases mensajeros para decir si vendrás o no y si vendrás en amistad o no".* No necesitamos decir que Inocencio V no hizo el viaje a Karakorum. Ni los mongoles volvieron a la Europa central. Pero no porque la caballería de la Europa oriental los contuviese. En Nieustadt, de Austria, habían avanzado a casi seis mil millas de sus tierras natales. Subotai y el bravo Tulí habían muerto. Batu, el hijo de Juchi, estaba muy contento con Sari, su ciudad dorada sobre el Volga. La guerra civil ardía a lo largo de las extensiones del Asia. Cesó la marcha de las hordas hacia Occidente, a fines del siglo XIII, Los mongoles saquearon Hungría y se retiraron a las llanuras del Volga.

---

* De la *Speculum Historíale* de Vicente de Beauvais. En esta carta aparece de nuevo la ominosa frase. "No sabemos lo que acontecerá. Dios sólo lo sabe", frase usual de aviso cuando los mongoles amenazaban con la guerra. Al príncipe Selyuk, Kai-Kosru, le enviaron una lacónica contestación: "Has hablado bravamente. Dios dará la victoria como le plazca". Parece que enviaban mensajeros al enemigo, según la costumbre de Gengis Kan, ofreciendo condiciones. Si éstas eran rehusadas, lanzaban su aviso y hacían rápidamente la guerra.

NOTA IX

LA TUMBA DE GENGIS KAN

EL RELATO publicado en un diario de Londres, que el profesor Pedro Kozloff había encontrado e identificado el lugar del enterramiento del mongol, despertó, recientemente, gran interés. Esta relación fue negada por el profesor Kozloff, según un cable de Leningrado, enviado a "New York Times" el 11 de noviembre de 1927. El profesor Kozloff, relatando los resultados de su última excursión por Kara Khoto, al sur del Gobi, durante los años 1925-26 y los restos de la antigua cultura escrita sibeliana encontrada allí, indica que el lugar de la tumba de Gengis Kan se desconoce aún.

Existen muchas tradiciones contradictorias respecto a este sepulcro desaparecido. Marco Polo lo menciona vagamente, suponiendo que está entre las tumbas de los últimos soberanos mongoles. Reshid-el-Din dice que Gengis Kan fue enterrado en una colina llamada Yakka Kuruk, cerca de Urga, lugar mencionado frecuentemente por Ssanang Setzen. Quatremere y otros la identificaron con la Khanula, cerca de Urga. Pero todo esto es dudoso. El Archimadrita Palladius, dice: "En los documentos del período mongol no existen indicaciones ciertas sobre el lugar del enterramiento de Gengis Kan". Una tradición más moderna, citada por E. T. C. Werner, coloca la tumba del conquistador en el país de los sordos, en Etjen Koro. Aquí celebran hacia el día veintidós del tercer mes una ceremonia los príncipes mongoles. Las reliquias del gran Kan — una montura, un arco y otros objetos — son llevados al lugar del enterramiento, que no es una tumba, sino un campamento cercado por montones de piedras. Se levantan dos tiendas de fieltro blanco, que contienen, al parecer, un cofre de piedra, cuyo contenido se desconoce. Mr. Werner cree que los mongoles aciertan

al afirmar que los restos del conquistador descansan en este campamento, guardados por quinientas familias que conservan aún derechos especiales. Está situado más allá de la Gran Muralla, al sur de la curva del Hoang, próximo a los 40° de latitud Norte y a los 109° de longitud Este. En demostración de su aserto cita palabras del príncipe mongol de Kalachin, descendiente de Gengis Kan. Y ésta quizás sea una prueba más valiosa que los vagos y contradictorios informes de las crónicas.[*]

---

* Para detalles más completos consúltese la edición Yule Cordier, de *Marco Polo,* de, 1903. Vol. I; págs. 247-231. También *The Tomb of Marco Polo,* por E. T. C.

NOTA XII

YE-LUI CHUT-SAI, SABIO DE CATAY

POCOS hombres han tenido un papel más difícil que representar en la vida que este catayano, que capturó la mirada de Gengis Kan. Fue uno de los primeros chinos que cabalgó con la horda. Los mongoles no se hicieron fácilmente prácticos en el estudio de la filosofía, la astronomía y la medicina. Un oficial que se distinguía por su pericia como constructor de arcos, dio vaya al alto y barbado catayano: "¿Qué asuntos tiene un hombre de libros entre una compañía de guerreros?" — preguntó. "Para hacer arcos finos — contestó Ye-Lui Chut-sai — se necesita un carpintero; pero cuando se trata de gobernar un imperio, se precisa un hombre de sabiduría". Llegó a ser un favorito del viejo conquistador; y durante las largas marchas hacia el oeste, en tanto que los otros mongoles reunían ricos despojos, el catayano coleccionaba libros, tablas astronómicas, hierbas medicinales. Ye-Lui Chut-sai anotó la geografía de la marcha, y cuando una epidemia diezmó la horda, saboreó su venganza de filósofo en los oficiales que se habían burlado de él. Les administró ruibarbo y los curó.

Gengis Kan le estimaba por su integridad y Ye-Lui Chut-sai no perdía oportunidad de condenar las matanzas, que marcaban el sendero de la horda. Existe una leyenda, según la cual, en los desfiladeros del alto Himalaya vio Gengis Kan en un sendero la maravillosa aparición de un animal, de figura semejante a la de un ciervo, pero de color verde y con un solo cuerno. Llamó a Ye-Lui Chut-sai para que le diese la explicación del fenómeno y el catayano contestó gravemente: "Este extraño animal se llama Kiutuan. Conoce todos los lenguajes de la tierra y ama a todos los hombres vivos y tiene horror de los asesinatos. Su aparición es indudablemente un aviso a ti ¡oh mi Kan! para que abandones esta conducta".

Bajo Ogotai, hijo de Gengis Kan, el catayano administró el imperio y se las ingenió para quitar la aplicación de los castigos de mano de los mongoles, nombrando magistrados para este cometido y recaudadores para cuidar de los tesoros. Su ingenio ágil y su valor sereno complacieron a los conquistadores profanos, que supo someter a su influencia. Ogotai era un gran bebedor y Ye-Lui Chut-sai tuvo motivo para desearle una vida todo lo larga que fuese posible. No teniendo efecto sobre el Kan las amonestaciones, el catayano le llevó un vaso de hierro, en el cual había habido vino, durante algún tiempo. El vino había corroído el fondo del vaso. "Si el vino —le dijo— ha corroído este hierro, juzga lo que habrá hecho en tus intestinos. Ogotai, impresionado con la demostración, se moderó en su afición, aun cuando ésta fue la causa real de su muerte. En una ocasión, irritado por un acto de su canciller, puso en prisión a Ye-Lui Chut-sai. Pero después cambió de parecer y ordenó que fuese libertado. El catayano no quería salir de su celda y Ogotai envió a preguntar por qué no aparecía en la corte. "Tú me nombraste ministro —dijo el sabio en su respuesta—. Tú me has colocado en prisión. Soy, pues, culpable. Tú me concedes la libertad. Soy, pues, inocente. Es fácil, para ti, hacer de mí un pasatiempo. Pero ¿cómo voy a dirigir los asuntos del imperio?" Fue restablecido en su cargo, para bien de muchos millones de seres humanos. Cuando Ogotai murió, la administración salió de las manos del viejo catayano y fue entregada a un mahometano, llamado Abd-el-Rahman. La pesadumbre que le causaron las opresoras medidas del nuevo ministro, apresuró la muerte de Chut-sai. Creyendo que había acumulado grandes riquezas durante su vida bajo los Kanes, algunos oficiales mongoles registraron su residencia. No encontraron más tesoro que un ordenado museo de instrumentos musicales, manuscritos, mapas, tablillas y piedras, sobre las cuales estaban grabadas inscripciones.

NOTA XIII

OGOTAI Y SU TESORO

EL HIJO, que sucedió en el trono al conquistador, se encontró señor de medio mundo, casi a pesar suyo. Ogotai poseía el buen humor y la tolerancia de los mongoles, sin la crueldad de sus hermanos. Pudo sentarse en la tienda-palacio de Karakorum, sin hacer otra cosa que escuchar a los que desmontaban, para prosternarse ante el trono del Kan. Sus hermanos y oficiales sostenían las guerras, y Ye-Lui Chut-sai se cuidaba de recaudar los impuestos. Ogotai, ancho de cuerpo y plácido de espíritu, ofrece en todos sus actos el curioso cuadro de un bárbaro benévolo, que se apropió los despojos de Catay, las mujeres de una docena de imperios y la yeguada de incontables pastizales. Sus actos son marcadamente contrarios a la realeza. Cuando sus oficiales protestaban de su costumbre de dar audiencia a cualquiera que quisiera verle, replicaba que pronto marcharía de este mundo, y su única morada perenne sería el recuerdo de los hombres.

No gustó de los tesoros reunidos por los monarcas persas e indios. "Son necios —dijo y lo hacen mal. No se llevarán nada con ellos, cuando salgan de este mundo". Los astutos mercaderes mahometanos oyeron el rumor de su incauta generosidad, y no dejaron de acudir en tropel a su corte, con multitud de mercancías y una elevada nota de precios. Estas notas eran presentadas al Kan, por la noche, cuando se sentaba en público. Al principio, los nobles cortesanos protestaron de que los mercaderes abusaran absurdamente. Ogotai asintió. "Ellos vienen esperando sacar provecho de mí —dijo, y yo no quiero que regresen chasqueados".

Sus viajes a otros países extraños tuvieron el mérito de los de Harun al Rashid. Gustaba de conversar con los caminantes, que encontraba al azar, y en cierna ocasión, quedó impresionado por la pobreza de un anciano, que le entregó tres melones. No teniendo el Kan, en esta ocasión, ni plata ni ricas telas, ordenó a una de sus esposas que recompensase al mendigo con las perlas de sus zarcillos, que eran de gran tamaño y precio. "Sería mejor ¡Oh, mi señor! —protestó ella—, citarlo mañana en la corte y darle dinero, que será de mayor uso para él que estas perlas". "El verdadero pobre —replicó el práctico mongol— no puede esperar hasta mañana. Además, las perlas no tardarán mucho en volver a mi tesoro".

Ogotai tenía por la caza la afición de un mongol y gustaba de presenciar los combates y las carreras de caballos. Cantores y gimnastas venían a la corte, desde el lejano Catay y las ciudades de Persia. Cuando empezaron las disensiones que, con el tiempo, dividieron las dinastías mongolas, la contienda entre mahometanos y budistas, persas y chinos (lucha que molestó al hijo de Gengis Kan), su sencillez de pensamiento derrotó en ocasiones a los intrigantes. Cierto budista vino al mongol con el cuento de que Gengis Kan se le había aparecido en sueños y le había dado una orden: "Ve y ruega a mi hijo que extermine a todos los creyentes mahometanos que son una raza depravada". La severidad del difunto conquistador hacia los pueblos del Islam era bien conocida y una "yarligh" u orden del gran Kan, comunicada en sueño era asunto importante. Ogotai meditaba entre tanto: "¿Se dirigió a ti Gengis Kan por boca de un intérprete?" —preguntó al fin—. "No, ¡oh mi Kan! Me habló él mismo—. "¿Y conoces tú la lengua mongol?"— insistió Ogotai—, Era un hecho evidente que el hombre del sueño no hablaba sino el turco. "Entonces has mentido —replicó el Kan—, pues Gengis Kan únicamente hablaba el mongol". Y ordenó que el enemigo de los mahometanos fuese condenado a muerte.

En otra ocasión unos saltimbanquis chinos entretenían a Ogotai con una representación de circo. Entre los titiriteros observó el Kan la figura de un anciano con turbante, largos bigotes blancos que era arrastrado a la cola de un caballo. Entonces pidió que el chino le explicase el significado de aquello: "Esta es la forma

—respondieron los directores del circo— en que los guerreros mongoles arrastran a los cautivos muslimes". Ogotai ordenó que la representación fuese suspendida y que su servidumbre trajese de sus tesoros las telas más ricas, las alfombras y trabajos más preciosos de China y Persia. Demostró a los chinos que sus mercancías eran inferiores a las de Occidente, y añadió: "En mi dominio no existe un solo mahometano rico, que no tenga varios esclavos chinos, pero ningún poderoso[*] tiene esclavos mahometanos. También sabéis que Gengis Kan publicó la orden de que se daría un premio de cuarenta piezas de oro al matador de un mahometano, en tanto que él no consideró la vida de un chino digna del precio de un asno. ¿Cómo entonces, os atrevéis a burlaros de los mahometanos?" Y arrojó de la corte a los saltimbanquis y titiriteros.

---

[*] "Pisando los talones del conquistador militar venía el mandarín administrativo". —León Cahun, *L'esprit burgaucratique des chináis, qui dirigaient l'administration mongole.* —J. Blochet.

Los antiguos mongoles nunca se acostumbraron al uso de la moneda, y tenían desprecio para el hombre que la atesoraba. Longfellow ha puesto en verso el episodio del desgraciado califa de Bagdad, que fue vencido y capturado, a pesar de sus grandes bienes, por Hulagu, célebre sobrino de Ogotai.

—Yo dije al califa: "Tú serás anciano —y no precisarás tanto oro—. No tendrás hacina y escondrijo aquí —hasta que él fragor de la batalla esté próximo". — (Para detalles complementarios sobre las vidas de Ye-Lui Chut-sai y Ogotai, véase *Nouveaux Mélanges Asiatiques* de Abel Remusat, *Tartaríe* por Luis Dubeux, *The Book of the Yuan;* traducido de los anales chinos por el P. Amiot y *Le siécle des Youen,* por M. Bazin).

NOTA XIV

LA ÚLTIMA CORTE DE LOS NÓMADAS

Narración de la llegada de fray Rubruquis a Lashgar o viaje a La Corte de Mangu Kan, nieto de Gengis Kan[*]

SOLO dos europeos nos han dejado una descripción de los mongoles, antes que la residencia de los Kanes fuese trasladada a Catay. Uno es el monje Carpini y el otro el corpulento fray Rubruquis, que caminó con valeroso ánimo por Tartaria, convencido de que podía ser atormentado hasta la muerte. En nombre de su real señor San Luis de Francia, llegó no como un enviado de su rey sino como un emisario de paz, con la esperanza de que los paganos conquistadores pudieran ser persuadidos de refrenar sus ataques contra Europa. Sólo llevaba por compañero a otro monje hermano, sumamente medroso. Constantinopla, quedó tras ellos, a la izquierda; y las estepas del Asia les envolvieron. Helado hasta la medula y medio hambriento, fue dando tumbos por espacio de tres mil millas. Los mongoles le habían equipado con pieles de oveja, calzado de cuero y angarinas de piel y, como era corpulento y pesado, escogían para él, cuidadosamente, un caballo para cada día, durante el largo viaje desde la frontera del Volga. Fue un misterio para los mongoles este hombre de largas

---

[*] Según los *Viajes,* de Astley, pero modificados y extractados.

vestiduras, descalzo, que llegaba de la lejana tierra de los francos, este hombre que ni era mercader ni embajador, que no llevaba armas ni presentes, ni tampoco podía aceptar una recompensa. Y es, en efecto, un cuadro curioso éste del corpulento y dogmático fraile, que había salido de la agobiada Europa, para ver al Kan, un pobre jinete, pero no un humilde miembro de las grandes comitivas que viajaban hacia el Este por el desierto (Yeroslao, duque de Rusia, los señores catayanos y turcos, los hijos del rey de Georgia, el enviado del califa de Bagdad y los grandes Sultanes de los sarracenos). Con mirada escrutadora Rubriquis ha observado la corte de los conquistadores nómadas, donde los "barones" bebían miel en copas incrustadas de gemas y cabalgaban sobre pieles de ovejas con sillas ornamentadas con trabajos de oro. De esta forma describe su llegada a la corte de Mangu Kan.

"En diciembre, día de San Esteban, llegamos a una gran llanura donde no se divisaba una loma. Al día siguiente llegamos a la corte del gran Kan. Nuestro guía tenía una casa asignada para el y se nos dio una pequeña cabaña para los tres, estancia insuficiente para nuestra impedimenta y lechos y un pequeño fuego. Llegaron varios hombres a nuestro guía con una bebida hecha de arroz, en botellas de largo cuello. Esta bebida no difería del mejor vino, excepto que olía de distinto modo. Fuimos llamados afuera e interrogados acerca de nuestros asuntos. Un secretario me dijo que nosotros solicitábamos la ayuda de un ejército tártaro contra los sarracenos; y esto me extrañó porque yo no conocía las cartas de Su Majestad* que no solicitaba un ejército sino solamente aconsejaba al Kan que fuera amigo de todos los cristianos.

"Los mongoles, entonces, preguntaron si haríamos las paces con ellos. A esto yo contesté que no habiendo agravios, el rey de los franceses no tenía motivo para la guerra. Si la sostenía sin causa, confiábamos en el auxilio de Dios. A esto parecieron todos maravillarse, exclamando: "¿No venís para hacer la paz?"

"Al día siguiente fui a la corte, descalzo, de lo cual se asombraron las gentes. Pero un muchacho húngaro que estaba entre ellos y conocía nuestra

---

* San Luis, rey de Francia, que era entonces prisionero de los Mamelucos.

orden [‡] les explicó la razón. Entonces un nestoriano, que era el primer secretario de la corte, nos hizo muchas preguntas y volvimos a nuestro alojamiento. En el camino, al final del palacio, hacia el Este, vi una pequeña casa con una cruz diminuta sobre ella. Me regocijé de esto, suponiendo que había algunos cristianos en ella. Entré resueltamente y encontré un altar bien abastecido, que tenía un paño de oro decorado con imágenes de Jesucristo, la Virgen, San Juan Bautista y dos ángeles, adornados sus cuerpos y vestidos con perlas pequeñas. Sobre el altar había una gran cruz de plata, resplandeciente de gemas y muchos bordados. Delante, ardía una lámpara con ocho luces. Junto al altar vi sentado a un monje armenio un tanto atizado y enjuto en un peludo capote y ceñido de hierro bajo sus ásperas vestiduras. Antes de saludar al monje nos prosternamos sobre el suelo cantando el "Ave Regina" y otros himnos, y el monje se unió a nuestras preces. Después, nos sentamos con el monje que tenía un modesto fuego en un caldero delante de él. Nos dijo que él (un ermitaño de Jerusalén), había llegado un mes antes que nosotros. Cuando hubimos conversado un rato, marchamos a nuestro alojamiento e hicimos un poco de caldo de pescado y mija, para nuestra casa. Nuestro guía mongol y sus compañeros estaban beodos. En la corte se tuvo poco cuidado de nosotros. Tan grande era al frío que a la mañana siguiente las puntas de los dedos de mis pies estaban heladas y no pude caminar mucho tiempo descalzo. Desde el tiempo en que las escarchas empiezan, hasta mayo y aun después, no cesó de helar todas las noches y todas las mañanas. Y en tanto que estuve allí el frío que se levantaba con el viento mataba multitud de animales. La gente de la corte[*] nos trajo capotes de piel de carnero y calzones y calzado que mí

[‡] Rubriquis era franciscano y el primer religioso que se presentó con hábitos en la lejana Asia. Carpini, el enviado del Papa, se puso traje seglar.

[*] Cuando Rubriquis habla de la corte, se refiere a los cuarteles de Mangu Kan sus mujeres y altos oficiales, en el centro del campamento. Del campamento de Batu primo de Mangu, sobre el Volga, dice: "Quedamos atónitos ante la magnificencia de este campamento. Las casas y tiendas se extendían en una vasta extensión y había gran número de personas colocadas alrededor en grupos de tres *y* de cuatro".

compañero y el intérprete aceptaron. Hacía el 5 de enero entramos en la corte. Se nos preguntó qué acatamiento haríamos al Kan, y yo dije que veníamos de un país lejano y con su venia cantaríamos alabanzas a Dios, que nos había conducido hasta allí con felicidad y después haríamos cuanto pudiera complacer al Kan. Entonces pasaron los emisarios a presencia de éste y le relataron cuanto nosotros habíamos dicho. Volvieron y nos condujeron a la entrada del zaguán, levantaron el fieltro, que pendía ante el umbral. Nosotros cantamos "A Salís ortus cardine". Registraron nuestros vestidos para averiguar si llevábamos armas ocultas e hicieron que nuestro intérprete entregase su cinto a uno de los guardas de la puerta. Cuando entramos nuestro intérprete quedó de pie junto a la mesa que estaba bien provista de leche de yegua. Nosotros fuimos colocados en bancos delante de las mujeres. Toda la casa estaba colmada en paños de oro, y en un hogar, situado en el centro, había fuego de espinos, ajenjo, raíces y estiércol de vaca. El Kan estaba sentado sobre un canapé con una espléndida piel como de foca. Era un hombre romo, de mediana estatura, de unos cincuenta y cinco años de edad. A su lado estaba sentada una de sus esposas, preciosa y frágil mujer. También una de sus hijas, vigorosa, joven, estaba sentada sobre otro canapé, cerca de él. Esta vivienda había pertenecido a la madre de esta hija, que era cristiana. La hija era ahora la dueña. Fuimos interrogados si beberíamos vino de arroz o leche de yegua o hidromiel, pues usan estas tres clases de bebidas durante el invierno. Contesté que no sentíamos placer de beber y nos contentaríamos con lo que el Kan se sirviese ordenar. Así, pues, se nos sirvió vino de arroz, del que yo gusté un poco sin respeto. Después de un largo intervalo durante el cual el Kan, que tenía un arco sobre sus rodillas, se solazó con halcones y otras aves, se nos ordenó hablar. El Kan tenía un intérprete nestoriano: el nuestro había bebido tanto licor en la mesa que estaba casi embriagado. Yo me dirigí el Kan en la forma siguiente:

"Nosotros damos las gracias y alabanzas a Dios que nos ha traído de tan remotas partes del mundo a la presencia de Mangu Kan, sobre el cual derramó tan grande poder. Los cristianos de Occidente, especialmente el rey de los franceses,

nos envían a vos con sus cartas, suplicándonos nos permitáis estar en vuestro país, puesto que nuestra misión es enseñar a los hombres la ley de Dios. Por eso nosotros rogamos a Su Alteza nos permita permanecer allí. No poseemos ni oro, ni plata, ni piedras preciosas que ofrendar; pero nos ofrecemos nosotros mismos para prestar servicio". El Kan contestó en estos términos: "Como el sol extiende sus rayos por doquiera, así nuestro poder y el de Batu se extiende por todas partes. No precisamos, pues, de vuestro oro ni de vuestra plata". Yo supliqué a Su Alteza que no se disgustase conmigo por haber mencionado el oro y la plata, porque yo hablé tan sólo para mostrar claramente nuestro deseo de servirle. Hasta aquí yo había entendido a nuestro intérprete. Pero estando ya bebido, no podía pronunciar palabra inteligible. Parecióme que el Kan estaba también bebido. Sin embargo, conservé mi tranquilidad. Entonces nos hizo levantarnos y sentarnos de nuevo y, después de unas palabras de cumplimiento, abandonamos su presencia. Uno de los secretarios e intérpretes salió con nosotros y estuvo muy preguntón acerca del reino de Francia, especialmente si había abundancia de ovejas, ganado y caballos, como si ellos intentasen hacerlo todo suyo. Designaron a uno para que cuidase de nosotros. Íbamos adonde el monje armenio, cuando llegó el intérprete diciendo que Mangu Kan nos concedía dos meses para continuar allí hasta que el frío extremo pasase.

A esto yo contesté: "Dios conserve a Mangu Kan y le conceda larga vida. Hemos encontrado a este hombre, que nos parece un santo varón, y con gusto nos quedaremos y oraremos con él por el bienestar del Kan", (Durante los días de fiesta vinieron cristianos a la corte y rogaron por él, y bendijeron su copa, luego que los mahometanos hubieron hecho lo mismo. Después de ellos vinieron los sacerdotes paganos.* El monje Sergio pretendió que él, únicamente, creía en los cristianos; pero en esto Sergio mintió. El Kan no creía en nadie, pero todos seguían a su corte corno las moscas a la miel. Da a todos y todos piensan que ellos son sus familiares y todos anhelan prosperidad para él).

Fuimos a nuestra vivienda, que encontramos muy fría, pues no teníamos

---

* Budistas, de los cuales Rubriquis no tenía anterior conocimiento.

combustible, y aun cuando era de noche estábamos en ayunas. Más el que había de cuidar de nosotros nos proveyó de alguna leña y algo de alimento. Nuestro guía de viaje, que estaba ahora para regresar a Batu, pidió una alfombra para nosotros. Nos la dio y partió en paz. El frío se hizo más riguroso y Mangu Kan nos envió tres capotes de piel, con el pelo hacia fuera, los cuales recibimos muy agradecidos. Comprendimos que no disponíamos de locales adecuados para orar por el Kan; nuestra cabaña era tan pequeña que escasamente podíamos abrir nuestros libros después de encendido el fuego, por la cantidad de humo. El Kan envió a decir al monje que se complacería con nuestra compañía. Nos recibió alegremente y, después de esto, estuvimos en una casa mejor.

Estando nosotros ausentes, el mismo Mangu Kan llegó y se instaló en un reclinatorio de oro en el cual se sentó con la reina, frontero al altar. Se nos mandó buscar y un alabardero nos registró, por si teníamos armas ocultas. Llevando una Biblia y un breviario en mi pecho, hice primero una reverencia ante el altar y después presté mi obediencia a Mangu Kan, que deseó que le llevasen nuestros libros y preguntó el significado de las miniaturas de que estaban adornados. Los nestorianos, porque nosotros no teníamos a nuestro intérprete, le contestaron como ellos particularmente pensaran. Deseando cantar un salmo, según nuestra costumbre, cantamos el *Veni Sáncte Spíritus.* Después salió el Kan. Pero la reina se quedó y distribuyó donativos.

Yo reverenciaba al monje Sergio como mi obispo. En algunos casos obró de una forma que me desagradaba mucho; pues se hizo un gorro con plumas de pavo real y una pequeña cruz de oro. Pero yo estaba muy contento por la cruz. El monje, a instigación mía, rogó que le dejasen llevar la cruz en lo alto de una lanza y Mangu le concedió permiso para llevarla del modo que le pareciese conveniente. Por eso fuimos alrededor de Sergio para honrar la cruz, cuando se proveyó de una bandera, sobre una caña tan larga como una lanza; y la llevamos por todas las tiendas de los tártaros cantando *Vexilla regis proudent,* con gran pesar de los mahometanos que estaban envidiosos de nuestro favor y de los sacerdotes nestorianos que envidiaban, a su vez, el beneficio que sacaban de su uso.

Cerca de Karakorum. Mangu tenia una gran corte, rodeada de tapias de

ladrillo, como nuestros prioratos. Dentro de ella había un gran palacio, donde el Kan celebraba festines dos veces al año, en Pascua de Resurrección y en el verano, desplegando toda su magnificencia. Siendo indecente tener vasijas alrededor del vestíbulo del palacio como en una taberna, Guillermo Bouchier, el orfebre de París construyó un gran árbol de plata fuera de la media entrada del vestíbulo. En las raíces del árbol había cuatro leones de plata, de los cuales manaba leche pura de vaca. Sobre las cuatro grandes ramas del árbol, había serpientes de oro enroscadas, que despedían arroyos de vinos de varias clases. El palacio es semejante a una iglesia, con tres naves y dos filas de pilares. El Kan se coloca sobre un lugar alto, en la parte Norte, donde puede ser visto de todos. El espacio entre el Kan y el árbol de plata queda vacío, para el ir y venir de los coperos y mensajeros, que llevan presentes. Al lado derecho del Kan se sientan los hombres y al lado izquierdo las mujeres. Únicamente una mujer se sienta a su lado, aunque no tan alto como él.

Excepto por lo que se refiere al palacio, Karakorum no es tan hermosa como la ciudad de Saint Denis. Tiene dos calles principales: La de los mahometanos, donde se celebran los mercados, y la calle de los catayanos, llena de artesanos. También hay muchos palacios, en los cuales viven los secretarios del Kan. Hay, asimismo, mercados para el mijo y el grano, las ovejas y los caballos, los bueyes y los carros. Existen doce templos con ídolos, dos mezquitas mahometanas y una iglesia nestoriana.

Cerca del domingo de Pasión salió el Kan de Karakorum, con sus tiendas más pequeñas* solamente. El monje y nosotros le seguimos. Durante el viaje tuvimos que atravesar un país montañoso, donde tropezamos con vientos fuertes, mucho frío y nieve. Cerca de media noche, el Kan nos llamó, al monje y a nosotros, rogándonos suplicásemos a Dios que la tormenta cesase, pues los animales de su comitiva, en su mayor parte jóvenes, estaban para morir. El monje envió por incienso, deseando ponerlo sobre las brasas: pero el viento y la nieve, que habían durado dos días, cesaron. El domingo de Ramos estábamos cerca de

---

* *Kibitkas o* tiendas-vagones.

Karakorum, y al alborear el día bendijimos las ramas de sauce, que no tenían brotes. Hacía las nueve de la mañana entramos en la ciudad, llevando la cruz en alto y atravesando la calle de los sarracenos. Marchamos a la Iglesia, de donde salieron los nestorianos en procesión a nuestro encuentro... Después de la misa y ya de noche, Guillermo Bouchier, el orfebre, nos dio una sorpresa en su alojamiento. Tenía una esposa, nacida en Hungría; y encontramos allí también a Basílico, hijo de un inglés. Después de comer nos retiramos a nuestra cabaña, la cual, como el oratorio del monje, estaba cerca de la Iglesia nestoriana, iglesia que, por su tamaño, era un hermoso edificio, con el techo cubierto de seda bordada en oro.

Para celebrar la fiesta de Resurrección permanecimos en la ciudad. Había una gran cantidad de húngaros, alanos, rutemos, rusos, georgianos y armenios que no habían recibido el sacramento desde que fueron hechos prisioneros. Los nestorianos me suplicaron celebrase la fiesta. No tenía vestiduras ni altar. Pero el orfebre me facilitó ropas y me hizo un oratorio sobre una carroza pintada decentemente con historias de las Escrituras. Hizo también una caja de plata y una imagen de la Virgen bendita.

Hasta ahora yo había esperado la llegada del rey de Armenia y de cierto sacerdote alemán que también debía venir. No sabiendo nada del rey y temiendo la crudeza del invierno, envié a preguntar el parecer del Kan, si debíamos permanecer o dejarle. Al día siguiente llegaron hasta mí algunos de los primeros secretarios del Kan, un copero mongol y otros jefes sarracenos. Estos hombres me suplicaron, en nombre del Kan, que le dijese el lugar de donde había llegado hasta él. A esto contesté que Batu me había ordenado llegar al Kan, a quien yo no tenía nada de decir en defensa de ningún hombre, a menos que repitiera las palabras de Dios, si él pudiera oírlas. Después me preguntaron qué palabras podrían decir, pensando que yo intentaría profetizar prósperos acontecimientos, como otros lo habían hecho. Pero yo les dije: "A Mangu yo le diré que Dios le ha concedido muchas cosas; pues el poder y las riquezas de que goza no le vienen de los ídolos budistas". Entonces me preguntaron si había estado yo en los cielos y qué sabía yo de los mandamientos de Dios. Y fueron a Mangu diciendo que yo

les había dicho que él era un idólatra budista, que no observaba los mandamientos de Dios. Pasada la mañana, el Kan envió de nuevo diciendo que sabía que no teníamos mensaje para él, pero que veníamos para rogar por él, como otros sacerdotes lo hacían. No obstante, deseaba saber si alguno de nuestros embajadores había estado alguna vez en su país. Entonces, yo declaré todo lo que sabía respecto a David y Fray Andrés, todo lo cual se anotó y se presentó a Mangu.

En Pentecostés fui llamado a la presencia del Kan. Antes de ir, el hijo del orfebre, que entonces era mi intérprete, me informó de que los mongoles habían dispuesto enviarme a mi propio país y me lo advertía para que no dijera nada en contra. Cuando estuve delante del Kan me arrodillé. El Kan me preguntó si yo había dicho a sus secretarios que él era un budista. A esto yo contesté: "Señor mío yo no dije eso". "Yo creo bien que no lo has dicho así -contestó—, pues es una palabra que no debías decir". Después extendiendo hacia mí el báculo sobre el que se apoyaba, dijo: "No te asustes". A esto yo contesté sonriendo que si yo hubiera tenido miedo, no hubiera llegado hasta allí. "Nosotros los mongoles creemos que no hay sino un Dios —dijo después— y tenemos el corazón elevado hacia él". Entonces respondí: —"'Que Dios os conserve ese espíritu, pues sin su don, nada puede ser". —"'Dios ha dado a la mano dedos diferentes —añadió—, y ha dado diversos caminos al hombre. Os ha otorgado las escrituras que sin embargo no observáis. Seguramente no está en las escrituras el que uno de vosotros vitupere al otro". "No —le dije—, y ya signifiqué a su alteza, desde el principio, que no disputaría con nadie". "Yo no he hablado de ti— dijo. Del mismo modo que no está en vuestras escrituras que un hombre se aparte de la justicia por razón de beneficio". A esto contesté que yo no había venido por dinero, habiendo rehusado siempre lo que se me ofrecía. Y uno de los secretarios, que estaba presente, manifestó que yo había rehusado una barra de plata y una pieza de seda. "Yo no hablo de eso —dijo el Kan-—. Dios os ha dado las escrituras y vosotros no las observáis. Pero El nos ha dado adivinos y nosotros hacemos lo que éstos nos ordenan y vivimos en paz". Bebió cuatro veces —pensé yo—, antes de decir esto. Entretanto, yo aguardaba atentamente a que el Kan expusiera más

casos respecto a su fe. Habló de nuevo y dijo: "Has estado aquí durante largo tiempo y es mi deseo que regreses. Has dicho que te atreves a no llevar contigo a mi embajador. ¿Llevaréis, pues, a mi embajador o mis cartas?" A esto contesté que si el Kan pudiera hacerme comprender sus palabras y ponerlas por escrito, yo las llevaría gustoso a la más elevada de mis autoridades. Entonces me preguntó si queríamos tener oro o plata, y yo contesté que no estábamos acostumbrados a aceptar tales cosas, aunque no podíamos salir de su país sin su ayuda. Explicó que él proveería a nuestra necesidad, y nos preguntó a qué distancia queríamos que se nos llevase. Yo le dije que era suficiente que nos transportase a Armenia. "Yo haré que seáis llevados allá —contestó—; después de lo cual, mirad vosotros por vosotros mismos. Hay dos ojos en una sola cabeza aunque ambos miren un objeto. Vinisteis de Batu y podéis retornar a él". Entonces, después de una pausa, como si meditase, dijo: "Tenéis un largo camino que hacer. Reunid abundante provisión de alimento, para estar en condiciones de soportar el viaje".

Así les ordenó darme de beber y yo salí de su presencia para emprender el retorno.

NOTA XV

EL NIETO DE GENGIS KAN EN TIERRA SANTA

UN CAPITULO poco conocido de la historia es el del contacto de los mongoles con los armenios y los cristianos de Palestina, después de la muerte de Gengis Kan. Hulagu, su nieto, hermano de Mangu, que era entonces Kan, dominó la Persia, la Mesopotamia y la Siria a mediados del siglo XIII. Lo que insertamos a continuación está tomado de la *Cambridge Medieval History,* volumen IV, página 175.

"Conforme a la experiencia de más de un siglo, los armenios no podían confiar en la alianza de sus vecinos latinos.* Haithon, rey de armenios, puso su confianza no en los cristianos, sino en los paganos mongoles, que durante medio siglo habían demostrado ser los mejores amigos que jamás tuvo Armenia. En los comienzos del reinado de Haithon, los mongoles. . . hicieron un buen servicio a los armenios, conquistando a los Selyuks. Haithon celebró una alianza ofensiva y defensiva con Baichu, ** el general mongol y en 1244 llegó a ser tributario del Kan Ogotai. Diez años después, él en persona, rindió homenaje a Mangu Kan y cimentó la amistad entre las dos naciones por una larga estancia en la corte mongola. El resto de sus reinado fue ocupado por la lucha contra los mamelucos, cuyo avance septentrional fue contrarrestado, afortunadamente, por los mongoles. Haiton y Hulagu unieron sus fuerzas en Edessa, para emprender la conquista de Jerusalén, dominada por los mamelucos".

---

* Los barones cruzados qué aun sostenían sus feudos en Tierra Santa, especialmente Bohemundo de Antioquía.

* *Bachu, en el texto como también Hethum, Ogdal; etc.. . . Hemos alterado la ortografía para conformarla con los capítulos de este libro. Baichu se confunde a menudo con Batu, nieto de Gengis Kan y primer caudillo de la Horda Dorada en Rusia.

FIN